

ÁLVARO URIBE

Por su nombre

CON UN TEXTO DEL AUTOR SOBRE SU TRILOGÍA DE LA EXPERIENCIA

ÁLVARO URIBE
POR SU NOMBRE



Índice

A Tedi López Mills,
entre tantas otras cosas,
por su nombre

Capítulo I

1

Ninguna pasión es tan racional como el arrepentimiento.

Mientras finge buscar en su mapa el punto de la costa de Jalisco donde sabe que se encuentran Los Manglares, Manuel Artigas lamenta deductivamente la serie de acciones y omisiones que lo encadenó a esa circunstancia. En orden cronológico se arrepiente de:

1) Haber huido de París, en donde vive desde hace veintitantos años, sólo porque miles y miles de personas en todo el mundo fueron inducidas a recibir por adelantado el tercer milenio de la era cristiana al pie de la Torre Eiffel.

2) Haber dicho medio en broma que no existía mejor ciudad que el Distrito Federal para tolerar con cordura el tránsito de 1999 a 2000, porque nadie en su sano juicio festejaría ahí el Año Nuevo.

3) Haber invitado a Monique, que no conoce México y lo obliga por consiguiente a ser turista en su propio país.

4) Haber accedido, porque ella se lo pidió hasta la súplica, a ir además a la playa.

5) Haber elegido Puerto Vallarta por una explicable aunque no explicada curiosidad.

6) Haber pronunciado, sin que nada salvo su nostalgia lo trajera a cuento, el nombre de Patricia.

A su derecha, con las piernas imposiblemente flexionadas sobre el asiento del módico Tsuru que acaban de rentar en el hotel, Monique quiere saber más. Que se lo exija en su español impecable a no ser por el acento castellano, en vez de emplear el francés a que suelen atenerse cuando están solos, denota que ella habla en serio. Para resarcirse de su arrepentimiento, Artigas se esmera en atizar esa irritación.

Ahora despliega el mapa ruidosamente. Lo acerca a sus ojos como si fuera miope. Se alisa la barba con los dedos entreabiertos a manera de peine, en un reiterativo ademán que tiene el efecto gratuito, pero no inédito, de impacientar sin remedio a Monique. Artigas tarda todavía unos segundos en levantar la vista hacia la carretera y varios más en arrancar el coche. Cuando por fin retoma su relato, opta con toda morosidad por volver a empezar.

2

Por mucho que trate no sé recordar exactamente quién era Patricia hace veintitantos años. Quién o qué era para mí. Soy capaz de precisar hasta cierto punto cómo era. Más bien, cómo aparecía. Evoco sin dificultad el pelo castaño que le escurría sobre los hombros, los ojos de un azul insípido que ella se empeñaba en llamar gris, las pecas que agraciaban la monótona blancura de su cara, los senos diminutos pero no inexistentes, las nalgas demasiado grandes que sorprendían incluso a la vista por su firmeza. Puedo recuperar también el timbre todavía infantil de su voz y los tropiezos sintácticos de las frases con que declaraba solemnemente que su destino era pintar. Lo demás se yuxtapone y desfigura en el recuerdo subsidiario de las muchas veces que he intentado reconstruirla como yo la veía entonces.

Empiezo otra vez. La Patricia casi adolescente que perdura en mi memoria no era indiscutiblemente bella, aunque sí atractiva. No tenía o no ejercitaba la función de la inteligencia que fabrica el pensamiento abstracto, pero sí la que descifra sin vacilar cualquier circunstancia inmediata. En pocas palabras: era imperfecta y no obstante volvía superflua la perfección.

Hubo una temporada que llegué a considerar como eterna en la que me pareció imposible no querer a una mujer así. Hace ya algunos años que me pregunto en cambio por qué la quise. Podría responder quizá que fue nada más por su nombre. Prefiero parafrasear la explicación no menos evasiva que se dio Montaigne cuando se preguntó por qué había amado tanto a su amigo, a su único amigo literalmente del alma, Étienne de la Boétie: porque Patricia era ella, porque yo era yo.

3

No todos somos capaces de identificar nuestro destino a primera vista. Yo miré a Patricia decenas de veces antes de reparar siquiera en ella.

Fue a mediados de los novecientos setenta, y pocas semanas me separaban de la fecha en que por fin asistiría a la universidad. Para poblar el limbo de la espera yo dilapidaba mis últimas tardes libres en el café anexo a la librería El Parnaso, único negocio en esa época hoy remota cuyas mesas invadían la Plaza del Centenario en Coyoacán. Patricia pasaba frente a mí casi a diario, cerca del atardecer, en el camino de ida a la panadería y de vuelta a su casa. Yo fingía leer a Sartre o a Kierkegaard, cuando no hojeaba con intensidad el número más reciente de la revista *Plural*. A la ficción de estar inmerso en la lectura se debió mi tardanza en advertir que ella iba y venía siempre a

la misma hora, que nunca me regateaba una sonrisa y que invariablemente la escoltaba una sirvienta.

Sin ser moderno a ultranza yo estaba en contra de todas las discriminaciones y juzgué correcto invitar a mi mesa a las dos. Patricia se sentó de espaldas a la plaza. Durante un inquieto cuarto de hora se mantuvo al borde de la silla, mirando de reojo a los comensales: no, según me informó después, porque la avergonzara la compañía, sino por temor de que algún vecino la sorprendiera en plena transgresión a las reglas de conducta establecidas por su madre. La sirvienta en cambio parecía fascinada con la aventura y no se hizo del rogar cuando le ofrecí un café con leche. De ahí en adelante resultó cada tarde más difícil convencerla de que fuera ella sola al pan mientras nosotros platicábamos un rato.

4

Apenas me intrigó saber por qué se había interesado en mí. Con vanidad inconsciente creí natural que una hembra inexperta de quince años se sintiera atraída por un varón relativamente maduro o al menos precoz de dieciocho. A fin de cuentas yo estaba inscrito en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, yo estudiaba francés desde hacía un buen tiempo, yo leía todos los libros, yo había entristecido mi carne con el auxilio de más de una puta. Patricia era virgen, estaba en primero de preparatoria y su cultura general, sin excluir la pictórica, dejaba mucho que desear.

Menos que sus dibujos, sus acuarelas y sus óleos tentativos, en los que prosperaba una visión trasnochada pero reconocible del impresionismo, me complacía estar presente cuando los ejecutaba. Más que el entusiasmo con que se refería a su vocación, destinada a culminar en una serie interminable de exposiciones retrospectivas en los mejores museos de México y del mundo, me acercaba a ella la confianza en que ese imaginario porvenir me incluía a mí. No es que despreciara su talento, que se desarrollaba visiblemente con la práctica. Ni que condenara su ambición, que me parecía indispensable para ser artista. Pero lo que en verdad me seducía de Patricia no derivaba de sus atributos o de sus proyectos. Estaba, para ser franco, en su voluntad de entregarme, sin que yo se la pidiera, una irrestricta admiración.

5

Una costumbre o una moda de los setenta obligaba a cada miembro de una pareja no sancionada por el matrimonio, e incluso a ciertos

casados vergonzantes, a designar al otro con el aséptico apelativo de *compañero*. Nosotros, no tanto por atavismo como por resignación, éramos *novios*.

La primera en llamarnos así fue la madre de Patricia, una viuda que había heredado de su difunto esposo mucho dinero y aún más principios morales. La mujer no era mala y estúpida sino algo peor. Era terca y astuta. No se oponía a que yo frecuentara a su hija única si mi presencia constante en su casa se adecentaba con la alusión a un noviazgo que nadie, empezando por ella, juzgaba próximamente encaminado a una boda. No se rehusaba a permitir que su hija saliera de vez en cuando conmigo, siempre que regresáramos temprano y que alguien de su confianza fungiera como chaperón.

A lo largo de un año impaciente en que nos vimos casi a diario fuimos perfeccionando los métodos para burlar la vigilancia de la señora. El más expedito y también el más desesperante consistía en quedarnos en la casa, siempre en el cuarto de visitas que Patricia había acondicionado como estudio de pintura y cuya puerta debía permanecer abierta mientras yo estuviera con ella. Cada vez que la sirvienta o el teléfono distraían a su madre, cada vez que la señora se interesaba en una telenovela, cada vez que cedía a la tentación de tomar una siesta, nosotros nos acariciábamos con furtiva intensidad. En esas ocasiones no me molestaban el riesgo ni la premura. Me exasperaba sin embargo la certeza de que todo lo que hiciéramos terminaría en una brusca interrupción. Era preferible alejarnos de esa angustia, aunque hubiera que lidiar con las pocas amigas o primas de Patricia en quienes su madre confiaba.

Siguiendo un plan minuciosamente establecido las sometimos a un proceso de eliminación. Comenzamos por ir con ellas, una por una o en grupos diversos para estudiar sus alianzas y rivalidades, a una cafetería o a un restorán. Nuestro favorito era el Café del Convento, que estaba cerca de la casa de Patricia en Coyoacán y ofrecía la ventaja adicional de tener salones independientes donde uno podía hurtarse a la curiosidad ajena. Sin necesidad de recordarles quién pagaría la cuenta, las primas y amigas más comprensivas aceptaban o incluso proponían sentarse a otra mesa mientras nosotros en una sala apartada nos susurrábamos idioteces al oído y nos sobábamos las manos y alguna vez las piernas a escondidas.

Cinco chaperonas aprobaron ese examen general de complicidad. Las llevamos, de nuevo por turnos variados, a fiestas no necesariamente escandalosas donde nos les perdíamos en algún rincón para untar nuestros cuerpos uno contra el otro al ritmo de la música no siempre lenta.

Sólo tres de ellas, que también se repegaban a sus parejas respectivas al bailar, franquearon este obstáculo más exigente.

Procedimos a invitar a los varones de su preferencia para que las entretuvieran en el cine, que solía ser el inmenso y conveniente Manacar, en tanto que nosotros al amparo de la oscuridad nos besábamos furiosamente.

De la tercera y definitiva prueba salió airosa una finalista cuyos besos no eran menos asfixiantes y sonoros que los nuestros. Se llamaba Roberta y no era preciso convencerla de nada. Estaba perfectamente dispuesta no ya a solapar sino a poner en práctica cualquier obscenidad.

6

Aunque sólo tenga un papel incidental en mi historia, quiero referirme por su nombre a Fernando Montesinos. Era el único hermano varón de mi madre, muchos años menor que ella. Era además soltero y muy comprensivo: tanto que, pese a ser mi tío y considerablemente mayor que yo, me dispensaba su amistad. Vivía en la colonia Juárez, a pocas cuadras de la Zona Rosa que a fines de los setenta no había acabado de perder su lustre *bohemio*. Como trabajaba hasta muy entrada la noche no se negó a prestarme por una tarde las llaves de su departamento, a condición de dejarle todo en el mismo orden en que lo encontrara.

A Patricia la asombró que yo hubiera conseguido tan fácilmente un lugar donde por fin podríamos estar solos, pero no la entusiasmó. Para abolir su reticencia le propuse un plan basado en la complicidad de Roberta. Mi propuesta consistía en que ella, en su función de chaperona, saliera con nosotros de casa de Patricia con el pretexto de ir a ver una película, que se fuera entonces por su lado, con un acompañante de su gusto, y que unas horas después nos encontráramos en un sitio preestablecido, por ejemplo el Café del Convento, para volver de ahí al punto de partida como si hubiéramos estado juntos todo el tiempo. El favor sería recíproco. A cambio de los servicios de Roberta yo no sólo le debería mi inagotable gratitud. También le garantizaría la presencia de Víctor Andrade: el más guapo, según dictaminó ella misma, de los tres o cuatro condiscípulos en la Facultad de Filosofía y Letras que yo le había presentado para mantenerla ocupada en las fiestas y en el cine.

Fue la primera vez que Patricia y yo discutimos en el año que teníamos de ser *novios*. Con tenacidad latente hasta entonces ella alegó que no era imposible que alguien nos viera solos en la calle, muy lejos de Coyoacán, y se lo contara a su madre. Yo argüí que tamaña coincidencia no era probable y, con fanfarronería de universitario reciente, me demoré en explicarle cuánta distancia filosófica mediaba

entre la posibilidad y la probabilidad.

Me sorprendió que, también por primera vez, Patricia entendiera una distinción abstracta. Me desarmó sin embargo que, aun si entendía mis argumentos, no me concediera la razón. Sólo había una manera, insistió ella desafiante, de evitar el peligro posible aunque improbable de ser reconocidos y delatados. Era además la única forma de facilitarle a su amiga Roberta la conclusión de una aventura en la que nosotros la habíamos iniciado. Dependía de mí. O íbamos los cuatro, incluyendo a Víctor, o no iba ninguno.

Arrinconado entre los extremos de esa disyuntiva inexorable, accedí finalmente a compartir con otra pareja el departamento de mi tío Fernando. Un vestigio de vanidad me movió a compensar mi claudicación con una exigencia que Patricia concedió en el acto y que, pocos días más tarde, Roberta y Víctor aceptaron con desdén en el taxi que nos llevaba, a mis expensas, de Coyoacán a la Zona Rosa: nosotros ocuparíamos la recámara principal.

7

Yo empujé el zaguán perpetuamente entreabierto del edificio. Yo conduje a los demás a través del patio hasta el cubo de la escalera. Yo fui el primero en subir las cuatro series de escalones crujientes que llevaban a la puerta del departamento. Yo manipulé el llavero con apremio contraproducente, encontré por fin la llave precisa y me adelanté a encender unas lámparas que atenuaran la penumbra de esa tarde nublada. Todavía acerté en mi nerviosismo a sentarme antes que nadie en el único sillón propiamente dicho de la sala. De ahí en adelante Roberta propuso y dispuso como si ella fuera la anfitriona.

Con autoridad de propietaria hurgó en las hileras de *long-plays* que se apretaban en una estantería, prendió el estereofónico, hizo sonar a todo volumen ya no recuerdo qué disco de Pink Floyd, tomó de una vitrina cuatro vasos tequileros, los llenó hasta los bordes de un turbio licor vertido de un ánfora metálica que había sacado de su bolsa, distribuyó las bebidas, levantó la suya para brindar, se la tomó de un solo trago y fue a conferenciar inaudiblemente con Víctor, que se había hundido en un *pouf*. Patricia por su parte apenas había tenido tiempo de sentarse a mi lado. Mientras sorbía con repugnancia mal disimulada el áspero aguardiente, Roberta se le acercó. Entre el índice y el pulgar de su mano tendida humeaba un cigarro informe que sólo podía ser de mariguana.

Patricia no la había probado nunca porque en su dogmática ignorancia la consideraba como un vicio peligroso, como una depravación. Yo en cambio la fumaba cuando la ocasión lo exigía,

pero me disgustaba el pozo de solipsismo en el que invariablemente me había confinado desde la primera vez. En ese momento me pareció que la ocasión lo exigía: no porque me urgiera iniciar a Patricia en los arcanos de la psicodelia, sino para ser su cómplice en una inmoralidad que podría ayudarla a derribar otros prejuicios. Ella sin embargo apartó enérgicamente la colilla que le alargaba su amiga y yo, para no ser menos, la rechacé con un ademán. Roberta se encogió de hombros, dio media vuelta y fue a encaramarse en las piernas de Víctor.

Para arrancar a Patricia de la incomodidad de parecer mojigata, pero también o sobre todo para no perder más tiempo en preámbulos, la agarré de la mano y la obligué a seguirme. Antes de encerrarnos en la recámara de mi tío Fernando los dos cedimos al morbo de contemplar el espectáculo que se desarrollaba en la sala. Nuestras precauciones para no ser descubiertos fueron superfluas. La otra pareja estaba absorta en comunicarse de boca a boca el humo de la mariguana. Un desorden de tela y de carne se agitaba entre tanto sobre el *pouf*. Bajo la falda de Roberta, que ya no le cubría los muslos, varios dedos de Víctor reptaban como gusanos hacia la blancura de la pantaleta.

8

Aunque estaba oscureciendo prematuramente no quise encender la luz. Patricia se había acercado a la ventana y miraba a las nubes negras que empequeñecían el cielo. Rodeé la cama en silencio para sorprenderla por detrás. La besé en el cuello, en una oreja. Ella sin volverse alzó un brazo para acariciar mi cara. Al deslizarse por su costado mi mano topó con un ancho cinturón. Desistí de forcejear con el entallado *blue-jean* y me concentré mejor en la blusa. Para desabotonarla más fácilmente hice girar a Patricia. Ya frente a frente exploré con el tacto la piel de su espalda y como pude zafé los ganchos del brasier.

De pronto estábamos sobre la cama. De pronto Patricia, vencida por mi empuje, se había acostado boca arriba. La sentí tensarse cuando mis labios se despegaron de los suyos para resbalar hasta el pecho. Después sentí cómo sus dedos se enredaban en mi pelo cuando cautelosamente empecé a morderle el pezón. Temí que fuera a jalarme de vuelta a su cara, pero se limitó a impedir que mi cabeza siguiera bajando. No sé de dónde me vino la inspiración de agarrarle el seno libre, de oprimírselo suavemente al principio, de apretárselo entonces con firmeza mientras le mordisqueaba el otro. Lo cierto es que a ella no pareció disgustarle esa desusada brusquedad. La violencia muy relativa de mis pellizcos y mordidas tuvo más bien el efecto de

relajarla. Se me ocurrió aprovechar su pasmo para abrirle la bragueta. Como no se dio por enterada, me aventuré a rozar su sexo. Nunca averigüé qué la sobresaltó en ese instante, si la presión de mi mano entre sus piernas o el estallido de un trueno que hizo retumbar los vidrios de la ventana.

Pasado el susto intenté seguir adelante, pero ella se arrastró hasta la cabecera de la cama. La vi recargarse contra la pared, apoyar los codos en las piernas flexionadas y taparse la cara con las manos. Nada sin embargo me conmovía tanto como mi propia erección. Porque creí que esa urgencia era contagiosa tardé en comprender a qué se debían las leves sacudidas del cuerpo que se me rehusaba. Patricia estaba llorando.

9

Varias veces a lo largo de esa tarde exasperante la abracé para infundirle una serenidad que yo estaba lejos de experimentar. Ella poco a poco levantaba la cabeza, se recostaba luego en mi hombro, consentía finalmente en que la besara. Pero siempre que yo trataba de reanudar el manoseo en donde había quedado trunco, Patricia volvía a llorar.

Fue inútil enojarme, entristecerme. Fue inútil argumentar que ella había aceptado venir conmigo a ese departamento y sabía perfectamente para qué estábamos ahí. Sorbiendo sus lágrimas Patricia me daba la razón, pero también me explicaba que tenía miedo, mucho miedo. También me prometía que pronto, muy pronto, estaría lista. También me aseguraba que el problema era de ella, no mío. También me juraba que me quería, que de veras deseaba acostarse conmigo. También me pedía una paciencia que, al cabo de muchas tentativas frustradas de convencerla o de forzarla, me resigné a conceder.

No recuerdo en qué momento preciso noté que estaba lloviendo. La última hora que pasamos juntos en esa recámara donde teníamos la libertad de hacer lo que fuera la dediqué a mirar con impotencia y a oír con irritación cómo el agua empujada por el viento se estrellaba en rabiosas ráfagas contra la ventana.

Todo me indignaba cuando regresé a la sala con Patricia. Que Roberta y Víctor se hubieran apropiado del estudio de mi tío Fernando. Que ninguno de los dos se hubiera molestado en apagar el tocadiscos. Que hubieran dejado además un caos de ceniceros y de vasos y hasta de suéteres sin recoger. Que por si fuera poco se estuvieran demorando tanto, pese a que hacía un buen rato que ya era de noche.

Con el pretexto de apresurarlos fui a dar unos golpes destemplados a la puerta del estudio. Ellos se tomaron todo el tiempo del mundo para salir. Mientras Patricia y yo los esperábamos en un silencio hostil, envidié lo que estaría pasando allá adentro. Lo imaginé a él en un vaivén de pistón entre las piernas abiertas de ella. La imaginé a ella en un sube y baja galopante sobre las piernas cerradas de él. Los imaginé de lado, en cuatro patas, sentados, de pie.

Al ver por fin sus caras enrojecidas y sonrientes me sentí vejado. Odié a Roberta por puta. Odié minuciosamente a Víctor porque sin ser novio de nadie, sin ser tan inteligente ni tan culto, había obtenido mucho más que yo.

10

Lo más desalentador, que no le había revelado hasta entonces ni siquiera a Patricia, era que en el año que llevaba de conocerla, y de confiar en que tarde o mejor temprano se acostaría conmigo, yo me había abstenido por mi propia voluntad de toda relación sexual.

No había ejecutado una proeza de fidelidad, en la medida en que las únicas hembras a las que un varón recién salido de la adolescencia, más bien tímido y resueltamente apático tenía acceso en los setenta y en mi versión de México eran putas baratas de las que resultaba un alivio prescindir. Tampoco había observado una abstinencia rigurosa, pues cada vez que mi carne hervía de inopia yo sin pudor y sin remordimientos duraderos echaba mano de la masturbación. Aun menos había formulado uno de esos votos quijotescos por su insensatez que Chesterton defiende en un memorable ensayo como una forma laica de la santidad. Quiero decir en resumen que no me había propuesto purificarme de otros cuerpos para ofrecerle a mi novia un sacrificio equivalente al de su propia pureza, o cualquier cursilería por el estilo.

A los diecinueve años yo era romántico pero no pendejo. Cuando menos, no retrógrada. Simplemente estaba enamorado de Patricia. Tercamente la deseaba a ella y a nadie más.

11

Le habría perdonado cualquier cosa. La próxima vez que la vi no estaba seguro sin embargo de que hubiera nada que perdonarle. Desde el punto de vista de la lógica parmenídea, que Patricia desconocía y que no comprendió del todo luego de una morosa explicación, el dilema era elemental. O bien ella quería o bien no quería. Para ser exacto: no me quería.

Fue en síntesis lo que le dije con patetismo propio de mi decepción o acaso de mi edad. Estábamos en su casa, de pie y frente a frente en su estudio de pintora. Apenas terminé mi admonición di media vuelta para alejarme teatralmente de esa mujer, en realidad una muchacha de dieciséis años, que era capaz como nadie de hacerme sufrir.

Mi error en ese momento no fue dejarme atajar: le habría vendido mi alma a quien corresponda con tal de que Patricia me detuviera. Tampoco fue admitir sin conceder que ella hablaba en serio cuando me rogó que le diera la última oportunidad: estaba dispuesto a esperarla hasta el fin del tiempo si era preciso. Mi error fue confesarle pormenorizadamente, sin excluir a Chesterton y al Quijote que todos llevamos dentro, que hacía un año que yo me privaba en su beneficio del menor contacto carnal con otras hembras.

A raíz de esa confesión el sexo ya no fue para nosotros una perpetua inminencia, una expectativa siempre postergada. Al verbalizarlo yo mismo lo había convertido en algo aún más lamentable. Incontinentemente lo instauré en el centro de todas mis desavenencias con Patricia como un tema recurrente de negociación.

12

Los meses siguientes se han aglutinado en mi memoria hasta formar el recuerdo de una sola jornada reiterativa. Reiterativa y fastidiosa. Reiterativa y frustrante.

Solía empezar en el cine, donde nos besábamos hasta perder el aliento. O quizás en una fiesta, donde ella se acoplaba a los contoneos torpemente lascivos con los que yo pretendía bailar. O más frecuentemente en su estudio, donde le arrebataba el pincel o el carbón y jalándola por la cintura la atraía hacia mí. Las diferencias eran sólo circunstanciales. Patricia en la oscuridad me permitía rozarle el pecho por encima de la blusa, o inventaba pasos poco ortodoxos para frotar su cuerpo contra el mío, o me acariciaba con veloz desvergüenza aunque la puerta por la que podía asomar la curiosidad de su madre permaneciera abierta. Pero en cuanto yo intentaba tocar su piel sin el estorbo de la tela o agarrarle las nalgas mientras bailábamos o llevar su mano hasta el bulto que crecía en mi pantalón, ella invariablemente se rehusaba. Entonces, con puntual monotonía, reanudábamos la discusión.

Mis reproches, externados en todos los tonos y apoyados en toda clase de argumentaciones, se resumían en una sola paradoja: aunque yo en uso de mi libre albedrío estuviera resignado a esperar hasta la eternidad, me parecía injusto y cruel que ella en abuso del suyo prolongara la espera eternamente. Patricia respondía al principio con

súplicas y lamentos que algunas veces llegaban a ser lacrimosos. Cuando nada de eso me ablandaba, su intuición desplegaba los silogismos de una perversa metafísica dualista que me ponía a la defensiva: si yo la quería sólo para llevármela a la cama, entonces quería únicamente su cuerpo. En otras palabras: no la quería a ella de verdad.

No vale la pena repetir ahora mis airadas peroratas sobre la unión sustancial de materia y espíritu, que Patricia por lo demás refutaba en los hechos. Sólo observo que es mentira que un buen pleito conduzca siempre a una mejor reconciliación. Es cierto que la discrepancia tendía a disolverse en un abrazo. Es cierto que, por la fuerza de las cosas, el abrazo degeneraba a su vez en un manoseo febril. Es cierto, para decirlo pronto, que ella nunca se mostraba tan lujuriosa como cuando hacíamos las paces. Lo malo era que el menor movimiento en falso de mi parte desencadenaba fatalmente de la suya otra vehemente objeción.

13

La jornada unívoca en la que se han fundido aquellos vanos meses de forcejeo espiritual y material culminaba sin remedio en mi casa. Era de hecho un departamento que mi familia pagaba a plazos en la colonia del Valle: poco más de cien metros cuadrados en donde, a falta de hermanos, había una recámara exclusivamente para mí. En cuanto mi padre y mi madre se retiraban a dormir, yo cerraba la puerta de mi cuarto con seguro. Entonces me quitaba la ropa, me tendía de espaldas en la cama y, luego de corroborar que todo estaba en silencio, apagaba la luz. Ya era libre de completar en mi fantasía la escena que había quedado inconclusa unas horas antes.

Por un inconsistente afán de verosimilitud, yo intentaba imaginarme nada más en circunstancias susceptibles de corresponder a la realidad que apetecía. El cine y las fiestas se prestaban mal a mis ensoñaciones, porque hubiera tenido que incluir en ellas un tumulto de testigos complacientes hasta el absurdo, o bien un baño público o un clóset donde improbablemente se realizaría la acción. Era preferible atenerme al estudio de Patricia, postular que su madre tomaba una siesta, aceptar e incluso aprovechar la prisa necesaria para no ser sorprendidos. Así delimitadas las reglas del ejercicio, muy pocas cosas podían suceder.

En mi imaginación Patricia se encargaba de todo, casi todo. Resueltamente se apartaba del caballete y caminaba hasta el sofá desde donde yo la veía trabajar. Apoyada en mis brazos, menos para sostenerse que para impedir que la tocara, se iba inclinando sobre mi

cuerpo sentado. Yo percibía entonces, como en un sueño, que ella estaba desnuda bajo la bata de médico que se ponía para pintar.

Era una infracción al esquemático realismo que me había impuesto, pero ya no importaba corregirla. Porque Patricia no se había demorado en besarme y estaba ahora de rodillas, con los codos afianzados a mis muslos. Inmóvil, yo la veía desabotonarme la bragueta. Mi sexo acababa de erguirse en el momento en que ella lo tomaba en sus manos. Luego comenzaba a pulsar mientras lentamente lo lamía, mientras lo envolvía después con su boca, mientras lo ordeñaba por fin con un movimiento pendular de su cabeza. Yo durante algunos segundos me esforzaba en contenerme. Pero la urgencia era irresistible y un puño solícito me ayudaba a terminar de una vez.

Un hombre verdaderamente imaginativo habría introducido algunas variantes en ese ejercicio. Yo lo repetía sin tregua y sin esperanza, como uno se repite con una mujer conocida hasta la saciedad. Con el tiempo alcancé sin embargo un progreso, si así puede llamarse al perfeccionamiento involuntario de la inercia. En ciertas ocasiones en que fantaseaba con mayor exactitud o con menos tropiezos llegué a provocarme el orgasmo sin meter las manos. Había una euforia insospechada en ese avatar puramente mental de la masturbación. Era un triunfo de la psicología sobre la fisiología. Era una prueba incontrovertible de lo que Patricia, aun reducida a su mera imagen, significaba para mí. Sólo que inmediatamente después yo me sentía más insatisfecho y más vacío que nunca.

Capítulo II

14

Artigas calla de repente: no con el propósito de mantener en suspenso a Monique, sino porque un camión de redilas salido de quién sabe dónde invade la carretera con aparatosa lentitud. La maniobra para esquivarlo consta de un volantazo, un breve chirriar de frenos y un derrapón, seguidos de cinco notas inconfundibles en el claxon del Tsuru que le mientan la madre al camionero.

Por una recóndita asociación de ideas, Artigas le agradece en silencio al vacuo demiurgo de los agnósticos que no esté lloviendo. Monique simula no haberse asustado, pero tarda unos instantes en recuperar el habla. Por fin dice:

—¿Todos los mexicanos son tan intrépidos?

No importa que se haya referido a él o al chofer del camión. De cualquier manera Artigas sonríe, para significar que también sigue de buen humor. Luego vuelve a extraviarse en sus pensamientos. Casi le molesta que Monique intente adivinarlos:

—¿Qué te pasa? Te ves preocupado. Inquieto.

Sin mentir pero sin revelar tampoco en qué pensaba, Artigas declara que tiene ganas de ir al baño. Monique, es difícil precisar si consintiéndolo como una madre o regañándolo como una hija, opina que no debería tomar tanto café.

El Tsuru se interna en un cocotal por una vereda de arena mal apisonada. Artigas se aleja a pie, hasta encontrar una palmera cuyo tronco sea suficientemente grueso para ocultarlo. Mientras orina contempla una franja de mar sobre unas breñas distantes. De golpe se da cuenta de que ya no está arrepentido. De que empieza a hacer calor. De que la playera y los bermudas y los *berkies* lo incomodan menos. De que en resumen, y no sólo físicamente, se siente bien.

Monique no se ha movido del coche. Cuando Artigas vuelve a sentarse al volante, ella le pone una mano tentativa muy cerca de la bragueta. Él por su parte le palmea con la diestra el muslo izquierdo, a escasos milímetros del pliegue donde el calzón del bikini se hunde en la ingle.

15

Tres acontecimientos más o menos simultáneos me obligaron a reconocer que, fuera del limbo donde mi vigilia se desdibujaba en una serie de peleas truncas y mi sueño en una cadena de laboriosas masturbaciones, el tiempo no se había detenido. En el vértigo de unas cuantas semanas festivas cumplí veinte años, terminé sin deber una sola materia el cuarto de los ocho semestres de la licenciatura en letras hispánicas y gané en la Alianza Francesa un concurso cuyo primer premio consistía en una estancia de dos meses con todo pagado en París. Casi me defraudó comprobar que yo no dependía enteramente de lo que hiciera o dejara de hacer Patricia. Casi lamenté que una parte de mi vida, la que no tenía nada que ver con ella, hubiera seguido su curso.

En el pasado inmediato yo habría desechado sin vacilaciones la simple idea de alejarme de Patricia aunque fuera por unos días. En el presente que me acarreaba consigo la examiné. Por ningún motivo quería separarme de ella definitivamente. Tampoco deseaba sin embargo que todo siguiera igual. Pensar que las cosas podían ser distintas me sugirió por lo pronto que, de hecho, ya estaban cambiando. Que en más de un sentido mi viaje a Francia no tendría regreso. No sólo porque en el peor de los casos nos daría a los dos la oportunidad, hasta entonces inédita, de reflexionar en ausencia del otro. También o sobre todo porque, aun cuando yo por lealtad me privara de viajar materialmente, el itinerario espiritual que había emprendido implicaba por sí mismo que nada volvería a ser como antes.

No recuerdo con qué palabras le comuniqué a Patricia mis sentimientos encontrados. Retengo en cambio con exactitud que la comunicación fue defectuosa. Ella comprendió quizá lo que yo decía, pero no lo que quería decir. Aunque le expliqué de muchas maneras que dudaba, redujo mis incontables dudas a una sola disyuntiva. Para ser preciso, a un solo ultimátum: o hacíamos el amor de una vez por todas y seguíamos juntos para siempre, o yo me iba a París y cada quien de ahí en adelante quedaba en libertad de actuar según le pareciera mejor.

16

Como una profecía insidiosa, el malentendido inexorablemente fue cobrando realidad. Quizá Patricia se había limitado a expresar uno de esos temores premonitorios que, a falta de hipótesis menos irracionales, se atribuyen a la intuición femenina. Lo cierto es que, sin

otro propósito inteligible que el de serle fiel a sus corazonadas, se obstinó en acusarme de que la estaba extorsionando. Tal vez yo fomenté la perversión más inicua del entendimiento masculino, que es el desmedido afán de equidad. El hecho es que, en represalia a una acusación cuya falsedad me ultrajaba, opté por comportarme de veras como un extorsionador.

Patricia creía o pretendía creer que yo alevosamente le daba a elegir entre dos males. Para volver aún más injuriosa su sospecha la despojé incluso de la posibilidad de elección. No sólo le dije en tono desafiante que por nada del mundo renunciaría a viajar a Francia. Además le exigí que sin ninguna condición ni promesa se acostara conmigo antes del viaje.

Yo esperaba, yo buscaba inconscientemente, una batalla frontal. Patricia sin embargo se intimidó o aparentó intimidarse con mi intransigencia. Por primera vez desde que negociábamos su virginidad me dejó entrever alguna duda. No se comprometió a nada específico, pero tampoco eliminó toda esperanza. Por el puro gusto de acosarla insistí en que estableciéramos un día preciso y una hora exacta para estar solos. Ella, sin ser enteramente evasiva, cambió de tema. Me habló con desusada franqueza de su regla y esa intimidad con sus secreciones vaginales, aunque fuera de oídas, bastó para concederle una última postergación.

17

La víspera de mi vuelo a París me presenté en la casa de Patricia con un optimismo que no parecía injustificado. Ella me había dicho que su madre nos dejaría en paz toda la tarde. Yo entendí que teníamos un permiso excepcional para salir sin chaperones y traía en la bolsa las llaves del departamento de mi tío Fernando. También llevaba en la cartera un paquete de condones que mi apremio o mi impericia me habían hecho olvidar la otra vez.

El vestido que Patricia se puso para la ocasión, considerablemente más corto que de costumbre, rebasaba mis expectativas. Durante algunos momentos de abstracción especulé que la casi completa desnudez de sus piernas era acaso un anticipo de lo que me sería dado ver después. Ella entre tanto me estaba prodigando unas explicaciones que bruscamente me desengañaron.

Como siempre o casi siempre con Patricia, yo había entendido mal. La libertad que por fin se nos otorgaba era ilusoria. Era de hecho una trampa. O de acuerdo con la definición que había acuñado la madre y ahora la hija repetía sin reparos: «una prueba de confianza recíproca». Para no interferir con su presencia en nuestra despedida, la señora

taimadamente había accedido a quedarse hasta las siete o quizá las ocho de la noche en casa de unas amigas suyas, aficionadas a la canasta uruguaya. A cambio de esa concesión extraordinaria Patricia había prometido que se comportaría igual o mejor que si su madre en persona estuviera con nosotros.

18

Yo había llegado a las cuatro en punto. Porque soy reacio a modificar mis planes me enterqué, pese a las sensatas objeciones de Patricia, en que nos escapáramos al departamento de mi tío Fernando. Hacia las cinco de la tarde reconocí que mi empecinamiento era inútil. En el silencio belicoso en que nos recluimos lamenté haber desperdiciado una hora entera en un litigio perdido de antemano. Entonces recapacité.

Mientras discutíamos, la madre de Patricia había llamado por teléfono dos veces: una para cerciorarse de que yo ya estaba ahí, otra para decirle insólitamente a su hija que podía invitarme a cenar. En el mismo periodo la sirvienta había acudido al estudio de pintura en cuatro ocasiones: todas para preguntar, menos versátil que la señora, si no se nos ofrecía nada. Aunque yo era la presa, no dejé de admirar la habilidad del cazador. Cada quince minutos, contados con precisión cronométrica, se tendía un hilo más de la telaraña que la meticulosa viuda había dispuesto para inmovilizarme. Hubo unos segundos de angustia en que me sentí atrapado sin remedio. Inmediatamente después barrunté que en la exactitud del tejido que me estaba envolviendo residía su fragilidad.

La próxima vez que la sirvienta se puso a mis órdenes la mandé a comprar cigarros. Yo sabía que su patrona le tenía estrictamente prohibido salir a la calle con las llaves de la casa. La muchacha por consiguiente debía tocar el timbre al regresar. Yo sabía también que caminar de ida y vuelta al único estanquillo en Coyoacán donde vendían *Faros*, unos petardos infumables de tabaco oscuro que le había pedido sólo porque eran difíciles de encontrar, le tomaría quizá media hora. La propina que le adelanté me hizo acreedor a un retraso, pactado con ella entre guiños de ojo y sonrisas cómplices, de unos quince minutos más.

Todavía faltaba sin embargo la estratagema decisiva para cazar a la viuda con su propia red. Apenas comprobé que la sirvienta se alejaba cerré la puerta de la calle y me apresuré a descolgar el teléfono. No importaba que, luego de varios intentos fallidos de comunicarse, la señora decidiera venir ella misma a ver por qué sonaba ocupado. Patricia y yo, sin riesgo de ser desmentidos, podríamos aducir que el

auricular se había salido de quicio por accidente. Entre tanto disponíamos de tres cuartos de hora de aislamiento absoluto.

19

Patricia no estaba sentada sino apenas recargada en el alto banquillo de madera sobre el que acostumbraba encaramarse para pintar. También sus brazos, cruzados por debajo del pecho, sugerían cierta impaciencia. Sólo su cara parecía serena, incluso deshabitada. Una expresión no supe si retadora o más bien irónica la afiló en el momento en que me vio regresar a su estudio.

De golpe mi confianza se desmoronó. Anticipé un alud de reclamaciones por las libertades que me había arrogado. Temí que otro pleito, quizá el último y definitivo, pudiera consumir el poco tiempo que yo había ganado para estar solos. Patricia sin embargo sonrió inesperadamente mientras decía que ahora sí su madre se iba a enojar con razón y que a ver cómo le hacía después para aplacarla.

Todavía dudé si había captado la precisa intención de esas palabras, que podían significar tanto aquiescencia como reprobación. Su mirada era en cambio inequívoca. Patricia quería que en lugar de seguir discutiendo me le acercara, que la besara en la boca, que mordiera sus labios como ella sorpresivamente mordía los míos, que no me detuviera a pensar, que no tratara de entenderla, que la aceptara indecisa y, sin darle con mis propias dudas la oportunidad de arrepentirse, yo terminara lo que había empezado, dejara resbalar mi diestra hasta sus piernas, la hiciera trepar de vuelta por la curva interna de sus muslos, llevara la palma de mi mano a la comba de su sexo y me aventurara en seguida a escarbar por debajo de su pantaleta pero que, en cuanto ella abriera el compás ligeramente para facilitar mi exploración, yo no me regodeara en la idea de tocarla ahí por primera vez, ni me demorara en acariciar la maraña de sus vellos, ni tampoco me limitara a recorrer la extensión de su hendidura con un tímido anular, ni siquiera me contentara con deslizarlo poco a poco en la humedad de sus entrañas, sino que lo hundiera sin remilgos, que luego de unos instantes lo retirara a medias, que comenzara entonces a meterlo y a sacarlo rítmicamente, como si fuera mi sexo, como si estuviéramos remedando la cópula, como si ensayáramos de pie y aún vestidos los movimientos que muy pronto ejecutaríamos desnudos y acostados, con el miembro de verdad que Patricia por su parte había buscado a tientas, había agarrado por encima de mi pantalón y ahora, según que yo le encajara mi dedo o lo extrajera de su cuerpo, ella oprimía y luego soltaba apenas para volverlo a apretar con más fuerza, en un reflujo que se acoplaba a los latidos de mi sangre, una

alternancia de contracciones y distensiones que propagaban en mi piel un cosquilleo ubicuo, un tumulto de insectos, una marcha de miriápodos feroces que me devoraban, que ávidamente subían desde mis pies y bajaban desde mi cabeza, se arremolinaban, se encontraban por fin en mi erección, se cebaban en ella, la entumecían a punta de incontables mordeduras y con su número creciente la hinchaban hasta hacerla reventar.

Porque me avergonzaba mi incontinencia no me atreví a preguntarle a Patricia si ella también había tenido un orgasmo. Varios temblores episódicos, que no parecían originarse sólo en mi cuerpo, nos habían sacudido mientras yo involuntariamente eyaculaba en los calzones. Después, en el rato en que todavía estuvimos abrazados, los dos jadeamos casi al unísono y a intervalos cada vez más largos hasta recuperar el pausado murmullo de la respiración normal. Con la tristeza que según los clásicos sucede al coito, pensé que esas coincidencias orgánicas no probaban nada salvo que la carne imita a la carne. Con la rabia que de acuerdo con mi propia experiencia resulta de un coito frustrado, pensé además que no importaba que nos hubiéramos venido juntos sino que yo en mi precipitación había echado todo a perder.

20

Nunca había tenido tanta prisa. Me urgía desahogarme, expulsar el rencor que me sublevaba contra mi cuerpo traicionero, contra mi espíritu torcido, contra quien fuera en mi desajustada persona que me había infligido tamaña frustración. Al mismo tiempo me urgía alcanzar otra erección que me vindicara.

No sé cuál de esas urgencias contradictorias me impulsó a liberarme de Patricia. Quizá necesitaba interponer entre nosotros una distancia física equivalente a la barrera moral desde donde yo, injustamente, podría responsabilizarla a ella de mi fracaso. Quizá por el contrario confiaba en que, si la separaba de mí, le sería más fácil ver que me sentía humillado y pronunciar unas frases comprensivas que me ayudaran a salir de mi postración. En cualquier caso, mi ademán fue demasiado brusco. Cuando me zafé de sus brazos, que luchaban por retenerme, di de espalda contra el caballete donde había un óleo a medio pintar. Todavía alcancé en un acto reflejo a girar, a tender las manos hacia delante mientras mis pies tropezaban con una confusión de palos de madera. No conseguí sino caer de bruces sobre el cuadro que intentaba sujetar.

Yo habría llorado sin pudor en ese momento de no ser porque Patricia, que se esforzaba en controlarse, soltó finalmente una

carcajada. Quise aborrecerla por su insensibilidad, por su falta de compasión. La risa que se le escapaba en ráfagas no era sin embargo mezquina. Se reía, para empezar, del amasijo irreparable en que mi tropiezo había transformado su tela. Siguió riéndose al descubrir, en la mano que me daba para auxiliarme, unos residuos del semen que había exprimido de mi sexo. No dejó de reír en el baño mientras me mostraba, con ayuda de un espejo, los estragos que la pintura había producido en una manga y en el costado de mi camisa. Sólo paró de burlarse cuando observé que el accidente había mejorado su obra. Que en vez de un paisaje vernáculo, enrarecido a fuerza de pinceladas impresionistas, tenía ahora un aceptable bosquejo de arte abstracto. Un Pollock inacabado aunque no carente de interés.

Me arrepentí inmediatamente de esa broma de pésimo gusto, de ese castigo cuya severidad no guardaba ninguna proporción con sus burlas. Con pocas esperanzas de obtener su perdón le ofrecí una disculpa sincera. Me desconcertó que en menos de un segundo depusiera su enojo. En mi contrición tardé en notar que Patricia, sonriente de nuevo, señalaba con un tamborileo del índice el minúsculo reloj que latía en su muñeca. Al consultar el mío sospeché que esta vez su sonrisa no era magnánima sino perversa. Cerca de media hora había transcurrido desde que estábamos solos. Nos quedaban cuando mucho quince minutos más.

Abruptamente le propuse una cópula gimnástica, ejecutada ahí mismo, en el baño, sin desvestirnos del todo, yo sentado en el wáter y ella a horcajadas sobre mis muslos. Una expresión divertida le iluminó la cara, pero dijo que no era el momento ideal para intentar ese ejercicio. Creí que ponía en duda mi capacidad de operar en un plazo tan corto la resurrección de mi carne. Encrespado por esa interpretación adversa a mi hombría, le ordené perentoriamente que se quitara las pantaletas y montara en mí de una vez. Durante algunos instantes pareció extrañada, aunque no reacia a obedecerme. Luego declaró sin énfasis, como si enunciara una obviedad, que no había tiempo para juegos. Que yo debía irme ya. Antes de que nadie, ni la sirvienta que estaba a punto de regresar, ni mucho menos su madre que podía aparecer de sorpresa, me viera con la ropa hecha un asco.

Malinterpretándola una vez más, le juré que no me costaría ningún trabajo urdir no una sino varias historias verosímiles e inocentes para explicar por qué mi camisa estaba pintarrajeada. Era obvio que a Patricia, ahora muy seria, ya no le hacía gracia contradecirme. Con una mano dirigida a la zona de mi anatomía donde estaba fija su mirada insistente, se limitó a mostrar que había en cambio una sola explicación verídica y pecaminosa para la mancha que anegaba la bragueta de mi pantalón.

Resignadamente, como si ajustara yo mismo la soga que iba a ahorcarme, devolví el auricular a su nicho. Unos segundos después sonó el teléfono.

Apenas presté atención mientras Patricia por primera vez se enfrentaba a su madre, le mentía descaradamente, cortaba la discusión con franca insolencia. Tiempo después razoné que su inédita rebeldía era una forma indirecta de ser solidaria conmigo. En ese momento yo estaba más allá de todo consuelo.

El beso apremiante que Patricia me dio en el vestíbulo resucitó sin embargo a la única parte de mí que no sabía de lamentos ni tribulaciones. Porque no quería despedirme sin hacer un último intento, porque necesitaba demostrar cuando menos que no me iba enteramente derrotado, la abracé con fuerza para obligarla a sentir contra su vientre la dureza de mi sexo redivivo. Ella no trató de soltarse, pero tampoco permitió que yo la condujera de vuelta a su estudio.

Antes de cerrar la puerta Patricia me dijo que no estuviera triste. Que había sido mejor posponerlo. Que si ella se hubiera acostado conmigo ese día, yo no tendría ninguna razón para volver.

Capítulo III

22

-Parece una historia de otra época -dice junto a él una voz más bien tipluda.

Sin distraerse de la recta interminable que corre paralela a la costa del Pacífico, Artigas mira de reojo al interior del coche. Estaba tan absorto en sus recuerdos que por un instante lo sorprende percibir a su derecha el pelo oscuro, cortado casi a ras del cráneo, la nariz altiva, gálica, el largo cuello, las tetas curiosamente puntiagudas, el abdomen en cambio convexo y las piernas quizá demasiado delgadas de Monique.

-Es de otro siglo -dice cuando termina de ubicarse-. Del siglo pasado al que dentro de poco vamos a pertenecer los dos.

Aunque nunca lo admitiría, Artigas está orgulloso de prácticamente doblarle la edad a Monique. Para evitar toda exageración: no se avergüenza, a sus cuarenta y tres, de ser el amante de una mujer veinte años menor. Tampoco le revelaría a nadie, especialmente a ella, su certeza de que tarde o temprano esa relación será otro de tantos motivos de arrepentimiento.

Monique en cambio detesta cualquier alusión a los muchos años que los separan. Dicho de otro modo: juzga imperdonable que él insista en hablar directa o indirectamente, con pretextos o sin ellos, de una diferencia de edad que, al volverse consciente, se transforma en una verdadera brecha generacional. A esa repulsión se debe que ella aparente no haber escuchado ni siquiera oído la perogrullada de Artigas sobre el cambio de siglo.

-Pero yo no había nacido entonces -dice para devolver la plática a su curso original.

Artigas asiente. Según le consta por su acceso a los archivos personales de la Universidad de Nanterre, Monique nació en el ‘76. Es decir, en el ‘976. Eso significa que no era mucho más que un feto cuando él viajó por primera vez a Francia.

París, por lo menos en las circunstancias en que yo la conocí, no era necesariamente el lugar idóneo para perfeccionar el francés. Mi beca incluía el alojamiento gratuito en un edificio anexo a la sede de la Alianza en el Boulevard Raspail. La residencia estudiantil constaba quizá de cien habitaciones. Las pocas que pude ver tenían dos ventanas idénticas, dos escritorios gemelos, dos sillas igualmente incómodas, dos viejos armarios de madera y dos estrechas camas. Para evitar la promiscuidad sexual los varones y las hembras dormían en alas separadas, a las que se accedía por elevadores y escaleras diferentes y siempre vigilados. Para dificultar la promiscuidad verbal los compañeros de cuarto debían ser originarios de países lingüísticamente distintos. Yo tuve que compartir el espacio vital con un turco en el primer mes y con un irlandés en el segundo. Eran sin embargo precauciones inútiles, porque a todos los residentes, por encima del género y de la nacionalidad, nos unía el hecho elemental de ser extranjeros en Francia. Ninguno habría estado ahí si hubiera dominado el idioma local. La mayoría, para transmitirle al prójimo una experiencia o un deseo o una simple opinión cuya complejidad rebasara los límites más bien infantiles del aprendizaje de una lengua ajena, empleaba un inglés aproximativo. La excepción éramos los numerosos hispanoamericanos que, pese a la diversidad de los acentos y a la abundancia de localismos a veces intraducibles, lográbamos comunicarnos aceptablemente en castellano.

Yo al principio intenté ser la excepción a esa excepción. Me parecía absurdo viajar tan lejos para confinarme en un gueto de hispanohablantes. Me parecía ridículo estar en Francia para contaminar mi dudoso inglés con los barbarismos anglófonos de un dialecto multinacional. Voluntariamente apartado de la grey latinoamericana y española, injustamente hostil con el turco que insistía en ser mi amigo, envidiaba en secreto la suerte de mis condiscípulas en la Alianza Francesa. No importaba que fueran guapas o feas, jóvenes o viejas, inteligentes o estúpidas. Todas podían escoger a su gusto entre la inagotable concurrencia de magrebíes que las esperaban a la salida de los cursos o se arrimaban a ellas en el restorán estudiantil donde los residentes despachábamos las tres comidas y, a fuerza de acosarlas sin tregua o de rogarles con patetismo o de acusarlas de racistas si los rechazaban, las convencían inevitablemente de salir con ellos para practicar el francés. Sólo una cosa compensaba las desventajas de pertenecer al sexo masculino y de rehuir el trato con otros varones. A diferencia de todas mis compañeras y la mayoría de mis compañeros, yo tenía y ejercía la libertad de explorar sin estorbos las calles de París.

Los cursos de francés consumían la mayor parte de mis mañanas. El resto del tiempo lo dediqué a caminar como nadie salvo los pobres camina en México. La primera tarde llegué por la ininterrumpida rue de Vaugirard desde el Jardín de Luxemburgo hasta el bulevar periférico donde oficialmente se acaba la ciudad. Al día siguiente descubrí que siguiendo la orilla del Sena era posible andar por una sucesión de dársenas y muelles desde la catedral de Notre-Dame hasta la Torre Eiffel. También aproveché las últimas lluvias de la primavera para recogerme en el Louvre o en el Jeu de Paume o en el recién inaugurado Beaubourg.

Hubo algunas ocasiones en que atisbé un remedo de la eternidad en cierto cuadro, no siempre el mismo. Sería pedante enumerar los que me afectaban de esa manera. Lo que importa es que, aunque a veces me conmovían en el sentido estético del verbo, con mucho mayor frecuencia los maestros antiguos o los modernos o sobre todo los impresionistas tenían el efecto de traer a mi memoria la imagen de Patricia. Ese recuerdo, cuya persistencia hubiera querido abolir, alimentaba la melancolía que ya empezaba a crecer en mí con la soledad.

Los museos son por lo demás, o eran en esa época anterior a la ampliación del Louvre y a la apertura del de Orsay, recintos ajenos por consabidos para los parisienses. Quiero decir que no había entonces lugares menos adecuados para conocer a una francesa, nativa o residente de la cuidad. Era más propicio recorrer las breves cuadras que separaban a la Alianza del boulevard Saint-Germain, detenerme en un café cualquiera salvo el de Flore o su rival contiguo el Deux-Magots, cuyas tarifas resultaban prohibitivas, acomodarme frente a una cerveza o un grog si la tarde refrescaba, esconder mi manoseado ejemplar de *Rayuela* aunque deseara seguir leyendo a Cortázar, abrir ostentosamente en su lugar la edición con fecha siempre adelantada de *Le Monde* y, escudado en sus páginas, ubicar con el rabo del ojo a las hembras disponibles en las mesas vecinas.

Casi nunca me atrevía a abordarlas. Cuando yo por fin acertaba a balbucear una medrosa pregunta, muy pocas me respondían con una frase ya no acogedora sino apenas civil. Sólo una de ellas, ocho días después de mi llegada a París, me invitó a sentarme a su lado. Hablaba un francés gramaticalmente intachable, pero cuyas úes precedidas de íes inexistentes y cuyas erres demasiado suaves daban qué pensar. Resultó ser, como yo temía, una extranjera. Para ser preciso: una gringa.

Se ataviaba invariablemente con una boina, era oriunda de Wisconsin, estaba decepcionada de su paso por Nueva York, amaba por despecho a la Civilización Francesa con mayúsculas y se interesaba en otras culturas latinas por extensión. Su nombre de pila debe de haber sido Jennifer. En París se hacía llamar, acentuando insólitamente la i griega al final del diminutivo, Jenny. Tenía veintiocho años. Aparentaba menos, pero yo desde mis veinte la veía de cualquier modo como a una señora en plena madurez. Era bonita, incluso bella, debajo de los gruesos anteojos que desleían sus facciones. Conservaba además el cuerpo largo y flexible de la bailarina que había querido ser. Nunca averigüé si la frustraba o la consolaba desempeñar la función de asistente coreográfica en una compañía teatral indescifrablemente moderna y medianamente conocida en Francia. Pude comprobar en cambio que no era tonta, aunque la obnubilara una militante adhesión a un feminismo neoyorquino a su pesar. No la traigo sin embargo a cuento por sus virtudes y defectos, cuya suma no bastó para convertirla en el segundo amor de mi vida. Si la evoco ahora con cariño retrospectivo es por otra razón más importante y más duradera. Jenny fue, sin contar mi iniciación con quién sabe cuántas putas, la primera mujer con la que me acosté.

Porque el esnobismo es contagioso accedí a hablar con ella en francés exclusivamente. La próxima vez que la vi, luego del lunes en que nos conocimos, fue en el café-teatro del barrio de Montparnasse donde se representaba la obra de la que era coreógrafa. Mis comentarios, menos desfavorables que perplejos, contribuyeron sin duda a que no me volviera a invitar. Se rehusó también a presentarme a sus colegas francesas. Pretextó un sin fin de ocupaciones para no encontrarse conmigo a la luz del día. Estableció que los lunes, en que tenía su descanso semanal, serían de ahí en adelante para descansar de todo incluyéndome a mí. El resto de la semana me correspondía esperarla a partir de la medianoche en el Old Navy, un café-bar con tabaquería que no cerraba nunca en las inmediaciones de Saint-Germain-des-Prés. Al avanzar la madrugada el local se abarrotaba de *clochards,* de borrachos con más suerte, de simples desempleados que fomentaban el insomnio con sobredosis de cafeína, de noctámbulos intermitentes en busca de tabaco, de turistas demasiado jóvenes o tacaños para pagarse un cuarto de hotel. Jenny, con el aspecto recién lavado que distingue a los estadounidenses de otros caucásicos igualmente estrafalarios, atravesaba ese tumulto de varones ojerosos y hembras pálidas como si fuera la única persona viva en una asamblea de fantasmas.

También a mí me hacía padecer la sensación de irrealidad que su

mera presencia les comunicaba a los demás. Apenas entrábamos en su *studio* de la rue Princesse, del otro lado del boulevard Saint-Germain, yo me sentía anulado. Era como si la gravitación de sus objetos y sus costumbres aplastara mi voluntad. Como si yo mismo, desposeído de toda iniciativa, me transformara en otro mueble o en otro hábito susceptibles de ser manipulados arbitrariamente. Jenny, investida de una autoridad inapelable, se arrogaba las decisiones. Ella según su antojo me desvestía con prisa o con lentitud. Ella después o simultáneamente me explicaba cómo zafarle la boina que sujetaba a su cabello con pasadores, cómo despojarla de cada prenda de su ropa sin estropear botones ni ganchos, cómo quitarle los lentes que prefería conservar hasta el final. Ella a tientas me dirigía entonces a su recámara y, luego de retirar el edredón, me obligaba a tenderme boca arriba en la cama. Ella por fin, recostada a mi lado, me indicaba en dónde debía tocarla, si ya deseaba que la penetrara, cuándo era preciso cambiar de postura, en qué momento podía dejar de retenerme para que mi orgasmo coincidiera puntualmente con el suyo.

Casi no hay hombre a quien no lo incomode recibir órdenes de una mujer. A mí, quizá porque la circunstancia era novedosa, me divertía. Ciertamente no me humillaba ser utilizado, incluso violado. Más bien me envanecía que una hembra madura y deseable saciara conmigo sus apetitos sexuales ilimitados en apariencia. Lo único que en verdad me molestaba, lo que acaso impidió que me enamorara de ella, procedía menos de la oposición entre sus preceptos feministas y mis prejuicios masculinos que de una incompatibilidad estética. Jenny habría sido una amante perfecta si no hubiera hablado con inagotable naturalidad mientras hacía el amor.

26

Toleré al principio su parloteo porque esperaba que fuera pasajero: un recurso educativo ejercido provisionalmente para complementar mi formación sexual. A los pocos días hubo sin embargo una madrugada en la que yo, distraído de mi carne por las instrucciones verbales que pretendían azuzarla, no alcancé a eyacular. Me sorprendió que Jenny, concentrada como siempre en su propio orgasmo, notara que el mío estaba pendiente. Aunque por un instante me decepcionó que volviera a dirigirme, no tardé en comprender qué se proponía y me apresuré a obedecerla. Siguiendo sus indicaciones me quedé inmóvil mientras ella por primera vez embocaba mi sexo. No experimenté nada semejante a lo que había sentido cuando imaginaba a Patricia en idéntico trance, pero ninguna sensación es enteramente imaginable. Sólo puedo decir que en ese momento el placer por fin real se

entreveraba en mi conciencia con una doble gratitud. Si yo hubiera tenido el mal gusto de hablar como Jenny, le habría agradecido el insólito altruismo con el que se esmeraba en satisfacerme a mí también. Si hubiera creído que ella era capaz de reírse de sí misma, le habría agradecido además el favor de callar en la cama por unos minutos.

Otras emociones más intensas me hicieron olvidar el agradecimiento. De golpe Jenny, aún callada, se levantó para ir al baño. Yo esperaba oírla orinar. La oí en cambio escupir aparatosamente, abrir la llave del agua y enjuagarse la boca con repetidos gargarismos. Cuando regresó a la recámara, relamiéndose los dientes para eliminar los últimos vestigios del sabor que la atosigaba, la miré con rencorosa incredulidad. No suponía que mi semen tuviera virtudes gastronómicas, pero sus manifestaciones de repugnancia eran innecesariamente ofensivas. Yo la hubiera fustigado con una protesta o quizá con un lamento de no ser porque ella se me adelantó. Con ternura, como si todo entre nosotros funcionara de maravilla, declaró que era mi turno de probar su sexo. Pensé por un instante en reclamarle la desfachatez con la que me solicitaba lo mismo que la había asqueado. Luego me dejé vencer no por su intransigencia sino por mi curiosidad. Para devolverle la ofensa habría preferido que los humores de su entrepierna vejaran mi olfato, que los jugos de sus entrañas ultrajaran mi lengua. La verdad fue que la experiencia, inédita para mí hasta entonces, no me desagradó. De hecho, me gustó tanto que me puse a reinventarla en esa ocasión inaugural. Vorazmente me aboqué a paladear mis propios apetitos mientras Jenny se empeñaba en aturdirme con una retahíla de frases aprobatorias y exclamaciones de inverosímil deleite que no cesaron ni siquiera cuando tuvo su segundo orgasmo de la madrugada.

Poco después, en el camino de vuelta a la Alianza Francesa, me hinchaba una desproporcionada vanidad. Ebrio de autocomplacencia me dije casi en voz alta que esa noche había sido en cierta forma la de mi graduación, con todo y examen oral. La frase, cuya composición me regocijó como si hubiera pergeñado un endecasílabo, ilustra la perfecta vulgaridad de mis sentimientos. Una idea recurrente echaba sin embargo a perder esa tosca alegría. No importa si fue la conclusión de un proceso deductivo o el súbito producto de mi intuición. El hecho es que al hurgar con mi boca en el sexo de Jenny yo había confirmado o descubierto que su locuacidad no era una manía inocente que ella cultivaba en mi beneficio. Era algo más perverso que su altiva obsesión de educarme. Era una faceta rigurosamente pulida de su egoísmo. Era una premisa teórica elevada por quién sabía cuántos años de práctica hasta la suficiencia de un rasgo de carácter. Era en resumen, un resumen que falsea quizá la inteligencia de Jenny

pero refleja con verdad mis percepciones, un mecanismo escénico para asegurarse de que en su trato con los hombres ella se quedaría siempre y literalmente con la última palabra.

27

Tres semanas, cuando mucho, duró mi intensivo adiestramiento amatorio.

La penúltima lección de Jenny fue involuntaria y no tuvo nada que ver con el sexo. A fuerza de asumir una conducta insoportable en las buenas y en las malas me abrió los ojos a una iniciativa de la que ella excepcionalmente no se había apropiado hasta entonces. Para ser breve diré que me enseñó, mediante una especie de mayéutica invertida, que lo único que yo podía decidir por mi cuenta, siempre que me apresurara, era cuándo y cómo terminaría nuestra relación.

La cobardía sin embargo me impidió sacar el mayor provecho de ese conocimiento. Mi propósito era decirle a Jenny que estaba harto: no de que ella me explotara sin contemplaciones para obtener sus fines egoístas, similares después de todo a los míos, sino de saber que me había escogido y me conservaba como amante sólo porque mi edad y mi consiguiente inexperiencia me hacían fácil de manipular. Le dije en cambio vagamente, sin dominar la culpa de mentir, que yo tenía que volver a México antes de lo previsto.

La enseñanza final de esa implacable maestra al discípulo que la despedía como a una empleada consistió en no preguntarme por qué me iba ni pedirme siquiera mi dirección.

28

Nada por lo demás atenuaba la exultación de ser el que había decidido. Aunque faltaban pocos días para que terminara junio, primero de los dos compactos meses de mi estancia en París, no me urgía lanzarme a otra aventura tan absorbente. Me habría gustado que el tiempo se detuviera con tal de conservar intacta mi recién recuperada libertad. Pero también me sentía extraordinariamente satisfecho de mis proezas sexuales y a la edad que yo tenía entonces la satisfacción suele ser jactanciosa. Como un nuevo rico, deseaba ostentar mi fortuna. Era preciso contar mi historia para que la admiración y quizá la envidia multiplicaran su valor.

A falta de otras opciones me busqué público entre los estudiantes de la Alianza Francesa. Empecé, modesta o desidiosamente, por el turco que compartía la habitación conmigo. Él sin embargo se había adaptado muy bien a mi indiferencia y mejor aún a mi ausencia. Era

comprensible que me rechazara cuando por fin condescendí a procurar su compañía. No le perdoné en cambio su negativa a devolverme una lámpara de buró cuyo empleo había usurpado al comprobar que yo casi nunca pasaba la noche en mi cama.

Tampoco los demás latinoamericanos acogieron con entusiasmo a la oveja descarriada que volvía al redil. Mientras yo trasnochaba por mi lado, mientras me esforzaba con poco éxito en espabilarme por las mañanas durante las obligatorias clases de francés, mientras dedicaba las tardes a unas siestas cenagosas sin las cuales no hubiera sobrevivido a la concupiscencia de las madrugadas, se había formado entre ellos una maraña de amistades y rivalidades cuyo hilo conductor más perceptible parecía ser el desinterés en mí.

Pensé en recurrir a la abigarrada comunidad de los extranjeros a Francia y al castellano, pero me disuadió el amor propio. Estaba cansado de buscar quien me escuchara. Con la vehemencia de un profeta solipsista había intentado llevar al prójimo las buenas nuevas acerca de mi persona. Peor para el mundo si elegía desoír esa íntima revelación.

29

El 30 de junio, fecha en que expiraba el plazo de su beca, el turco tomó el avión de regreso a Ankara. A las diez de la noche hacía calor y el crepúsculo veraniego se demoraba en el horizonte y las mujeres apenas vestidas se contoneaban en las impúdicas calles de París. Yo había optado sin embargo por volver a mi cuarto. Era, en el mes que llevaba en Francia, la primera vez que disfrutaba de un espacio privado en donde nadie podía estorbar mi soledad.

Para festejar el acontecimiento había introducido de contrabando a la Alianza una botella *magnum* de vino, una baguette entera y una lasciva rueda de camembert. Los tragos inaugurales del brusco tinto de Cahors me izaron al empíreo de la soberbia. A lo largo de una hora me concebí como un dios orgullosamente solitario que bebía en las alturas un néctar solar. Después, cuando había despachado el pan y el queso, cuando nada amortiguaba ya en mi estómago los efectos del abundante alcohol, sobrevino la caída.

Dejé de creerme el destinatario exclusivo del universo. Mis pretensiones se limitaban ahora a contener el vómito, a mantenerme en pie. El baño de agua fría que tomé *in extremis* no me restituyó la apetecida lucidez, pero me otorgó en cambio la gracia del arrepentimiento. Lloré porque estaba solo. Lloré más todavía porque era solamente yo.

La tímida luz del amanecer me ayudó a aceptar mis contradicciones.

Antes de hundirme en la inconciencia abrí y empecé a leer las cartas no respondidas que Patricia me había escrito en los últimos veinte días.

30

La cara inolvidable de Geoffrey O'Hea, donde la fatiga se inscribía sobre el desaliño como un impreciso mensaje en un palimpsesto redactado en distintos idiomas, fue lo primero que vi al despertar. Durante varios minutos no supe si yo todavía estaba borracho. En mi perplejidad creí entender que él era irlandés y acababa de llegar a Francia después de un viaje en barco y en tren y otra vez en barco y de nuevo en tren que había emprendido muchas horas antes en Belfast. Mientras me ausenté del cuarto para bañarme con morosidad, no se molestó en desempacar las pertenencias que había transportado precariamente en un viejo baúl de cartón. Tampoco se demoró en lavarse ni siquiera las manos para salir conmigo a la calle. Estuvimos juntos todo ese sábado. Frente a la tumba de Verlaine en el cementerio de Batignolles, que insistió en visitar pese a que estaba en una lejana *banlieue*, declaró que había decidido estudiar francés para leer a ese poeta en el original. Pasé por alto su pedantería, que descartaba a quién sabe cuántos otros escritores franceses no menos dignos de homenaje y enterrados en panteones más asequibles. Comimos en un bistró cualquiera. De hecho, me miró devorar un módico menú a precio fijo. Por la cantidad de pan con mostaza que engulló colegí que postergaba su apetito para el restorán de la residencia estudiantil, donde podría saciarlo con muy poco dinero. Me desagradó esa tacañería, esa mezquindad consigo mismo en su primer día en París, pero no le descubrí otro defecto imperdonable. Al anochecer ya éramos amigos. No descifré de qué sospecha quería curarse en salud cuando, ya apagada la luz de la habitación que compartiríamos durante un mes, aclaró superfluamente que sólo estaría en la Alianza mientras encontraba dónde instalarse.

Como el remoto Chaucer, de quien decía heredar no sólo el nombre, Geoffrey era poeta. No fomentaba sin embargo mayor jactancia que la de tapizar escritorios, mesas, sillas y otros muebles menos propicios con retazos de papel garabateados de versos. De su gusto casi maniaco por las letras de Inglaterra había derivado, quizás inconscientemente, esa propensión al sistemático desorden que en la gente civilizada se llama excentricidad. Era en cualquier caso, a sus veinticinco años, el hombre peor vestido de Francia. Si el deforme *Panamá* que usaba para no deslumbrar al prójimo con su indómita melena pelirroja sugería a un lord en desgracia, las bolsas de supermercado en las que acarreaba

sus libros y libretas lo reducían a la injusta proporción de un *clochard* incipiente. Nunca lo vi leer. Los volúmenes de Donne o de Milton que manoseaba en los cafés de Montparnasse no le servían para instruirse sino para atraer la curiosidad del prójimo. Prefería dialogar con mujeres de todo origen y color de piel, sin excluir el blanco, pero no desdeñaba a ningún posible interlocutor. Quién sabe por qué perversión se empeñaba a veces en farfullar un francés rudimentario, cuando nadie podía superarlo en ingenio mientras se atuviera a su perfecto inglés oxoniense. Para mí, que apenas barrunté el sentido de sus poemas en apresuradas recitaciones, su plática era una prueba suficiente de aptitud literaria. Con el tiempo sospeché que para él conversar era en cambio un especie de deporte cuyo atractivo residía en la posibilidad de perder.

31

Unos cuantos días después de su llegada Geoffrey conocía a todo el mundo en el microcosmos de la Alianza, incluyendo a los tunecinos y marroquíes y argelinos que pululaban en las áreas públicas del establecimiento. Con no pocos de esos ubicuos magrebíes, reforzados por los latinoamericanos de rigor y por un grupo de condiscípulas y advenedizas en el que había al menos una nativa de cada continente, celebramos el aniversario de la Revolución francesa. El festejo arrancó en el Pont-Neuf, desde donde vimos reflejados en el Sena los fuegos artificiales que estallaban sobre el Trocadero en un extremo de París. Cuando empezó a llover, según ocurre tradicionalmente cada 14 de julio, cargamos con las guitarras y los tambores y el vino y el paté mojado hasta un departamento que debía de haber sido antes un taller de costura en el boulevard Saint-Martin. Nadie supo decirme quién lo ocupaba ahora. Siguiendo el ejemplo de Geoffrey, que sabía asumir sin alardes la administración del caos, todos actuamos como si acabáramos de expropiar el local en beneficio de la colectividad. En ningún momento dejaron de sonar las síncopas de un ritmo hipnótico, por no decir monótono, producido tenazmente por la competencia de improvisados tamborileros africanos y caribeños. Pero no traigo a cuento esa música porque fuera buena o mala sino porque me tocó oírla, en un oscuro dormitorio donde se amontonaban las gabardinas y los paraguas, entre las piernas de una senegalesa.

He olvidado su nombre, no las nalgas colosales que mis brazos apenas podían abarcar ni los pezones muy negros y muy duros que me hastié de morder. Su pasividad o, para ser exacto, su ensimismada ignorancia de las maniobras que yo ejecutaba en su carne parda y tensa como cuero de timbal resultó sin embargo desconcertante. Al fin

de esa noche en que me prodigué hasta quedar exhausto mi sexo estaba menos complacido que mi vanidad. No sólo había practicado un experimento etnológico inusual para un mexicano. Me había convertido además en el centro de atención de la gente que entre risas o protestas nos apartaba periódicamente para buscar un impermeable debajo de nuestros cuerpos desnudos a medias.

32

Debí reconocer con humildad que me había favorecido una conjunción de circunstancias azarosas, es decir: irrepetibles. Le atribuí en cambio a la serie de hechos fortuitos que me deparó a la senegalesa la regularidad de una ley natural. De ese falaz axioma deduje especiosamente que, con tal de respetar ciertas reglas, el mecanismo perfecto de las coincidencias pondría a mi disposición otras hembras aún más envidiables.

Una sola constante, de la que yo estaba desprovisto, me parecía necesaria para reproducir las variables de mi buena fortuna. Antes que nada me procuré la colaboración de Geoffrey, que poseía la facultad de atraer a las mujeres sin esfuerzo aparente. Fue en cierto sentido la única hipótesis en la que no me equivoqué. Gracias a él pude en efecto revivir en algunas ocasiones la lujuria casi pública que había escenificado en una noche de suerte. Sólo que en esos espectáculos reiterativos no me correspondió el apetecido papel del protagonista sino la función infinitamente más ingrata del espectador.

33

Quién sabe cómo se ingeniaba Geoffrey para violar con impunidad la estricta segregación sexual que prevalecía en la Alianza. La sospecha de que sobornaba a los vigilantes de la residencia estudiantil resulta incompatible con su avaricia. Tampoco es fácil imaginar que los persuadía con súplicas o con argumentos elaborados en su pobre francés. De acuerdo con su propia versión, acaso la menos inverosímil, se limitaba a actuar con autoridad, como si fuera el dueño del establecimiento y pudiera hacer con todo y con todos lo que le diera la gana. El hecho era que casi cada noche después de las once, cuando la mayoría de los estudiantes ya estaba durmiendo y había pocas posibilidades de un encuentro delator en los pasillos del edificio, él llegaba a nuestro cuarto clandestinamente acompañado de un nuevo par de amigas que había conocido en la calle ese mismo día y que no pensaba volver a ver.

La indiscriminada variedad es enemiga de la memoria. Cuando

intento evocar a las diez mujeres que en poco más de una semana desfilaron de dos en dos por mi habitación compartida, apenas las distingo entre sí. Porque esperé de ellas un paréntesis en el francés que solían dominar o en el inglés que Geoffrey empleaba para hablar conmigo, recuerdo a unas dominicanas que se rehusaron a concederme siquiera la inmaterial complicidad del castellano. También me acuerdo con lástima de una martiniquesa y una caledonia que ingenuamente se ufanaban de poseer la nacionalidad francesa. No sabría decir en cambio si las demás venían de Zaire o de Camerún, de Túnez o de Argelia, de la franja portuguesa de Surinam o de la franja holandesa del Brasil. Todas eran negras o mulatas o bastante morenas. No todas me gustaban igualmente, pero ninguna carecía de un cuerpo deseable. La mitad de ellas por su parte se interesaba en Geoffrey desde el principio. La otra mitad se inclinaba después de íntimas deliberaciones por seducir al que había seducido a su amiga. Geoffrey, contento de arbitrar esa rivalidad, escogía con intuición infalible no necesariamente a la que lo había elegido primero ni siempre a la otra, sino a la que tuviera razones más poderosas para meterse con él en la cama. A la descartada me correspondía consolarla a mí.

34

De varias maneras intenté explotar en mi beneficio el despecho ajeno. Cada una fue menos eficaz que la anterior.

La primera vez le ofrecí explícitamente a la perdedora la oportunidad de desquitar sus celos conmigo. Ella creyó que le brindaba no mi carne sino mi compasión. En la madrugada, cuando se fue intacta del cuarto, no había acabado de contarme sus desventuras amorosas.

La segunda vez sometí a mi presunta víctima a una indiferencia tenaz en castigo por haber preferido a Geoffrey. El castigado resulté ser yo. Mientras fingía dormir junto a un cuerpo tibio y demasiado próximo, que probablemente esperaba la menor iniciativa de mi parte para abolir esa recíproca tortura, me puse a atisbar qué sucedía en la cama contigua. En la penumbra discerní el pálido perfil de Geoffrey entreverado con la sombra de una silueta más oscura. Angustiosamente los vi acoplarse, desunirse, retorcerse entre los lívidos cobertores en un remolino de brazos y piernas y nalgas y pechos fugaces que con sólo estirarme hubiera podido tocar.

La tercera vez quise evitar los extremos. Ni fui comprensivo con mi forzada compañera ni la ignoré. Ella en respuesta no me rechazó del todo, pero tampoco me aceptó sin reservas. Consintió en que la besara, en que la tocara por encima de la ropa, en que sin

desnudarnos yo frotara mi sexo contra el suyo. A cambio de tales libertades exigió que no hiciéramos nada, estrictamente nada más. En las treguas de esa batalla perdida de antemano, los gemidos y las risas ocasionales y los alientos acompasados y el chirriar intermitente del colchón bajo los embates de la otra pareja orquestaban el fragor de una cópula desaforada que magnificó por contraste el escándalo de mi propia insatisfacción.

La cuarta vez me adelanté a los hechos. Apenas examiné a la martiniquesa o a la caledonia que me tocaba entretener, supe que nos llevaríamos mal. Sólo la admití en mi cama para no arruinarle la noche a Geoffrey. Pero no la deseaba y me dio igual tenerla a mi alcance y, a los pocos minutos de haberme desvestido sin pudor y sin lascivia, me dormí. Ni siquiera soñé con ella. En el sueño sin embargo ensucié vergonzosamente las sábanas.

La quinta vez, por mi negligencia, fue la última. Estaba cansado de infligirme esa forma refleja del dolor que es el placer vicario. Estaba también preocupado y quizá molesto porque Patricia no respondía las cartas que yo por fin le había escrito. En cuanto advertí que las dominicanas no se rebajarían a hablar conmigo en español, obligué a la mía a seguirme. No me detuve a razonar con el ruidoso vigilante que nos sorprendió al salir juntos del elevador reservado exclusivamente a los dormitorios para varones. En el boulevard Raspail paré un taxi, hice subir a mi desconcertada acompañante y le tendí al chofer un billete de cincuenta francos que entonces eran mucho dinero. Luego me encerré en una caseta telefónica, nervioso como si mi destino pendiera de esa llamada.

Del otro lado del Atlántico la madre de Patricia me informó evasivamente que su hija no estaba, que se había ido a Jalisco en un viaje organizado por su escuela.

35

Estuvieron a punto de expulsarme de la Alianza Francesa. El testimonio del vigilante me condenaba. Sin contradecirlo en ningún momento reconocí, tomando prestadas sus palabras, haber salido de mi cuarto en compañía de una persona del sexo opuesto y ajena por completo a la institución. Esa indiscutida infracción a los reglamentos de la residencia estudiantil no fue tolerada sin embargo por mi honestidad, sino porque faltaba menos de un semana para que concluyera mi beca y yo de cualquier modo regresara a mi país.

Geoffrey, a quien había excluido cuidadosamente de mi confesión, quedó libre de culpa pero no de sospecha. Expuesto a una vigilancia casi policiaca, tuvo que abandonar los hábitos de la clandestinidad.

Para mostrar que perdonaba o por lo menos entendía mi torpeza me convidó al acoso nocturno de mujeres con departamento. Yo había escarmentado y prescindí de hacerle la segunda. Salvo la habitación, compartíamos cada vez menos cosas. Sólo nos veíamos en las mañanas, cuando yo me levantaba por inercia para asistir a los cursos de francés y él despreocupadamente volvía de quién sabe dónde a descansar.

En una de esas breves entrevistas le propuse que el 31 de julio, destinado a ser mi último día completo en París, cenáramos juntos. Para que no lo disuadiera la aprensión de gastar innecesariamente su dinero le aseguré además que yo pagaría la cuenta. Con el ánimo festivo de las despedidas había resuelto darme el lujo de Le Balzar, un restorán aledaño a la Sorbona en el que, conforme a la guía gastronómica que cito de memoria, «los intelectuales de la Ribera Izquierda se congregaban para degustar una cocina tradicional y correcta aunque no siempre barata». Yo sabía que Geoffrey, con todo y su devoción por Verlaine, detestaba a la actual cultura francesa de la que éste había sido inadvertente precursor. Confié sin embargo en que, por o pese a su contradictoria idiosincracia, no le sería indistinto conocer una *brasserie* que, según yo me había enterado en las páginas indiscretas del *Nouvel Observateur*, merecía la asiduidad de Roland Barthes, a quien mi amigo se rehusaba a leer pero aborrecía de oídas como símbolo del bizantinismo parisiense.

Ese dato, que yo reservaba para los aperitivos, fue una de las muchas cosas que Geoffrey se quedó por lo pronto sin oír de mí. Llegó a la Alianza no a las ocho en punto como estaba convenido sino cerca de las nueve de la noche. Yo había empacado en la tarde y lo esperaba con la conciencia de que corrían mis horas finales en París. Con tal de no perder más tiempo me abstuve de recriminarle su tardanza. Él se echó en su cama y emprendió sin embargo la explicación que no le había pedido. Para empezar aludió con inusual vaguedad a una circunstancia imprevista que lo obligaba a posponer la cena. Cuando me negué a creerle, cuando le reproché su falta de confianza, cuando añadí que si se trataba de una mujer podía invitarla a mis expensas, optó por cambiar de excusa. Simplemente declaró que estaba cansado, que no tenía hambre, que prefería dejarlo para otra vez.

El orgullo me impidió seguir insistiendo. Le dije que lo entendía, pero me despedí de él con menos elegancia que brusquedad. Geoffrey de cualquier manera se puso de pie para abrazarme. Entonces pronunció a mi oído una frase que no estoy seguro de haber escuchado con exactitud. *Hay que torcerles el cuello a los adioses*, recuerdo que fueron sus palabras. Ahora las asocio al verso canónico de Enrique González Martínez que un irlandés difícilmente habría podido leer y que por tanto él debe de haber parafraseado de acuerdo

con las leyes impersonales que rigen a la buena y también a la mala literatura. En ese momento me asombró sobre todo que Geoffrey hubiera hablado en francés.

36

La atmósfera de Le Balzar, turbia de humo y perfumes mezclados con sudor, era inexorablemente cosmopolita. Mientras pescaba en ese mar de voces fugitivas los coletazos de una conversación en inglés y otra en alemán y otra más en italiano, pensé con cierta frustración que yo no había sido el único extranjero en organizar una velada típica de París con ayuda de una guía turística. No distinguí en cambio a un solo intelectual francés en el tumulto, a no ser que la *intelligentsia* de la Ribera Izquierda se hubiera coludido en ese restorán y en esa noche especial para disfrazarse con la ropa y los modales de la burguesía.

En el vestíbulo se había formado una cola que llegaba hasta la calle. Para abrir una brecha entre los cuerpos apretujados declaré que tenía una reservación. La gente cesó de mirarme con suspicacia cuando el capitán de meseros encontró mi nombre en su lista. Nadie en medio de la algarabía creciente pareció oírlo murmurar que yo había reservado para las nueve y ya eran más de las diez. Dudé entre rogarle y ofrecerle una propina. El desconsuelo por lo pronto me hizo enmudecer. Ese instante de sincera zozobra, que debe de haberse reflejado en la expresión de mi cara, fue como un salvoconducto. Antes de que pudiera irritarlo con mis súplicas o quizás ofenderlo con mi dinero, el conmovido capitán me pidió discretamente que esperara. Por fin me condujo hasta una mesa para cuatro a la que un hombre y una mujer, ambos más que cincuentones, cenaban codo a codo con una muchacha de mi edad.

Sin dirigirme a ninguno en particular los saludé tímidamente y les agradecí que me permitieran sentarme con ellos. Como la mujer y la muchacha no pasaron de sonreír, como el hombre se limitó a farfullar una frase de cortesía, retiré mi silla hasta un extremo de la mesa para no incomodarlos más. Inmediatamente los tres reanudaron su plática en un francés nativo en el que creí percibir acentos provincianos. En el mío, estorbado por la conciencia de que mis comensales podían escucharme, ordené lo primero que me llamó la atención en la carta: una *vichyssoise,* un filete de res a la pimienta, tinto de la casa. Cuando pusieron a mi alcance una botella entera de burdeos la muchacha enarcó las cejas, no supe si por malicia o desaprobación. Volteó en el momento en que yo trataba de leerle los ojos, pero pude observar fugazmente que no era fea o que no lo hubiera sido con el pelo limpio y unos kilos menos.

Ella estaba sentada frente a mí, contra la pared, al lado de la señora mayor. Sobre las cabezas de ambas una galería de espejos rectangulares multiplicaba hasta un infinito aparente el espacio del restorán. Hacia esas alturas miraba yo cada vez que el aburrimiento me daba el valor de levantar la vista de mi plato vacío para distraerme con el espectáculo de la gente que comía a mi espalda. Sólo después de que me sirvieron la sopa dejé de sentirme fuera de lugar. Entonces advertí que la muchacha se demoraba en un paté de cerdo, que no podía ser sino su primer platillo, mientras que el hombre y la mujer engullían los restos de unas considerables lonjas de salmón. También noté que el señor y la señora, probablemente una pareja de casados, se tuteaban entre ellos en tanto que al hablar con la joven se atenían a la formalidad del *vous*.

Porque el arte de la restauración se rige en Francia por la abscisa de la simultaneidad y la ordenada de la simetría, los meseros de ahí en adelante nos atendieron a los cuatro a la vez. Al hombre y a la mujer, retirados sus platos sucios, les preguntaron si deseaban un postre. A la muchacha le trajeron un pollo frito y a mí la carne roja que había ordenado. Entre ella y yo colocaron además un cerro de papas a la francesa que debíamos compartir. La mirada vacilante que cruzamos al evaluar esa suerte común fue nuestro primer contacto íntimo. Después sus dedos golosos rozaron la mano que yo tendía para ofrecerle las papas. Todavía reímos juntos, pero ahí por el momento se agotaron nuestras coincidencias.

Cada quien se concentró en su platillo. Excluyendo el ruido de los cubiertos y la continua alharaca del restorán, la única interrupción a nuestro silencio provenía de los comentarios episódicos del hombre y la mujer que ahora hablaban entre ellos. Habían pedido su cuenta luego de un rápido café. En cuanto nos dejaron solos le dije a la muchacha que, si ella deseaba, yo podía mudarme a la otra mesa. Ella me pidió que no fuera tonto. Contrito por mi obvia tontería le ofrecí un poco de vino. A la hora de los postres ordenamos media botella más. Entre tanto Bernadette, según dijo llamarse, confirmó que tampoco ella conocía a la pareja con la que habíamos cenado. También me prodigó un relato que empezaba como una biografía ordinaria en Lyon, donde se había criado en una familia de tenderos, y culminaba como una fábula en París, a donde acababa de trasladarse luego de muchos exámenes y concursos públicos para estudiar en la Escuela Normal Superior.

Cerca de la medianoche yo estaba enterado además de que, mientras conseguía un *studio* barato, ella se alojaba en el departamento de unos parientes que se habían ido de vacaciones y de

que ese día, el primero que pasaba de veras sola en su vida, cumplía diecinueve años. Bernadette en cambio ignoraba todo de mí, salvo el nombre y la nacionalidad y el hecho no menos invariable de que a la mañana siguiente regresaría a mi país. Aunque nada en ella me gustaba especialmente insistí en pagar las dos cuentas que nos presentaron por separado. Sólo aceptó la invitación, luego de un abstruso alegato, a cambio de que yo me dejara compensar con una copa de coñac en su casa provisional. Al salir del restorán le cedí el paso y vi con desaliento sus piernas cilindricas que escapaban de una falda demasiado corta. Me estaba rezagando en la rue Saint-Jacques, con la intención difícilmente practicable de evadirme en una esquina, cuando Bernadette con un brazo rechoncho enlazó mi cintura.

38

Ni siquiera probé el coñac. Al entregarme la copa esférica y desmesurada como una pecera Bernadette olvidó su mano debajo de la mía. La miré como si no entendiera lo que miraba. La expresión impaciente de su cara abolía sin embargo toda ambigüedad. Me avine a besarla. El ímpetu de su boca terminó por anular mi reticencia. Luego de algunas caricias tentativas me puse a estrujar su carne. Ella se quejaba roncamente cuando mis manos oprimían sus tetas, cuando mis dedos se encajaban en sus nalgas, pero no dejaba de abrazarme hasta la asfixia ni de hurgar entre mis labios y mis dientes con su lengua. En una sesión de confidencias masculinas yo había oído que no valía la pena malgastar el tiempo con las mujeres feas, porque no eran más com placientes que las guapas. Bernadette, resuelta a acostarse conmigo a pesar de mí, desmentía con abundancia ese lugar común.

La única condición que me impuso, cuando ya estábamos desnudos en el sofá y recíprocamente nos informamos de que ni yo traía condones ni ella usaba anticonceptivos, fue que no eyaculara en su interior. Vi que iba a decirme algo más, pero le arrebaté la palabra para pedirle que me tuviera confianza. Con sumisión inmediata asintió. En el momento en que me acomodé encima de ella no se redujo sin embargo a abrir las piernas. También, como si anticipara un horror, cerró los ojos. Aunque su teatralidad me pareció innecesaria y hasta ridícula, juzgué que yo no debía ser menos dramático. En vez de penetrar en ella paulatinamente la embestí con todo el cuerpo y de golpe la ensarté. Bernadette, frunciendo la boca además de los párpados, trató en vano de reprimir un chillido. Atribuí esa exagerada reacción no sólo a la sorpresa sino a que su sexo no estaba

suficientemente lubricado. Para que acabara de admitir mi peso entre sus muslos tensos empecé a moverme con cautela.

Todos los recursos de mi recién adquirido repertorio sexual tuvieron que subordinarse a la simple obligación de retenerme. Apenas salí de su carne preventivamente Bernadette respingó como si mi repentina retirada le hubiera hecho daño. Pensé en preguntarle qué le sucedía, pero ella con los ojos aún cerrados no paraba de resoplar. En cuanto se aplacó el cosquilleo en mi erección volví a envainarla, ahora sin violencia excesiva. Bernadette me recibió con un suspiro y un breve sobresalto que no me desautorizaban a continuar.

Porque las circunstancias no estimulaban mi imaginación seguí oscilando entre esos dos extremos de eficacia probada. Primero aceleraba mis movimientos hasta el pico de intensidad en el que yo urgentemente debía suspender la cópula. Después permanecía quieto, incluso retraído, hasta alcanzar la sima de abandono en la que ella esperaba menos la brusca reanudación de mi vaivén. En pocos minutos la aceleración y la expectativa se juntaron en un vértice irreductible donde ya no cabían demoras. Cuando me erguí intempestivamente para verterme afuera de sus entrañas Bernadette, enderezada a su vez sobre un codo, aprisionó mi sexo con su mano libre. Creí por unos instantes que deseaba apresurar con sus dedos las palpitaciones de mi orgasmo. Luego me di cuenta de que sólo quería dirigir mis aspersiones lo más lejos posible de su pubis.

Para ejecutar esa maniobra Bernadette por fin había abierto los ojos. Se quedó mirando, no supe descifrar si con curiosidad o con asco o aun con tristeza, el surco de una gota blanquecina y viscosa que se adelgazaba al escurrirle por un costado. De pronto, como si emergiera en plena lucidez de un trance hipnótico, exclamó que estábamos ensuciando el sofá. Me hice a un lado para destrabarla de mis piernas. Mientras ella iba a la cocina y regresaba con un trapo húmedo percibí, junto a las huellas inconfundibles de mi semen, varios islotes de una sustancia más densa y no exactamente roja sino café. Tardé en identificarlos como coágulos de sangre. Entonces comprendí vertiginosamente que había desvirgado a Bernadette.

Sentí al mismo tiempo rencor y ternura, enojo y vergüenza, indignación y culpa. Sin embargo, ninguno de esos sentimientos simultáneos y quizá complementarios me apremiaba tanto como la mera perplejidad. Para salir de dudas le pregunté a Bernadette si era o más bien si ya no era virgen. Contestó que eso no le interesaba a nadie sino a ella. Como si no la hubiera oído insistí en que me explicara por

qué esa noche, por qué con el primer varón disponible, por qué a fin de cuentas conmigo. Respondió enigmática o confusamente que eso en cambio me importaba sólo a mí.

Mientras evadía mi interrogatorio Bernadette se había cubierto con una bata que le quedaba demasiado larga y demasiado estrecha. Tenía además el pelo revuelto, los ojos inyectados, la nariz roja. Se veía, en pocas palabras, más fea que nunca. Quién sabe de dónde sacó la suficiencia para ordenar que yo me fuera inmediatamente después de ponerme la ropa.

Ya en la puerta sin embargo me pidió mi dirección en México. Me pareció que su propósito de escribirme no era necesariamente hipócrita, pero no resistí a la tentación de ser tan esquivo como ella. En su agenda anoté sin titubeos un apellido ficticio y un domicilio falso. Luego la besé en los dos cachetes y, con cierta prisa, me fui.

Minutos después, cuando rodeaba el Jardín de Luxemburgo en el camino de vuelta a la Alianza Francesa, pensé arrepentido que, de todas las lecciones amatorias de Jenny, era injusto sólo haber aplicado correctamente la última con Bernadette.

Capítulo IV

40

Artigas nunca fue valiente en el sentido físico, que es en el fondo el único de que se puede hablar. A los veinte años era simplemente precavido. Dos décadas después se ha vuelto medroso. No es imposible que las regularidades del que en su juventud se llamaba Primer Mundo hayan socavado sus defensas naturales contra los caprichos del Tercero. Lo cierto es que en la actualidad su cautela se extrema ante cualquier circunstancia azarosa. Por ejemplo: viajar en coche en su propio país.

En la guía *Michelin* de Monique, que él consulta sólo en el excusado para que ella no vea cuánto ignora de México, se aconseja al turista cargar combustible en cada gasolinera que se presente en el camino. Nunca se sabe dónde habrá otra. Siguiendo esa recomendación al pie de la letra Artigas se detiene en la primera concesionaria de Pemex, aunque no hace ni una hora que salieron de Puerto Vallarta con el tanque lleno. La inutilidad de esa parada es tan flagrante que Monique pregunta si hay algún problema.

-Por si acaso, voy a echarle gasolina. Nunca se sabe... -dice Artigas, que suspende la frase al reparar en que, arrastrado por la costumbre magisterial de citar los textos fielmente, estaba delatando la fuente inconfesable de buena parte de su información.

Mientras Monique busca en el estanquillo anexo a la gasolinera una bolsa de papas o cualquier otra fritanga para engañar al hambre perpetua de los flacos, él pide que chequen el aceite, el agua, las llantas sin excluir la de repuesto. El hombre que lo atiende no deja de sonreír. Tendrá a lo mucho treinta años. Anda descalzo en el asfalto ardiente y una panza memorable le hincha la camiseta. A cada rato se rasca ostentosamente los testículos. En seguida, como si hubiera entre las dos manías una relación de causa y efecto, escupe un gargajo descomunal.

Cuando Monique regresa a su asiento el hombre la revisa con descaro. Luego rodea el Tsuru para recibir el billete que Artigas enarbola y, desafiándolo con sus ojos saltones, le dice en tono más de afirmación que de pregunta:

—¿La señorita es su hija, mi jefe?

-Su abuela —exclama Monique, no inconsciente de que el posesivo en español es ambiguo.

Por si las dudas, Artigas enfila hacia la carretera sin esperar su cambio.

41

De la tragicomedia en un acto que compuse esquemáticamente en mi imaginación, durante el vuelo de regreso a una vida que en poco tiempo se me había vuelto remota y ajena, no estaban excluidos ni el *ars combinatoria* ni el azar.

La escena inicial admitía tres variantes. En una de ellas yo reconocía mis faltas, todas mis faltas, sin atenuarlas ni justificarlas. En otra reducía por el contrario mis infidelidades a una sola y comprensible reacción de hartazgo. En la última, mi favorita, me presentaba como la víctima de una serie de hechos fatales, es decir involuntarios, originados por la ausencia recíproca.

Al llegar a este punto, mi confesión o mis reproches o mis evasivas coincidían en el mismo clímax. Había empezado la segunda escena. Con arrepentimiento o con enojo o con desesperanza, de acuerdo con sus respuestas a mis explicaciones anteriores, yo le intimaba a Patricia que lo único sensato era dejar de vernos.

La tercera escena propiciaba o por lo menos consentía el lucimiento de una actriz temperamental. Ella podía enfurecer y mandarme al carajo, lo cual facilitaba decepcionantemente mi resolución. Podía en cambio entristecer hasta las lágrimas e incluso rogarme que le diera otra oportunidad, lo cual me enredaba en inverosímiles intentos de consolarla. Pero también podía aceptar mis razones y, renunciando a la mínima compostura, prometer que por fin se acostaría conmigo. Yo en ese caso, después de un vistoso esfuerzo para acallar mis escrúpulos, me resignaba a acoger su sacrificio, no sin insistir en que lo pensara bien.

El postergado ayuntamiento se verificaba entonces, para solaz o frustración de un público indecisamente moderno, tras bastidores.

En el desenlace Patricia me contemplaba con odio, con indignación o con simple incredulidad, mientras yo repetía que por mi culpa o por la suya o por la fuerza impersonal de las circunstancias debíamos separarnos de cualquier manera. Al caer el telón mi cara denotaba melancolía y, quizá, lástima.

El epílogo sobrevenía inesperadamente cuando se estaban apagando las luces en el escenario. Oculto por las cortinas y por la creciente oscuridad yo declaraba, en el tono confidencial del actor que se dirige al público para expresar en voz alta sus pensamientos íntimos, que

nada ni nadie me impediría refrendar en México las hazañas sexuales que había ejecutado en París.

Aplausos.

42

Un entremés muy distinto, y quizá mejor estructurado, me aguardaba sin embargo en la casa de Patricia. Al teléfono me había sorprendido con el anuncio de que ella *también* tenía mucho que decirme. Ya en su estudio me extrañaron los vestigios de un bronceado intensivo que aún le historiaba la piel.

Porque la extrañeza era manifiesta en mi cara o porque así lo prescribía su plan de la obra, Patricia sin mediar preguntas de mi parte me informó que ella *también* había viajado. Añadió que había pasado unos días maravillosos en la costa del Pacífico. Para ser precisa: en una aldea de pescadores en Jalisco. Noté que se abstenía de explicarme con quién había ido y cómo había hecho para obtener el permiso de su madre. Estaba enfrascada en un elogio de la naturaleza virgen cuando me acerqué a darle, o más bien a que me diera, el beso de bienvenida en que ninguno de los dos había pensado hasta entonces.

Patricia apenas abrió la boca, pero me abrazó más largamente de lo que aconsejaba la presencia de su madre en la recámara contigua. Luego acarició con las yemas de sus dedos una manga de mi saco y observó que yo estaba hecho un verdadero parisino. Le aclaré que toda mi ropa era mexicana. Con no menos importunidad le dije además que el gentilicio correcto era «parisiense». Ella sin prestar atención a mis balbuceos empezó a recitar un monólogo que me pareció ensayado.

Unas cuantas frases lo resumen en mi memoria. A Patricia en los dos últimos meses le había sobrado tiempo para reflexionar. En la playa, lejos de todo, incluso de ella misma, se había dado cuenta de que estaba insatisfecha. Quizás era mejor decir inconforme, aunque no sabía exactamente de qué. El hecho era que se sentía confundida, extraviada. Ignoraba cómo rescatarse, cómo entenderse, cómo decidir qué le convenía, qué quería. Su única certeza era que necesitaba estar sola.

43

Fuera de repertorio me correspondió quedarme incrédulo, estupefacto. El resentimiento y la indignación vendrían después. Por lo pronto, los papeles se habían invertido. Era yo, ahora, quien se

rehusaba a prescindir de Patricia. Con tal de recuperarla improvisé un personaje antagónico al que originalmente me había asignado. Fui solidario, comprensivo, tolerante hasta la abyección.

Sin un solo reproche le ofrecí mi ayuda para averiguar qué le pasaba. Patricia sentenció que nadie era menos capaz de ayudarla que yo. Como si no pudiera haber otra razón para la discordia, le prometí que ya no insistiría en que se acostara conmigo. Patricia, negando con la cabeza, rechazándome con todo el cuerpo, estableció que el problema no era ése: no exactamente o no exclusivamente ése. Me rebajé a jurarle que le daría todas las libertades que le hicieran falta. Patricia declaró que eso, para hablar con franqueza, era lo que no quería: que yo le diera o le dejara de dar. Había estado tanto tiempo a mi lado, a mi sombra, que no sabía quién era, qué era ella sin mí. No me pedía nada. Me proponía o, según la corregí, me imponía una tregua. Un paréntesis en el que cada uno de nosotros pudiera pensar qué deseaba del otro en realidad.

Fue inútil repetir que yo no tenía ninguna duda. Que sólo me importaba seguir con ella como antes. Mejor que antes. El diálogo, más bien la yuxtaposición de nuestros inconexos monólogos, cesó abruptamente la cuarta o la quinta vez que Patricia no supo o no quiso decirme cuándo nos volveríamos a ver.

44

En la escalera me topé con su madre, que venía subiendo. La saludé perentoriamente y me arrimé al barandal para cederle el paso. Ella sin embargo se plantó a unos centímetros de mí. Hundí el mentón en el pecho para evitar su escrutinio. Ella no se dejó intimidar por mi hosquedad. Aunque rara vez nos tocábamos, puso una mano maternal en mi hombro. Entonces murmuró sorpresivamente que no entendía qué le pasaba a su hija.

Comprendí que la decisión había sido objeto de consultas familiares. Sin ninguna evidencia juzgué también que la vieja había aprobado y hasta sugerido la separación. Porque no podía odiar a Patricia, volqué todo mi rencor en su madre.

Intenté apartarme de ella, pero no me soltó. Estuve a punto de gritarle que su hipocresía no me engañaba, pero se me adelantó. No sé si habría bastado para hacerme entrar en razón que la señora, siempre impaciente con su hija y conmigo, me aconsejara paciencia. Me dejó sin habla que además, con cariño que no parecía fingido, me dijera que Patricia difícilmente encontraría a alguien mejor que yo.

Cuando salí de esa casa en la que había vivido la peor y casi toda la mejor parte de los últimos dos años, sentía menos tristeza que rabia.

Me enfurecía no haberme atenido a mi plan. Me indignaba la facilidad con que Patricia había ejecutado el suyo. Nada sin embargo me llenaba tanto de resentimiento con ella como saber que su madre siempre había abogado por mí.

Capítulo V

45

Artigas no sólo ha cesado, por el momento, de arrepentirse. Ahora se felicita de todo lo que lamentaba un poco antes. Para empezar: de haber escapado de París, donde el tumulto y el frío deben de ser insoportables. Además: de haber venido a la costa en vez de pasar dos semanas enteras en el Distrito Federal. Por supuesto: de haber traído a Monique. E incluso: de haberle hablado de Patricia.

Si uno solo de esos acontecimientos no se hubiera producido, él en ese instante no se encontraría en un estero inhabitado, junto a la playa pero sumergido en el agua dulce de un arroyo, desnudo pese a la incomodidad de exhibir su cuerpo ya un poco fofo de cuarentón, mirando con deleite la piel en cambio firme de Monique, que está sentada a su izquierda, también desnuda y sumergida del pecho abajo.

Artigas quisiera seguirle contando. Explicarle o más bien explicarse ante ella. Hablar de cualquier cosa mientras mira con disimulo el vellón ondulante en el agua, a su alcance, aunque él no se decida a tocarlo. Para salir de su indecisión le propone trasladarse a la toalla que extendieron sobre la arena, pero Monique decreta que ahí están bien. Luego, con el índice de la diestra cruzado perpendicularmente sobre sus labios, le pide o quizá le ordena que se calle.

Acodado en una postura casi horizontal que le permite dejar de meter la barriga, Artigas se abandona entonces a sus especulaciones. Repetidamente intuye, siente, sospecha que Monique sin alardes lo está consolando. Algo inasible se lo sugiere. Quizá cierta cautela, cierta ternura, casi diría: cierta abnegación, en la manera como ella lo observa.

De estas conjeturas lo distraen la sombra fugaz de un pelícano que vuela a pocos metros de altura, el ronco ruido de las olas que de pronto se intensifica, la distorsión que él mismo ha creado en la corriente del arroyo con el movimiento involuntario de su carne. En cuanto cobra conciencia de lo que sucede, Artigas no sabe qué lo avergüenza más: su propia e inocultable erección subacuática, o la sonrisa manifiestamente no cautelosa ni tierna ni mucho menos abnegada de Monique.

El año que siguió a la ruptura con Patricia fue, en casi todos los sentidos imaginables, el peor de mi vida hasta ahora. Ni siquiera en mi adolescencia, que había sido canónicamente tormentosa, resulté capaz de tanta infelicidad como a los veintiuno. Estaba hastiado de mí, de los demás, del universo. Si no pensaba con seriedad en las ventajas comparativas del suicidio era por una mezcla anestésica de cobardía y escepticismo. Temía con precisión obsesiva el sufrimiento físico. Dudaba de que nada, incluyendo a la muerte, pudiera abolir mi permanente insatisfacción.

Seguí acudiendo a la universidad por inercia y por desesperanza. Cualquier ocupación era en teoría un paliativo al fastidio de durar. En la práctica las horas transcurridas en las aulas se adensaban hasta convertirse en una sustancia casi sólida que me sofocaba. Prefería quedarme en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, donde el tiempo se diluía en un flujo imperceptible mientras yo morosamente redactaba los ensayos obligatorios con los que tendía a compensar en alguna medida mi inasistencia a los cursos.

Escribir es sin embargo una forma disciplinada del ensimismamiento y lo que yo requería con urgencia era salir de mí. Sin saber que la buscaba desesperadamente, encontré una escapatoria en la lectura. Nunca antes había leído con menos cálculo ni con más voracidad. Dejó de importarme que los libros estuvieran bien o mal escritos, que fueran divertidos o sosos, que tuvieran un lugar en la vida de la gente o sólo en la historia de la literatura. Ahora los usaba no para instruirme o para entretenerme sino para anularme, como otros usan el alcohol.

La nómina de los autores en cuyas obras me enajené sistemáticamente iba de la *A* de Leopoldo Alas y Jane Austen a la *Z* de Émile Zola y no excluía la frecuentación, prescrita por mi currículum académico, de epígonos nacionales como Federico Gamboa y Manuel Payno. Pero no quiero abultar una bibliografía previsible. Es suficiente con decir que mis lecturas se concentraron en un tema: la relación amorosa, en una época: el siglo XIX, y en un género: la novela. A esa obsesión, que suplantaba malamente a la que padecía por Patricia, se debió tal vez que, al cabo de un año de estudioso anonadamiento, yo no fuera más sabio ni, en sentido estricto, más culto. Era en cambio, con alivio, menos yo. Mientras ponía entre paréntesis mi persona había aprobado de paso todas las materias y ya únicamente dos semestres, sin contar la tesis, me separaban de la licenciatura en letras hispánicas.

47

Creí que estaba en la sima de mi caída. Todavía mejor: que había rebotado en el fondo de mis tribulaciones y el vértigo que ahora experimentaba era el de un ascenso demasiado brusco. En las vacaciones de fin de cursos aprendí sin embargo que siempre es posible hundirse un poco más en el pozo del sufrimiento voluntario antes de volver a la luz.

No dejé de leer con tenacidad, pero la falta de un horario fijo y de una lista de libros que reseñar puntualmente desordenó todos mis hábitos. Pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, dormitando a intervalos que sólo por accidente coincidían con las noches. Leía en cuanto me despertaba y hasta que el cansancio me volvía a anular. En ciertas ocasiones me descubrí leyendo empecinadamente las páginas caprichosas que mi fantasía o mi memoria componían en el sueño.

Luego de varias semanas de ese caótico régimen libresco, interrumpido apenas por la obligación de desayunar, comer y cenar en la compañía cada vez más suspicaz de mis padres, fue imposible negar que yo estaba enfermo. El médico que me auscultó en mi recámara diagnosticó al principio una avitaminosis aguda con complicaciones virales y altas temperaturas. Después, pese a no ser psicólogo ni mucho menos psiquiatra, se aventuró a considerar esos males como síntomas de una severa depresión. Un vistazo a los libros que atestaban mi cuarto le sugirió la idea peregrina de que la lectura en exceso explicaba quizá mi desvarío. Las infidencias de mi madre lo convencieron sin embargo de que yo estaba deprimido también o sobre todo a causa de Patricia.

No me molesté en contradecirlo. Aunque su diagnóstico me parecía ridículo y hasta ofensivo, mi estado era ciertamente lamentable. Sin oponer resistencia combatí la fiebre con fuertes dosis de penicilina. Tomé además todas las vitaminas del mundo para fortalecerme. Pero no probé uno sólo de los antidepresivos que el doctor profusamente me recetó.

48

Yo mismo me di de alta en cuanto cedió la calentura. Para desterrar la preocupación de las caras de mis padres, que temían visiblemente una recaída, adopté una rutina de apariencia saludable. Ya dije que el médico en su ignorancia había arriesgado la hipótesis de que tantos libros me envenenaban el alma. Lo primero que hice por consiguiente fue simular que mientras no sanara completamente me abstendría de leer. Por lo demás, no resultó difícil ni desagradable modificar mi

conducta.

Me levantaba y me acostaba temprano, dormía o fingía dormir mis ocho horas, despachaba las tres comidas con apetito no siempre forzado, era más comunicativo que nunca con mis padres. En ese periodo de presunta convalecencia nadie juzgaba sospechoso que yo por las tardes me encerrara en mi cuarto con el pretexto de tomar una siesta. La luz sin embargo tenía que estar apagada y mis sesiones de lectura clandestina terminaban inexorablemente al anochecer.

Sólo me pertenecían en verdad las mañanas, que por recomendación del médico debía dedicar al ejercicio. Para procurarme unas horas diarias de ausencia me inscribí en un club deportivo, provisto de una pequeña alberca y de un gimnasio con rudimentarios aparatos ortopédicos, que estaba a pocas cuadras del departamento de mi familia en la colonia del Valle. Nunca dejé de ir. En el camino me detenía sin embargo en un parque donde, sentado en una banca a la sombra de los árboles, podía explorar a mis anchas las páginas de una novela introducida subrepticiamente entre la ropa de gimnasta que acarreaba en un maletín. Al final era preciso correr hasta el club, darme un rápido regaderazo y empapar mi traje de baño. Luego me dirigía, húmedo y exhausto como si hubiera nadado varios kilómetros, a comer sin culpa con mis padres.

49

Todas las máscaras terminan por darle su forma al rostro que encubren. Los hábitos que yo había adoptado para aparentar buena salud tuvieron inadvertentemente el efecto de apresurar mi restablecimiento. Poco a poco fueron desapareciendo la debilidad y el desgano, como si de veras me dedicara a nadar.

Análogamente, las restricciones que me había impuesto para fingir que no leía me obligaron a ser selectivo. Dado que debía leer a escondidas, cesé de extraviarme en cualquier libro con tal de que me distrajera de mi persona. Ahora que mi tiempo de lectura estaba contado, me abstuve además de avanzar por obcecación hasta la página final. Seguí leyendo novelas porque no había otra cosa en mi unívoca biblioteca. Pero me concentraba sólo en las que retenían de inmediato mi interés y llegaba nada más hasta donde lo mantuvieran vivo.

Sin proponérmelo, sin darme cuenta al principio de que algo despertaba en mí, había recuperado el gusto. De nuevo poseía la facultad de juzgar buena o mala una obra literaria, de preferir a un escritor entre varios de igual talento, de razonar en términos objetivos mis predilecciones necesariamente subjetivas. Esos lujos del

discernimiento me maravillaban sin embargo menos que saberme otra vez capaz, gracias a la resurrección de mi arbitrio, de experimentar placer. Cualquier placer.

Con asombro descubrí o recordé que un módico bienestar latía en cada instante. Desde el punto de vista elemental en el que súbitamente me encontraba, leer un libro ya no era más gozoso que caminar hasta el parque, o ver cómo el viento mecía las ramas de los árboles, o seguir con desapego el hilo de mis propios pensamientos. La sensación de momentánea plenitud, que por la fuerza de la costumbre había resurgido con la lectura, abarcaba ahora todas mis actividades e incluso la inacción.

50

Una de esas mañanas contemplativas, mientras la restituida aptitud para el ocio me distraía de las páginas más pecaminosas de *El primo Basilio*, me dejé invadir por el recuerdo de Patricia. Aunque no estuviera dispuesto a admitirlo, lo cierto es que yo pensaba en ella casi a diario y casi siempre contra mi voluntad. Ésa fue sin embargo la primera vez que el resentimiento no distorsionaba su imagen. Con precipitación juzgué que había dejado por fin de quererla. Inmediatamente rectifiqué. Acaso alguien en mí la querría siempre, pero yo no era ya, por lo menos en ese momento, el mismo que la había querido.

La esperanza de estar dejando atrás una parte de mí, aunque fuera la parte capaz de un sufrimiento inexpresable, me procuró una ambigua nostalgia. Me aliviaba sentirme ajeno al libresco recluso que había sido en los últimos meses. Pero también me angustiaba ignorar quién era yo entonces, quién iba a ser. No me bastaba en otras palabras con haber exorcizado momentáneamente a Patricia. Además tenía que aprender a vivir de ahí en adelante sin su fantasma.

En mi perplejidad no concebí por lo pronto más remedio para mantenerme fuera de su alcance que escapar de mí mismo. Patricia era el principio y el fin del año en que yo me había anulado leyendo obsesivamente. Con menos lógica que fe en las virtudes redentoras de la renuncia, creí que mi única escapatoria estaba en privarme de los libros. Abolir lo que me definía frente a ella. Buscar un quehacer distinto y hasta opuesto a mi previsible destino pedagógico en la universidad.

Los días siguientes volví a preguntarme, ya sin referir mi decisión exclusivamente a Patricia, si debía seguir estudiando literatura. Mi pregunta ahora puede parecer ingenua o, peor todavía, pedante. No era en todo caso retórica. Cualquier lector consuetudinario duda

alguna vez de que valga la pena encajonar su segunda naturaleza en los límites de una mera profesión. Yo en cambio o yo además, luego de tanto tiempo de abismarme en la lectura, temía que el porvenir me deparara una eternidad de abismos semejantes.

Veintitantos años después no sé si me equivocaba. Si otra ocupación habría sido mejor para mí. Pero nadie es culpable de desconocer su futuro y no está dicho que, aun cuando yo hubiera conocido el mío, habría podido evitarlo.

51

En cuanto se abrió el periodo de inscripciones para el nuevo año lectivo, acudí a la universidad con sentimientos encontrados. Sabía que era superfluo darme de baja de la licenciatura en letras hispánicas. Sabía que, con sólo ausentarme indefinidamente de las aulas, mi nombre terminaría por desaparecer de la matrícula, como el de todos los desertores. Pero las ambiciones intelectuales que iba a sacrificar me exigían un último tributo. Aunque estaba o creía estar seguro de que mi decisión era correcta, me hacía falta ponerla a prueba. Jactanciosa o titubeantemente necesitaba confirmarla en la presunta incredulidad de mis condiscípulos cuando se enteraran de que yo renunciaría a seguir el mismo camino que ellos.

Un acontecimiento imprevisto me obligó sin embargo a recapacitar. El día que elegí para proclamar mi deserción a los cuatro vientos no había uno solo de mis compañeros en la Facultad de Filosofía y Letras. Durante más de una hora busqué en vano una cara conocida entre la gente que caminaba de las oficinas a los pasillos, de los pasillos a las oficinas. Cuando estaba a punto de irme, resuelto a volver tantas veces como fuera preciso para encontrar un confidente, tropecé en el vestíbulo que los iniciados llaman *aeropuerto* con el titular de la cátedra de narrativa moderna y contemporánea. Era el único profesor cuyas lecciones no me habían aburrido invariablemente y pensé en recurrir a él. Entonces razoné que un académico exitoso no era quizá la persona ideal para exponerle mi deseo de abandonar la academia.

Con un saludo más cortante que cortés intenté escabullirme. Él sin prestar atención a mi insolencia exclamó que justamente había estado pensando en mí. Me sorprendió esa familiaridad desacostumbrada entre nosotros. Antes de que yo pudiera asimilar la sorpresa, el profesor me pidió que lo acompañara a su cubículo. Preví que si aceptaba ya no sería fácil escapármele, pero nadie es indiferente al interés que despierta en el prójimo y me dejé convencer.

Mientras lo seguía hasta el elevador de la Torre de Humanidades se me ocurrió que, pensándolo bien, no había prueba más rigurosa para

mi rechazo a la academia que someterla al juicio de un académico serio. Apenas me senté frente a él, del otro lado de su escritorio,le comuniqué prolija y desafiantemente mi resolución. El profesor no dio muestras ya no de aprobar o desaprobar, sino de escuchar siquiera lo que yo le decía. En cuanto concluí mi atropellada perorata sentenció, con palabras cuya solemnidad se quebraba al chocar contra la ironía latente en su voz, que todos los humanistas con verdadera vocación de enseñanza y con talento cierto para la investigación humanística ponían alguna vez en entredicho sus capacidades. Traté de protestar, no sé si por modestia o porque mi vanidad quería oír de nuevo esos elogios, pero él me impuso silencio con un enérgico ademán. Después añadió, con una sonrisa acartonada, que era curioso que yo estuviera atravesando por una crisis vocacional justo en el momento en que él iba a proponerme que fuera su asistente.

52

Mis obligaciones, según las describió sumariamente el profesor, no serían excesivas. Con base en un plan de estudios y en una bibliografía básica que él había preparado, yo impartiría por mi cuenta un curso introductorio a la literatura hispanoamericana. También me correspondería revisar preliminarmente los exámenes de los alumnos de nuevo ingreso, para someterlos a la calificación final del titular de la cátedra. En el semestre siguiente ya no tendría que dar clases ni evaluar el trabajo ajeno. El mío se reduciría, sin otros deberes que la puntualidad y la concisión, a redactar las actas de un seminario para estudiantes avanzados.

Lo más difícil, aunque no imposible, era contratarme. Una disposición administrativa de la universidad establecía, para fungir como asistente de un catedrático, el requisito de ser por lo menos pasante de licenciatura. Dado que yo estaba a dos semestres de completar la mía, era necesario solicitar una dispensa. El único procedimiento seguro para obtenerla consistía en incorporarme al programa de formación del personal académico de la Facultad de Filosofía y Letras, que me convertiría automáticamente en candidato a los estudios de posgrado y me haría acreedor a un estipendio mensual equivalente a un módico salario, pero a cambio de esos privilegios me impondría el compromiso de aprobar todas las materias que me faltaban y concluir además mi tesis profesional en un plazo no prorrogable de un año.

Era todo o nada, para emplear la expresión más bien bárbara con que el profesor resumió mi dilema. Un todo que pocas horas antes yo creía haber repudiado irrevocablemente. Una nada que, vista de cerca

y en contraste con las repentinas certidumbres que suprimiría, empezó a amedrentarme. Mientras negociaba unos días de gracia para deliberar, pensé sin remordimientos que esa tregua era ya una claudicación.

Sólo hacía falta persuadirme de que no me estaba traicionando. Razoné primero que habría tiempo de sobra para el arrepentimiento, que en el peor de los casos empeñaría un año más en una carrera insatisfactoria y podría corregir el rumbo a los veintidós. Razoné después que terminar la licenciatura en letras hispánicas, aunque luego me dedicara a cualquier otra cosa, me permitiría saldar una cuenta no exclusivamente moral con mis padres. Razoné también que, mientras tanto, tendría dinero para hacer lo que me diera la gana. Al final sin embargo no me convencieron la codicia ni la conveniencia ni siquiera mi infinita capacidad de postergación. Decidí aceptar, sin juzgarme traidor, porque no había otra forma de manifestarle mi gratitud al hombre que desinteresadamente me tendía la mano.

53

Se llamaba Xavier Valtierra y la equis de su nombre de pila era menos un atavismo de la ortografía que la declaración de un credo estético. Tenía alrededor de 35 años, edad en la que mi juventud dantesca y literal situaba el principio de la sabiduría. También tenía un doctorado en la Sorbona que lo izaba hasta alturas celestes a los ojos de un afrancesado como yo. Por si fuera poco había publicado una novela y su fotografía figuraba con frecuencia en las secciones culturales de los periódicos, junto a las de otros escritores famosos aunque no necesariamente populares a fines de los setenta. Yo sin embargo, quizá porque el título de *Ciudad depuesta* era demasiado poético y demasiado alusivo a las potencialidades literarias que estaba de moda atribuirle al Distrito Federal, no había leído el libro al que Valtierra debía su relativa notoriedad.

El día en que accedí a ser su asistente compré el volumen. No conseguí rebasar las farragosas páginas iniciales, pero atribuí el tropiezo a mi ignorancia de cualquier corriente narrativa posterior a la novela de la Revolución. Por un esnobismo que espero haber superado, el libro de Valtierra me resultó tanto más admirable cuanto menos pude entenderlo. Otro esnobismo no del todo inconsciente me ayudó sin embargo a pasar por alto esa contradicción. Ya dije que yo dudaba, casi hasta la parálisis, de que la literatura debiera ser un objeto de estudio. En ese periodo vacilante convivir con un autor de carne y hueso me parecía una experiencia más útil, de algún modo más literaria, que la vulgaridad de apreciar su obra.

Vi a Valtierra abundante y desordenadamente a lo largo de las dos semanas que aún faltaban para el comienzo de los cursos. A partir de esa fecha fijó los días y las horas en que yo debía presentarme en su cubículo: martes y jueves en la mañana, luego de dar mi clase, y viernes en la tarde, al terminar la sesión del seminario. Desde la primera vez sugirió que aprovecháramos la inminencia del sábado para continuar la plática en el café de La Veiga, un populoso establecimiento favorecido por los intelectuales de esa época en Insurgentes Sur. Fue ahí donde me pidió, más bien me exigió, que afuera de la universidad lo tuteara.

Había otras restricciones a la familiaridad que me dispensaba. Incluso cuando estábamos solos en La Veiga Valtierra era incapaz de tolerar que mis juicios se apartaran de los suyos. El menos ofensivo de sus recursos autoritarios consistía en hacerme ver que él, cerca de quince años mayor que yo, hablaba de la vida con la voz de la experiencia. El más frustrante estribaba en recordarme, si discrepábamos irremediablemennte acerca de un tema literario, quién era el maestro y quién el discípulo. Pero lo peor de él no estaba en el abuso recurrente de su autoridad, sino en la costumbre de tener casi siempre la razón. En poco tiempo aprendí a respetarlo, no a quererlo.

Capítulo VI

54

Quince minutos de asolearse boca abajo han sido suficientes para que a Artigas le ardan las pantorrillas, la parte posterior de los muslos, las nalgas, la espalda, los hombros y el cuello. Sobre todo las nalgas, que no acostumbra exponer al sol. La piel de Monique, de un color ligeramente pardo que a ella le gusta llamar aceitunado, no está en cambio irritada. Ni siquiera la de las tetas, que Artigas observa con interés sólo dermatológico. Si acaso, parece un poco más oscura a contraluz.

—Para un mexicano, eres muy delicado dice Monique con gramática insólitamente dudosa cuando lo ve ponerse no el calzón ni las bermudas ni la playera, tolerables hasta cierto punto, sino la gorra de beisbol que él no se había atrevido a usar.

— A mi edad hay que cuidarse iba a decir Artigas, pero recapacita a tiempo y se reduce a señalar que todavía falta un buen tramo de carretera.

Monique sin embargo no está dispuesta a irse de ese módico paraíso así nada más. Es inútil explicarle que podrá nadar todo lo que quiera en Los Manglares. Ella ha viajado quién sabe cuántos kilómetros hasta el Pacífico y no va a resistir una sola tentación de meterse al mar.

Artigas se resigna a mirar cómo ataca las olas. Por caballerosidad o porque sabe de antemano que sería contraproducente, en ningún momento exhibe su impaciencia. Pero apenas Monique regresa a su lado, luego de correr sobre la arena que se le adhiere a los pies, él la envuelve en la toalla que ha sacudido y la frota enérgicamente para secarla. Es su manera no demasiado sutil de evitar que ella se tienda otra vez al sol.

55

Conocemos muchas cosas de nosotros mismos, quizá más de las que valdría la pena conocer. Tenemos una idea refleja del alma que nos habita. Tenemos análogamente una imagen invertida de la pose que adopta nuestro cuerpo frente al espejo. Pero nunca, ni siquiera en el

caso de una fotografía o una película o un video donde no estábamos conscientes de aparecer, sabemos a ciencia cierta qué ve el prójimo en nuestra cara desprevenida.

La que puse involuntariamente la mañana en que descubrí a Patricia en el aula, sentada con naturalidad entre los estudiantes del curso introductorio a la narrativa moderna y contemporánea en Hispanoamérica, debe de haber sido al mismo tiempo lastimera y ridícula. Yo sólo puedo asegurar que mi piel hervía y que tardé unos segundos angustiosos en cerrar la boca. Hacía menos de un mes que me había estrenado como asistente del profesor Valtierra y ésa fue sin discusión la peor de mis clases.

56

Al final me apresuré a salir. Ella sin embargo se me emparejó en el pasillo. Ahora que la tenía frente a mí corroboré lo que había entrevisto en el aula. Patricia, para bien o para mal, había madurado. La cara redonda de un año atrás se angostaba en los pómulos. Su cintura parecía más estrecha. Sus piernas en cambio se habían llenado. También el pecho le había crecido un poco, aunque no tanto como para equilibrar la dimensión de sus nalgas.

Mientras yo intentaba decidir a quién prefería, si a la adolescente que había deseado hasta la ignominia o a la mujer en cierne que no acababa de tomar posesión de su cuerpo, ella me echó los brazos al cuello y estampó un sonoro beso en mi cachete. Esa efusión, prodigada en público, me avergonzó. Pero no fue sólo por pudor que me aparté de Patricia. Además estaba ofendido porque me había acariciado con ternura y sin pasión, como a un amigo o a un pariente. La dejé hablar primero.

Patricia no padecía un súbito interés en la carrera de letras. Al terminar la preparatoria se había inscrito en la Academia de San Carlos para estudiar pintura. Quería sin embargo forzarse a leer con método los libros más importantes de América Latina para, según lo compendió en una frase que repito sin comentarios, «redondear su cultura general».

No le pregunté por qué tenía que iniciarse en el estudio metódico de la literatura hispanoamericana precisamente bajo mi tutela, cuando en la Facultad de Filosofía y Letras había tantos maestros más aptos que yo. Sin otro fundamento que mis propias decepciones, postulé que Patricia estaba arrepentida de lo que había hecho y dejado de hacer conmigo. De esa incierta premisa deduje esperanzadamente que convertirse en mi alumna era para ella una forma oblicua, no demasiado vergonzante, de buscar la reconciliación.

La acepté como oyente en mi curso. La única condición que establecí, además de su asistencia regular, fue que se pusiera al corriente con la bibliografía.

57

La próxima vez que la vi Patricia me informó, aunque yo seguía sin mostrar la menor curiosidad por sus confesiones, que unos meses antes, al cumplir dieciocho años, se había encarado con su madre. En una plática tormentosa le había dicho que ya era adulta y no iba a permitir que nadie coartara su libertad. Se habían gritado, amenazado, mutuamente perdonado. Al final la señora había reconocido que de ahí en adelante no podría decidir por su hija.

Quise entender que me lo decía para tentarme, para sugerir que era libre de hacer conmigo ahora lo que nunca había hecho antes. Pero mi orgullo estaba lastimado y no me dejé conmover. No bastaba que Patricia hubiera dado los primeros pasos del camino recto en que yo razonablemente la suponía. Para sentirme desagraviado necesitaba una prueba menos dudosa de su arrepentimiento.

Me acostumbré mientras tanto a verla todos los martes y todos los jueves en mi curso. Tenía la intención de ignorarla, de impartir la clase con académica imparcialidad. Su presencia familiar me ayudaba sin embargo a salir de apuros. Cuando me turbaba la distracción de los otros estudiantes, cuando alguno de ellos con su mirada suspicaz me echaba en cara mis tartamudeos, yo tendía instintivamente a refugiarme en la complicidad de Patricia.

Nadie se reía con tanto estrépito de las bromas no siempre afortunadas con las que yo buscaba disimular mis titubeos. Nadie desentrañaba mejor las frases no siempre lúcidas con las que yo me refería al libro o al autor o a la corriente literaria que, de acuerdo con el plan de estudios, me correspondiera explicar. Patricia, que no solía deslumbrarme con sus luces, se me reveló como una alumna inteligente. Yo sin embargo no me contentaba con ser su maestro y cada día era más difícil sobrellevar esa versión pública de nuestra antigua intimidad.

58

Tres semanas fueron suficientes para abolir las certezas del año que yo había tardado no en olvidar a Patricia, sino en recordarla con desapego. No la quería. Para ser exacto: no me importaba quererla. Pero había vuelto a desearla y me urgía evitar que nuestra relación apenas reanudada se estancara irreversiblemente en los intangibles

intercambios del comercio intelectual.

A cualquier otra mujer la habría invitado a un restorán o mejor a un bar y de ahí, sin rodeos, a un hotel. Con Patricia, por o pese a que la conocía como a nadie, esa confianza no en ella, sino en mis propios poderes de seducción, me estaba vedada. Era preferible seguir en la incertidumbre con tal de no correr el riesgo de que me volviera a rechazar.

En mi irresolución opté, como siempre que me equivoco, por una vía intermedia. Le propuse que saliéramos juntos por primera vez desde que nos habíamos separado, pero deseché de antemano toda esperanza de que en esa oportunidad termináramos en la cama. Para seducir a Patricia con el mundo literario al que podía darle acceso, o quizá para postergar el momento en que averiguaría a qué atenerme con ella, o simplemente porque yo era más imbécil de lo que temía, la llevé a La Veiga a tomar un café con el profesor Valtierra.

59

No hacía falta ser malicioso ni mucho menos adivino. Cualquiera con un mínimo de sentido común habría anticipado lo que iba a suceder. Yo en cambio viví esa secuencia de acontecimientos previsibles como si cada episodio fuera inédito en la historia privada de los hombres y las mujeres. Los enlisto en el orden que les dieron el tiempo y la causalidad.

La tarde en que se la presenté, Xavier Valtierra trató a Patricia con sistemática indiferencia. Apenas la miraba y nunca, que yo recuerde, le dirigió la palabra. El profesor sin embargo quiso saber unos días después, en la intimidad de su cubículo, a que se dedicaba *mi amiguita*, según la definió condescendientemente. También me instó a que volviera a invitarla a nuestras tertulias semanales.

La próxima vez Valtierra fue menos hostil. Como si yo no se lo hubiera explicado exhaustivamente, le preguntó a Patricia qué hacía. La escuchó con cierta impaciencia. En cuanto ella se tomó un respiro en su relato, él se puso a hablar apasionada y no indoctamente acerca del arte de la pintura.

Una semana más tarde el profesor desplegó toda su facundia para hacer una reseña magistral de *La Obra*, novela en la que famosamente Émile Zola tergiversa hasta la caricatura la vida y la obra del pintor cubista Paul Cézanne.

El viernes siguiente Patricia había leído ese copioso libro de cabo a rabo y era además una súbita admiradora del cubismo. Valtierra por su parte nos deparaba una sorpresa. En tono declamatorio y con volumen insuficiente para contrarrestar el rumor continuo de La

Veiga, leyó un extenso capítulo de su segunda novela que, nos confió con voz casi inaudible, había empezado a escribir unos meses atrás.

Cuando volvimos a juntarnos Patricia traía consigo un aplicado dibujo al carbón donde los cuerpos de un hombre y una mujer se enlazaban tortuosamente y que, según confesó no sin timidez, le había sido inspirado por la lectura del *work in progress* de Valtierra la semana anterior. Apenas necesito decir que el profesor elogió ese ejercicio desmedidamente. Ella por supuesto se lo regaló.

De ahí en adelante ya no fue posible engañarme. Las miradas no siempre furtivas que Valtierra y Patricia cruzaban en mi presencia eran demasiado elocuentes. Tanto que aun mi escasa perspicacia podía interpretarlas. Tanto que me resigné, sin que ninguno de los dos me lo pidiera, a excluirme por mi propia voluntad de esas íntimas asambleas en las que manifiestamente sobraba uno de los tres.

60

Debo añadir una circunstancia todavía más predecible a la lista de las humillaciones que yo hubiera podido ahorrarme.

Al final de ese semestre en el que aprendí entre muchas otras cosas que el magisterio después de todo no era la peor de las ocupaciones, Xavier Valtierra y Patricia tercamente procuraban mi compañía. Ella insistía en consultarme como a un amigo o, quizá, como a un hermano. Él buscaba en mí a un confidente. No sé a cuál de los dos se le ocurrió invitarme a pasar un fin de semana con ellos, que empleaban desde hacía poco tiempo la primera persona del plural para acentuar la comunidad de sus acciones y opiniones, en la casa de unos amigos en el campo.

La casa resultó ser una suntuosa propiedad con alberca y un jardín inmenso. El campo se encontraba al sur de la ciudad de México, en las afueras de Tepoztlán. Los amigos eran unos escritores que editaban una revista literaria cuyo título nadie recuerda ahora, pero que los enterados de entonces leíamos con devoción. Conocer a ese grupo de conspicuos literatos fue uno de los pretextos que me di para sobrellevar una noche y casi dos días incómodamente cerca de Patricia y de Valtierra. El otro fue lucir a una deseable estudiante de pedagogía con la que, casi por accidente, yo me había empezado a acostar.

61

El nombre de Tatiana me gustaba mucho, pero no tanto como sus piernas muy largas, sus senos demasiado grandes para un cuerpo tan fino, su cara vagamente levantina y su buen humor a prueba de

cualquier contrariedad, incluso de que sus obvios atributos no me hubieran inducido a enamorarme de ella. Yo quería que el profesor Valtierra me envidiara por tener una mujer más atractiva que la suya. Yo quería sobre todo encelar a Patricia. Al aceptar su invitación les anuncié que no iría solo y describí a Tatiana, con deliberada vaguedad, como una compañera.

Nada sin embargo sucedió conforme a mis deseos. Valtierra no sólo prescindió de toda envidia, sino que me presentó injustificadamente con sus amigos escritores como «una joven promesa de la crítica literaria» y a Tatiana no dejó de hablarle maravillas de mí. Patricia no sólo se abstuvo de mostrar celos, sino que me felicitó por haber encontrado una compañera tan agradable y trabó una inmediata amistad con Tatiana.

Ni siquiera me quedó el consuelo de que Tatiana, al notar que yo la usaba descaradamente, armara el berrinche que habría restaurado mi maltrecho amor propio. Ella no sólo no se dio por enterada de que era un instrumento para atizar mi rivalidad con Valtierra y paliar mi frustración con Patricia, sino que en el búngalo que nos asignaron al fondo del interminable jardín me atendió como una *geisha*.

62

A medida que avanzaba la noche cundió en mí un contradictorio malestar. Me irritaban los esfuerzos evidentes de Valtierra para incluirme en la plática. Me desquiciaba la ecuménica amabilidad de Patricia. Me molestaba que todos en tan poco tiempo fuéramos ya tan amigos. Me enojaba que Tatiana, expuesta a la curiosidad de la gente con la que yo la había juntado, se aferrara física y espiritualmente a mí.

Apenas terminamos de cenar me sugirió al oído que nos fuéramos a la cama. Yo también tenía ganas de acostarme ya con ella, pero no quise que Patricia ni Valtierra ni nadie creyera que me dominaba una mujer. Para ostentar mi independencia le ordené en voz alta a Tatiana que se adelantara al búngalo y seguí hablando con los demás mientras ella se retiraba. Luego prolongué cuanto pude la sobremesa.

Aunque ya nadie estaba bebiendo, descorché la última botella de vino. Aunque la conversación había decaído, discurrí con entusiasmo acerca de las novelas decimonónicas que mejor conocía. Los comensales se fueron levantando uno por uno y pronto en parejas, vencidos menos por el sueño que por mi prolijidad.

En el jardín me detuve a orinar bajo un cielo inverosímilmente próximo donde no cabían más estrellas. De ese espectáculo me distraía la luz de la recámara que ocupaban Valtierra y Patricia. Pese al frío,

me quedé a la intemperie hasta que la vi apagarse.

63

Mi único deseo era sepultarme en la cama. Una hoguera ardía sin embargo en la chimenea del búngalo y Tatiana, desnuda sobre un tapete de hebras muy largas que remedaban al cambiante remolino de la lumbre, me llamó a su lado con un ademán. Porque yo pensaba todavía en otras cosas, tardé más de la cuenta en desvestirme. Pero la carne no es rehén del pensamiento y, cuando por fin me senté frente al fuego, mi sexo estaba aparatosamente erguido.

Tatiana, que apuntalaba en un codo el peso de su cuerpo recostado a medias, sonrió con toda la cara al ver de cerca tamaña erección. Sin dejar de mirarla se enderezó hasta ponerse de hinojos. Entonces se agarró de mis rodillas, apartó mis piernas dobladas en escuadra y hundió su cabeza entre mis muslos. Yo entre tanto, con los brazos apoyados en la alfombra, quedé reducido a observar. Mientras la lengua de Tatiana se deslizaba reiteradamente a lo largo de mi sexo, como si chupara una paleta, me pareció que la reverberación de las llamas se estiraba desde la chimenea para lamerle la espalda y las nalgas.

Al sentir las primeras pulsaciones del orgasmo intenté retirarme. Sólo Jenny había recibido antes mi esperma en su boca y yo suponía que todas las mujeres experimentaban la misma repugnancia. Pero Tatiana se aferró a mi sexo con una mano además de los labios, lo sorbió exhaustivamente y siguió embocándolo hasta dejarlo erecto otra vez. Luego se acomodó encima de mí, en el ángulo preciso para que yo pudiera manipular sus tetas colgantes e incluso mordisqueárselas mientras ella, empalada, volvía a exprimirme.

Sería ocioso contar cuánto me acarició y me besó Tatiana para que yo alcanzara la tercera erección, ni cómo nos revolcamos sobre las tupidas hebras del tapete, ni en qué momento percibimos que el ardor en nuestras pieles se debía en buena medida a la peligrosa vecindad de la chimenea. Basta con decir que fue la experiencia sexual más intensa que yo había tenido hasta entonces y que aún me excito al revivirla. Entre las peores noches que recuerde también está sin embargo ésa que pasé saciándome como una bestia en un cuerpo que no era el que yo deseaba.

64

Con arreglo al calendario del programa de formación del personal académico de la Facultad de Filosofía y Letras, me quedaba apenas un

semestre para completar la tesis profesional. Existía la posibilidad de obtener por única vez un plazo de gracia de hasta un año, a condición de aprobar a tiempo todas las materias de la licenciatura y cursar las de la maestría inmediatamente después. Pero yo tenía otros planes y decidí redactar a vuelapluma una tesina.

Porque conocía el texto y lo juzgaba fácil de analizar emprendí un estudio monográfico de *Apariencias,* la primera novela de Federico Gamboa. Podría alegar en mi descargo que la llamada escuela naturalista mexicana era un tema menos explotado hace veinte años que hoy. Podría añadir que a un aspirante a un grado académico en letras, lo mismo entonces que ahora, le conviene dedicarse a un escritor olvidado y a una obra que no le interese a nadie más. Lo cierto es que en mi elección no intervinieron cálculos tan pausados como la literatura. Sólo me importaba licenciarme cuanto antes para huir de la Universidad Nacional Autónoma de México y, de ser posible, también del país.

Mis tareas como asistente del profesor Valtierra se limitaron entre tanto a llevar las actas del seminario de narrativa de siglo XX que él dirigía. Fuera de las sesiones semanales en que yo desempeñaba el papel de secretario, lo veía exclusivamente en su cubículo y sólo para presentarle los avances de mi investigación. A Patricia ni siquiera tenía que evitarla. Aunque ella seguía frecuentando los cursos ordinarios de letras hispanoamericanas, yo había dejado de dar clases y nunca coincidíamos en la Facultad.

Para interrumpir a mi antojo ese aislamiento empecinado creí que siempre contaría con Tatiana en mis ratos libres. Me equivocaba. Nadie acepta eternamente que se dé por descontada su persona y ella, sin objeción de mi parte ni remordimientos de la suya, se procuró un compañero menos egoísta que yo.

65

Terminé la licenciatura a tiempo de pedir una beca para estudiar el doctorado en Francia. Fui el primero en reconocer que mi tesina no tenía mayor virtud que la de su obligatoria brevedad. Fui también, luego de que las fichas con los temas por desarrollar oralmente me resultaron adversas, el primero en saber que mi examen profesional no sería brillante.

Mi alivio fue casi completo cuando se me declaró meramente aprobado. No me importó que el profesor Valtierra, al felicitarme desde la presidencia del jurado, insinuara que me habían admitido en la Sorbona por recomendación suya y no por méritos míos. Sólo empañó mi módica alegría que Patricia, pese a mi voluntad expresa de

sobrellevar ese trance sin testigos, hubiera presenciado la ceremonia hasta el final.

66

Las últimas semanas que viví en México fueron vertiginosas. De pronto me encontraba en el vórtice de una desusada efervescencia que confundí con la felicidad. La menos metafísica de mis obligaciones, desde renovar el pasaporte hasta deshacerme de las cosas que no podría acarrear en dos maletas, parecía imantarse de un sentido trascendente. Todos mis actos se ordenaban como en un calidoscopio para componer la figura de un destino inteligible y, mejor aún, deseable. Todos formaban parte de una secuencia necesariamente venturosa en la que me correspondía por derecho propio un papel heroico.

De mis lecturas no siempre sagaces de los antiguos poemas épicos yo había extraído la noción de que no hay héroe verdadero sin una prueba de valor autoim puesta. Hoy tengo ideas menos axiomáticas acerca de la condición humana, pero entonces cualquier precepto derivado de un texto clásico me parecía digno de ser una norma de conducta universal. El hecho es que prescindiblemente quise averiguar hasta dónde llegaba mi temple. El hecho es que yo mismo, con el único propósito consciente de encarar y vencer mis temores, sugerí que Patricia me ofreciera una íntima cena de despedida en el departamento de Xavier Valtierra.

67

Fue mejor de lo que esperaba, mucho mejor. Nunca antes había sido tan locuaz frente a ellos. Nunca actué con tanta despreocupación. Nunca sentí menos curiosidad por lo que hicieran o dejaran de hacer en mi presencia. Cuando me acompañaron abrazados hasta el pasillo, sin que yo experimentara ya no celos o despecho sino incluso la mínima turbación, creí que el triunfo sobre mis propias debilidades era absoluto.

Todavía no consigo explicarme entonces por qué, unos días después de ese adiós redondo, quise estar solo con Patricia. Por qué sugerí que nos viéramos en el Café del Convento. Por qué le dije medio en broma que me habría gustado llevarla conmigo a París. Por qué me entristecí cuando ella desechó esa insinuación como si en efecto hubiera sido sólo un juego.

En el avión me arrepentí de haber exhibido mis sentimientos sin pudor. También comprendí que lo que yo al principio había

interpretado como felicidad no era, aún más evanescente, sino euforia.

Capítulo VII

68

El tráiler que ha venido demorándolos en esa infinita subida resulta mucho más largo de lo que parecía desde atrás. Ahora sin embargo sería suicida arrepentirse. Artigas no tiene que pensarlo: la única salvación está en acelerar a fondo, con la esperanza de que el autobús que crece y se aproxima sobre la carretera en el carril que él invade frenará para dejarlo pasar. Un estruendo de hondos bocinazos, que retumban gravemente en los oídos como sirenas de barco, saluda desde los otros dos vehículos la involuntaria temeridad del Tsuru.

—Eres una bestia -dice Monique sin suavizar la dureza del epíteto con su tono voz.

No tan ofendido como juzga conveniente aparentar, Artigas le recuerda que fue ella quien lo urgió a que rebasara al tráiler de una vez por todas, aunque la visibilidad era nula. Pero Monique habla de otra cosa:

—Más vale que nunca se te ocurra jugar así conmigo.

Es difícil determinar si en esas palabras hay una súplica o una advertencia. Artigas no entiende en todo caso a qué se refiere Monique. Es decir: a quién. Mientras lo averigua, trata de ganar tiempo con una pobre paradoja:

—Contigo sólo juego a ser serio.

Monique, súbitamente conciliadora, se esfuerza en sonreír. Luego repite, con menos aspereza que antes:

—Eres una bestia. -Y al cabo de unos segundos —:

Pero acuérdate de lo que te digo. Yo nunca te perdonaría que me hicieras algo así.

Aunque ya no pueda dudar de que Monique lo amenaza, Artigas todavía no descifra de qué o de quién está hablando. Salta a la vista sin embargo que el terreno es pantanoso y él prefiere rodearlo para seguir adelante.

69

Los tres primeros años que pasé ininterrumpidamente en Francia

merecerían un capítulo aparte en mi biografía. En la historia que sigo contando son en cambio apenas un paréntesis que cabe con holgura en dos oraciones.

Por lo que se refiere a la vida a secas: terminé de apropiarme del idioma, aprendí a explotar la curiosidad que muchas francesas sienten por los extranjeros y me enamoré irremediablemente de París.

En cuanto a la vida académica: la Sorbona me pareció no menos primitiva que nuestra Universidad Nacional Autónoma, me afané sin embargo en los estudios para no poner en peligro mi estipendio mensual, emprendí un dilatado examen del naturalismo francés y su asimilación por los narradores mexicanos del porfiriato, me di cuenta de que el tema era inabarcable, reduje mi investigación a un análisis comparativo de la obra de Émile Zola y la de Federico Gamboa, reconocí que ni siquiera en esa modesta versión iba a acabar la tesis doctoral a tiempo y solicité una extensión de mi beca.

En resumen: nada, salvo la intención de asegurarme un año más en Francia, me impulsaba en ese momento a volver a México.

70

Tuve la sensación inicial de que había viajado menos en el espacio que en el tiempo. Todo y todos se veían igual que antes. Nada ni nadie aparentemente había cambiado salvo yo. La gente y las cosas parecían detenidas en el momento en que las había dejado, como si esperaran mi regreso para ponerse de nuevo en marcha.

De ningún modo quiero sugerir sin embargo que yo, por vivir en París y estar solamente de paso en México, me creyera mejor, en el sentido de más libre o más sabio, que mis compatriotas. Tres años en Francia me habían enseñado a aborrecer la pedantería que tantos latinoamericanos expatriados ejercen con ignorante regularidad, sin reparar en que su identificación con lo europeo es un avatar espiritual del subdesarrollo que juzgan haber superado.

Yo resueltamente no me consideraba ajeno a mi país. Al contrario. Pasado el encandilamiento de la novedad tuve otra sensación en la que mi extrañeza inaugural quedó disuelta. Sentí que mi existencia en París era un sueño minucioso pero delicuescente del que había despertado bruscamente para reincorporarme a la única y verdadera realidad.

Nada más natural por lo tanto que encontrarme en la Facultad de Filosofía y Letras, haciendo cola en una ventanilla tras otra con el propósito de obtener la constancia de estudios necesaria para conseguir el oficio sin el cual sería imposible tramitar la renovación de mi beca. Nada más natural, terminado ya el papeleo, que asomarme al

cubículo de sobra conocido en la Torre de Humanidades a ver si por casualidad estaba ahí el profesor Valtierra. Nada más natural que preguntarle por su bienestar, por su trabajo y, cuando la confianza entre los dos se restableció, por Patricia.

71

Sólo el anuncio de que estaban casados y tenían un hijo me habría sorprendido tanto como la noticia que con laboriosa indiferencia me dio Xavier Valtierra. Patricia había dejado de asistir a la Facultad dos años atrás y él apenas sabía de ella desde entonces. Se me ocurrió decirle insinceramente que lo lamentaba. El profesor, alzando los hombros como si no le diera mayor importancia al asunto, hizo una alusión que pretendía ser ingeniosa a la proverbial inconstancia de las mujeres.

Deploro honestamente la torva complicidad que el atavismo establece entre casi todos los varones para quejarse del otro sexo. Siempre la he deplorado, pero caigo en ella cada vez que se me presenta la ocasión. Si cambié de tema en ese instante no fue pues porque me faltaran ganas de exponer mis críticas a la naturaleza femenina, sino para evitar que el relato de las tribulaciones amorosas de Valtierra contaminara de solidaridad mi inesperada alegría.

En busca de otras experiencias compartidas traté de hablar de París. Él, sin interesarse en absoluto en la mía, evocó su propia época de estudiante en la Sorbona. Cuando me agobió esa excluyente nostalgia intenté referirme a mi tesis doctoral. Aunque no era su especialidad el profesor me arrebató la palabra para aleccionarme acerca del naturalismo, del incomparable Zola y del desigual Gamboa. Extraviado en ese monólogo autoritario, no barrunté a través de qué legítimas asociaciones o de qué caprichos de la vanidad desembocaba en la segunda novela de Valtierra. Entendí en cambio que la había publicado unos meses antes y que deseaba obsequiarme un ejemplar la próxima vez que nos viéramos. Había llegado mi turno de ser egoísta y yo no iba desperdiciarlo. Asentí vagamente, me abstuve de mostrar curiosidad por el libro, no propuse una fecha para volver a reunirnos y, aprovechando su decepcionado silencio, me despedí.

Segundos antes de que yo saliera del cubículo el profesor se repuso. Con una voz exenta de todo énfasis me preguntó si sabía que Patricia iba a participar en una exposición colectiva de estudiantes de San Carlos que debía inaugurarse dentro de pocos días. Pensé que esa pregunta era un anzuelo para retenerme, un ardid para obligarme a escuchar sus confidencias. Pero Valtierra, luego de proporcionarme esa información que no le había solicitado, examinaba unas cuartillas

sobre su escritorio como si yo no estuviera ya con él.

72

Juro que, hojeando el periódico, me enteré al azar de la fecha y la hora exactas. Que esos datos no bastaron, al principio, para decidirme a ir al Centro. Que, por otra causalidad apenas verosímil, mi tío Fernando me invitó a comer ese día en el Prendes. Que, ya en el restorán, me dijo que saldría de viaje en la noche y, para lo que se ofreciera, me prestó las llaves de su departamento. Que la comida, como es costumbre, se prolongó hasta el atardecer. Que súbitamente me quedé solo, medio borracho y sin urgencia de regresar en ese estado a la casa de mis padres ni de encerrarme en otra casa ajena donde nadie me esperaba. Que, para matar el tiempo, caminé entonces por 16 de Septiembre hasta el Zócalo. Que, en un arrebato de curiosidad turística o de irresponsabilidad etílica, me interné después en Correo Mayor. Que de pronto estaba frente a la Academia de San Carlos. Y que entré con la única intención de tomarme la última copa antes de emprender el camino de vuelta a la colonia del Valle.

La secuencia de estos actos impremeditados corresponde estrictamente a la verdad, por lo menos según la recuerdo. Pero ya se sabe que la memoria es fantasiosa y cada quien puede creer lo que le dé la gana.

Lo cierto es que alrededor de cincuenta cuadros, enmarcados sin lujo y ejecutados con técnicas muy diversas, poblaban las tres salas de la exposición. Un recorrido sumario fue suficiente para identificar los que me interesaban. Eran cinco óleos de formato mediano, equidistantemente alineados a mitad de la pared. Todos representaban paisajes marinos o quizá lacustres. Todos seguían con ciertas libertades formales las normas establecidas un siglo antes por los maestros cubistas. Todos habían sido pintados con soltura evidente, con innegable corrección. Ni siquiera con la mejor voluntad fui capaz de encontrar en ninguno de ellos otro valor estético que el decorativo.

73

La distinguí de golpe en un extremo de la sala donde se exhibía su trabajo. Estaba arrinconada por diez o doce personas que no pude reconocer. Cuando percibí que en ese compacto grupo no figuraba su madre pensé, con dudosa lucidez, que yo tampoco tenía nada que hacer ahí. Era sin embargo demasiado tarde para arrepentirme. Patricia me había visto y alzaba un brazo escuálido para llamar aparatosamente mi atención.

Mientras se acercaba gritando mi nombre noté que su cara se había

alargado. Luego, al devolverle el abrazo, palpé involuntariamente un abrupto costillar. Salvo por el cabello que me llegaba hasta los hombros, yo era en apariencia el mismo que hacía tres años. Ella en cambio, a los veintidós que tenía entonces, había perdido una porción considerable de la carne que la acolchonaba a los diecinueve.

De un vistazo comprobé con nostalgia que sus muslos no alcanzaban a colmar los estrechos *jeans*. Un amplio huipil bordado a mano disimulaba la palpable enjutez de su torso y me impedía ver si también sus nalgas habrían decrecido. Durante algunos segundos sospeché que no la comparaba con la Patricia de tres años antes sino con la adolescente que yo había deseado. La comparación, en cualquier caso, era desventajosa para la mujer que estaba ahora frente a mí. No hubiera sabido explicar por qué seguía pareciéndome atractiva.

74

Yo no tenía ganas de eternizarme en la Academia de San Carlos. Pero Patricia empezó a sustituir mis copas vacías por copas rebosantes de un meloso vino dorado que licuó mi voluntad. Sin que viniera al caso le dije que mi tío Fernando me había prestado su departamento. Ella no se dio por enterada. Cuando salimos juntos de la exposición insistió de cualquier modo en que yo me sumara al grupo de amigos, todos pintores y desconocidos para mí, con los que iba a cenar.

Las enchiladas que comí en el Café Tacuba, o quizá las dos cervezas que tomé para acompañarlas, me espabilaron un poco. Aun así me sentía fuera de lugar. Pese a que mis funciones académicas me obligaban a hablar en público, yo no había dejado de ser potencialmente tímido. Tampoco facilitaba las cosas que Patricia y sus amigos tuvieran una excluyente vida en común.

Para equilibrar las fuerzas enumeré con pasión no ficticia los museos y los cuadros que me gustaba ver en Francia. Me halagó corroborar que ninguno de esos aprendices de pintor conocía de primera mano tanta pintura como yo. La única opinión que en verdad me concernía era sin embargo la de Patricia. No importaba que yo por educación o por disimulo me dirigiera también a los demás. Secretamente hablaba sólo con ella, como en la época en que había sido su maestro en la Facultad de Filosofía y Letras.

75

Después de la cena el grupo comenzó a dispersarse. Patricia me informó casualmente de que tenía un coche y lo había estacionado en

la calle de Correo Mayor. Luego de acompañarla de vuelta hasta la Academia de San Carlos anuncié, para salir de dudas, que iba a tomar un taxi. Como yo esperaba, como yo deseaba, ella se ofreció a llevarme. Sin pensarlo dos veces le dije que se me antojaba dormir en el departamento de mi tío Fernando. No hubo tiempo de averiguar cómo reaccionaba a mi segunda insinuación de la noche, porque en ese momento un individuo barbudo y una muchacha muy gorda, que habían cenado con nosotros y nos seguían silenciosamente desde el Café Tacuba, preguntaron en dueto si podíamos darles un aventón.

Ya en el Volkswagen Sedán se aclaró que vivían juntos en las Torres de Copilco, al final de la avenida Universidad. Aunque tres años en el extranjero habían ofuscado mis nociones geográficas, visualicé en el mapa de mi memoria que el departamento de mi tío Fernando en la Zona Rosa quedaba en el camino entre el Centro y el de esa inoportuna pareja, que estaba a su vez muy cerca de la casa de Patricia en Coyoacán. No había remedio. Me acomodé en el asiento delantero, resignado a pasar en México una noche más de soledad y quizá de masturbación.

Luego de recorrer varias cuadras me di cuenta de que no todo estaba perdido. Sin consultarme, sin explicárselo tampoco a ellos, Patricia había emprendido un insensato periplo en la ciudad para depositar a sus amigos antes que a mí.

Afortunadamente, el radio del coche a todo volumen cancelaba de antemano cualquier intento de conversación. Mientras los demás tarareaban a destiempo una reiterativa tonada de Cat Stevens, yo fingía interesarme en el paisaje urbano. En realidad miraba de reojo a Patricia. Buscaba en su cara una sonrisa fugitiva, un parpadeo extemporáneo, un mínimo indicio de que sus intenciones eran semejantes a las mías. Ella sin embargo manejaba ensimismada.

Atento a los menores gestos de Patricia, no advertí inmediatamente que el barbudo y la gorda habían encendido un cigarro de mariguana. De pronto reconocí su olor empalagoso. Ya dije que yo la había fumado algunas veces, sin mayores dividendos para mi espíritu que caer invariablemente en un pozo de solipsismo de donde emergía siempre con una jaqueca. Cuando me pasaron la colilla humeante mi primer impulso fue pues rechazarla. Pero no quise parecer mojigato y, luego de un instante de vacilación, la acepté. Para darle verosimilitud al simulacro la sostuve por un momento entre mis labios. Entonces declaré, como si recitara un dogma, que era mejor ser prudente después de haber bebido tanto alcohol.

Me alivió, aunque también me ofendió un poco, que a nadie le importaran mis justificaciones. Con un ademán involuntariamente brusco quise devolver la colilla a la parte trasera del coche, pero Patricia de un zarpazo me lo arrebató. Porque yo no sabía hasta entonces que ella fumara ni siquiera tabaco, me asombró verla inhalar sin dificultad enormes bocanadas de humo. Confirmé que no era novata cuando aprovechó un semáforo en alto para blanquear sus ojos con unas gotas de colirio. Ya no me extrañó, dada su evidente experiencia con la mariguana, que pese a estar intoxicada manejara con toda pericia.

77

El tránsito había raleado a la medianoche y sólo nos tomó veinte minutos llegar desde Copilco, donde el barbudo y la gorda se bajaron del Volkswagen, hasta la Zona Rosa. En el camino de vuelta hacia el Centro la música siguió sonando atronadoramente en el radio, pero en las pausas comerciales entre una canción y otra nos apresuramos a intercalar algún comentario fugaz. Por turnos hablamos de Francia, de México, de pintura, de literatura, de todo menos de lo que Patricia y yo hacíamos en ese momento.

Apenas enfilamos por la calle de Copenhague, donde vivía mi tío Fernando, una súbita tensión se instaló entre nosotros. Yo sabía exactamente qué deseaba y tenía prisa. Ella en cambio, aunque había lugar de sobra, tardó una eternidad en estacionarse. Estuve a punto de exasperarme con su demora, que no podía ser accidental. Era obvio que Patricia se estaba arrepintiendo. Preferí sin embargo creer que libraba la última batalla contra sus escrúpulos antes de subir conmigo al departamento.

Para inclinar la balanza de mi lado apagué el motor del coche y la invité a pasar. Patricia me miró inexpresivamente. Atribuí su pasmo al efecto de la mariguana y me le acerqué. Como no retiró su cara, la besé con urgencia de principiante. Como abrió la boca para franquearle el paso a mi lengua, la abracé por la cintura. Como acarició entonces el pelo que me cubría la nuca, empecé a palparle el vientre por debajo del huipil. Sólo me detuvo cuando mi mano impaciente se enredó en el elástico de su brasier.

78

Ninguno de los íntimos rituales que unen a cada pareja sobrevive tan largamente a la unión como los mecanismos del encono. Cuando Patricia me pidió con educada suavidad que no me enojara, ella sabía

por experiencia que nada me enoja más rápido que la petición de no enojarme. Cuando le pregunté con aspereza para qué carajo había querido estar sola conmigo, yo no desconocía que nada la irritaba más certeramente que la obligación de razonar su arbitrariedad. Durante varios segundos nos atrincheramos en un silencio pendenciero: Patricia con las manos al volante como si le urgiera irse, yo con los brazos cruzados sobre el pecho como si me fastidiara quedarme. Entonces sobrevino lo peor.

Fue innecesariamente drástico de mi parte abrir la portezuela del coche y extender una pierna fugitiva hacia la banqueta. Fue irracional de la suya jalarme de la mano con tanta determinación que sus uñas se hincaron en mi piel. Con brutalidad masculina forcejeé hasta soltarme. Ella con dialéctica femenina me acusó de lastimarla. De ahí en adelante los dos nos atuvimos a la violencia verbal. Patricia tomó la ofensiva para explicarme con intrincada lógica que no se acostaba conmigo porque lo único que yo siempre había querido de ella era el sexo. Mi contrataque estribó en aclararle que entendería mejor sus remilgos si ella no hubiera cogido numerosamente con Xavier Valtierra y quién sabía después con cuántos hombres más.

Me arrepentí en el acto: no porque me preocupara injuriar a Patricia, sino porque la vulgaridad de la injuria delataba la virulencia de mis celos. Era sin embargo demasiado tarde para desdecirme y ahora yo estaba en su poder. Una sonrisa mal reprimida, en la que creí percibir una mezcla de ironía y de compasión, le alargaba la boca. Su voz era en cambio triste, casi plañidera, cuando comenzó a contarme inexorablemente con quién se acostaba.

79

Esa noche oí hablar por primera vez de Josemaría. Digo sus nombres de corrido porque Patricia los enlazaba siempre en una sola palabra que escandía con recóndita aprensión, como si pronunciara una fórmula mágica susceptible de convocar a un dios.

Lo había conocido en circunstancias que se limitó a describir como un viaje a la costa del Pacífico y en una fecha que con no menos vaguedad ubicó alrededor de cinco años atrás. Aunque identifiqué la época inmediatamente, me resistí a confiar en mis propios cálculos. Con la esperanza de que rectificara le pregunté si yo por casualidad estaba en Francia mientras ella vacacionaba en esa ocasión junto al mar. Patricia asintió con despreocupada coquetería. Luego, sin perder más tiempo en la coincidencia que me infamaba retrospectivamente, siguió contando su historia.

80

Unas cuantas horas de trato superficial, distribuidas en el curso de varios días, habían bastado para que el recuerdo de Josemaría la persiguiera a lo largo de los meses y después los años. No era guapo, pero el tono siempre muelle de su voz y la consciente suavidad de sus ademanes compensaban la rudeza de su cara. Tampoco era culto en el sentido libresco, aunque manejaba información precisa y abundante acerca de todo lo que pudiera servirle. Ni su aspecto silvestre ni sus incongruentes modales ni sus conocimientos prácticos habían impresionado sin embargo a Patricia tanto como una cualidad moral o un rasgo de carácter que ella tentativamente calificaba de libertad.

Yo preferí nombrar a esa segunda naturaleza con el epíteto menos lírico de egoísmo y atribuirle orígenes más tangibles que la moralidad o la psicología. Por herencia Josemaría era dueño de un terreno de pobres dimensiones donde crecían unos cocoteros. Tenía además una cabaña y una lancha angosta y alargada con un pequeño motor fuera de borda. Esas posesiones, que hubieran sido magras en otra parte, lo liberaban en la costa de toda necesidad. Sin muchos esfuerzos vivía de la pesca y del comercio de los cocos. Para pagarse algunos lujos paseaba a los turistas que acudían ocasionalmente a Los Manglares.

Era el nombre literal de una población de pocos cientos de habitantes, dispersa en dos villorrios y ubicada entre Puerto Vallarta y Barra de Navidad, en Jalisco. Era también el nombre de una o varias lagunas de agua salobre a cuyas orillas los pescadores habían erigido sus casas.

Con base en la descripción imaginé un pantano separado del mar por una franja de playa propensa a desaparecer con la marea alta. Sí. El paisaje lacustre representado con licencias cubistas en los cuadros de Patricia que yo acababa de ver en San Carlos. Pero no. Ella no se había acostado con Josemaría. Me lo juraba. No esa vez.

81

Durante poco menos de tres años lo había recordado intermitentemene, aunque no creyera posible volver a verlo. Yo entre tanto había escapado a Francia y Patricia era la amante, según declaró con énfasis melodramático, de Xavier Valtierra.

Casi todas las parejas tienden a confundir la magia de la costumbre con la matemática del desencanto. Ellos, sin siquiera vivir juntos, se habían acostumbrado en un periodo relativamente corto a su vida en común. Viajar a donde fuera, de preferencia a un lugar insólito donde la inercia no pudiera reproducirse, había sido idea de Valtierra. Pero

Patricia, que no veía en principio nada de malo en esa propuesta peregrina, necesitaba una buena razón para aceptarla. Sin pensar en las consecuencias de sus palabras había hablado con nostalgia de Los Manglares. Luego se convenció de que exponerse de nuevo al hombre que más la había impresionado era la mejor forma de valorar al hombre que cotidianamente la hacía feliz.

82

El plan tenía un defecto capital en el que suelen incurrir los soñadores. Al concebirlo, Patricia había prescindido por completo de la voluntad ajena. Por educación o por instinto Valtierra y Josemaría no sólo evitaron actuar como rivales. Apenas se conocieron, inexplicablemente habían simpatizado. Mientras uno tendía sus redes en la laguna, el otro leía en voz alta los libros que había llevado consigo para distraerse. Al atardecer los dos se amalgamaban en el silencio intransferible de una partida de ajedrez.

La última noche habían infringido ese ritual para vaciar una botella de aguardiente. Valtierra, que se esforzaba en no parecer borracho, se había retirado tambaleante a su palapa. Casi inmediatamente había empezado a roncar. Era el momento que Patricia esperaba, aunque no quisiera confesárselo. Por fin estaba sola con Josemaría y a pesar de los remordimientos había dormido con él.

Dormido. Ni más ni menos. No tenía por qué mentir. Josemaría, sin rehusarle un hueco en su hamaca, le había dicho a Patricia que no podía tocarla mientras fuera la mujer de un amigo.

83

Poco después ella decidió regresar por su cuenta a Los Manglares. Para que el regreso fuera también un comienzo precisaba sin embargo romper con su vida anterior. A lo largo de una noche turbulenta, de la que según creí entender no estuvo excluido el sexo, Patricia le había explicado a Valtierra qué se proponía. Fue, me lo aseguraba, su último encuentro íntimo con él.

Josemaría por su parte la había recibido sin aspavientos. Como si la esperara. Como si nada fuera más predecible que verla llegar sola y cargada con una maleta y un aparatoso cartapacio donde transportaba lo necesario para pintar.

A Patricia por lo pronto la había ofendido saberse prevista. Pero después de experimentar por fin lo que Josemaría era capaz de hacer con ella en una hamaca, le había gustado sentirse adivinada. Desde entonces regresaba a Los Manglares siempre que podía.

Esperarlo la noche entera, tiesa de miedo en la hamaca, mientras él recorría en su panga los recodos más oscuros de la laguna o se internaba en el mar hasta que la linterna pendiente de la proa se perdía de vista. Ayudarlo a levantar la casa de tabiques que él, pese a su ignorancia casi completa ya no de la arquitectura sino de la mera albañilería, se empeñaba en construir con sus propias manos. Sobrellevar para colmo la hostilidad o los interrogatorios de una hermana celosa y entrometida. A ese crudo régimen, que volvía a instaurarse con pocas variaciones cada vez que ella pasaba una o dos semanas en Los Manglares, se había resignado Patricia. Su única pero suficiente recompensa, hasta donde pude barruntar, estaba en compartir con Josemaría las horas pegajosas de la siesta.

Él era intransigente incluso en su ausencia. Porque detestaba o decía detestar las ciudades, se había negado obstinadamente a visitar a Patricia en el Distrito Federal. Porque descreía o alegaba descreer del amor de lejos, había establecido además que, cuando no estuvieran juntos, cada quien debía ser libre de actuar como le pareciera mejor.

No valía la pena engañarse. Lo había visto tratar con inequívoca familiaridad a ciertas nativas de Los Manglares. También sabía por su propia experiencia que las fuereñas no le eran indiferentes. Ni siquiera al principio había supuesto que, mientras ella estaba en México, Josemaría se privaba de otras mujeres. Con el tiempo Patricia aprendió a reprimir o por lo menos a ocultar sus celos, pero no a ejercer una libertad semejante a la que él se arrogaba.

Durante dos años se había empecinado en ser fiel: acaso menos a un hombre que a unos sentimientos cuya falta de reciprocidad los elevaba a la categoría de principios autónomos. No quiso recurrir al primer desconocido que le gustara suficientemente, porque buscaba una razón más poderosa que la mera oportunidad para traicionar a Josemaría o a lo que ella sentía por él. Tampoco le interesó echar mano de un antiguo amante que le hubiera procurado en cambio la falacia de que la traición se limitaba a reincidir en un hecho consabido. Sólo Xavier Valtierra podía ofrecerle esa complicidad retroactiva y a ella le pareció sacrílego resuscitar en él una emoción que había alcanzado su muerte natural.

Es posible que, al descubrir mi presencia en la Academia de San Carlos, Patricia haya entrevisto que lo mejor de esos mundos mutuamente excluyentes se conciliaba en mí. Después de tantos años

de no saber uno del otro, éramos casi tan ajenos como dos desconocidos. Entre nosotros existía sin embargo una latente intimidad que, pese a no habernos acostado nunca, nos asemejaba a una pareja de examantes.

Tal vez Patricia pensó que una historia trunca no está necesariamente muerta. Quizás entendió que terminar lo que habíamos dejado inconcluso no sería por consiguiente una resurrección, sino un simple acto de justicia al que ambos teníamos derecho y al mismo tiempo una manera de saldar sus propias cuentas con Josemaría. Puede haber juzgado también que vivir en el extranjero, más lejos de ella que si sólo formara parte de su pasado, me convertía en el instrumento ideal para ejecutar de un solo golpe esa múltiple y postergada retribución.

Todo esto lo inferí no de sus palabras sino de sus silencios, no de sus acciones sino de sus omisiones. Nada por tanto salvo mis propios razonamientos o mis propias expectativas me autoriza a afirmar que esa noche Patricia estaba resuelta a acostarse conmigo. Menos todavía puedo estar seguro de que en el último instante se arrepintió. Lo cierto, que ella repitió en tono apologético para finalizar su relato, es que la culpa del fracaso o del malentendido no me correspondía a mí.

86

Días antes de regresar a París infringí mi propósito de no ver otra vez a Xavier Valtierra.

Luego de muchas deliberaciones lo llamé por teléfono para proponerle que nos encontráramos en el café de siempre: elipsis que en nuestro código compartido tenía la función de aludir a La Veiga. Él sin embargo había desechado esa referencia común y me dio cita en el local que ocupaba los altos de la hoy extinta librería El Ágora en la esquina de Barranca del Muerto e Insurgentes Sur.

Recuerdo esa tarde, entre otras cosas, por dos acontecimientos casi literarios. El primero: que cuando llegué a la cafetería de El Ágora, con algunos minutos de retraso, Valtierra estaba arrimado a una mesa en torno de la cual reconocí, cercados por varias celebridades menores, a Juan Rulfo y a Augusto Monterroso. El segundo: que Valtierra, explotando alevosamente el halo de prestigio del que lo contagiaba mi admiración por esos breves escritores, me llevó en contra de mi voluntad a otra mesa, me tendió un ejemplar de su novela reciente, me lo arrebató para dedicarlo «a su discípulo más adelantado», me lo devolvió con el ademán cuidadoso de quien maneja un incunable y empezó a comentar el libro sin tregua. Añado que no me urgía leerlo, pero la extensa glosa que el autor hizo de su

trama aniquiló de entrada mi curiosidad. Apunto además que el título de ese relato inverosímil persiste en mi memoria, aunque no venga a cuento denunciarlo por su nombre.

He olvidado en cambio qué tropiezo, qué respiro en la cátedra inexorable de Valtierra aproveché para mentar a Patricia. Temiblemente resultó que el profesor se había inspirado en ella para fabricar a la protagonista femenina de su novela. Se estaba extendiendo en una disertación sobre la diferencia entre realidad narrativa y realidad real cuando sugerí con cierta impaciencia que fuéramos a otra parte a tomar unos tragos.

La otra parte no podía ser a principios de los ochenta sino La Guadalupana, una cantina que penosamente sobrevive a su invasión por intelectuales y mujeres de toda índole en la zona turística de Coyoacán. Los tragos fueron varias *cubas libres* que desataron la afición de Valtierra, cultivada con el concurso de innúmeros varones entre los que ya admití contarme, a proferir sarcasmos de dudoso ingenio acerca de las hembras que ya no eran suyas o, peor aún, se resistían a serlo.

87

Su versión de la historia coincidía sustancialmente con la mía. Es decir: con la que yo había urdido en función de lo que Patricia me confió. Había por supuesto algunas divergencias. La más notoria podía calificarse de conjetural. Yo postulaba que Patricia había empezado a acostarse con Josemaría desde la primera vez que lo vio, cuando ella era aún mi novia. Valtierra en cambio insistía en que el hecho había sucedido años después, mientras él y Patricia vacacionaban juntos en Los Manglares.

Lo discutimos con vehemencia etílica. Manoteamos sobre la mesa. Nos levantamos la voz. La disputa creció hasta que uno de nosotros, no sé ahora cuál y ya no importa, observó que absurdamente peleábamos para dirimir quién era más patético. Los dos con risas un tanto amargas le cedimos al otro el honor de ser un cornudo y reanudamos la plática en relativa concordia.

88

Valtierra tenía sobre mí una ventaja que lo ayudaba a apoderarse de la palabra. Él había visto a Josemaría. De su descripción, estorbada de literatura, retengo los veintiocho o treinta años, la piel tostada por el sol, el pelo arremolinado y desteñido por la intemperie, los ojos esquivos, la estatura menor que mediana, la parquedad no exenta de

socarronería al hablar. Nada, en resumen, que me permitiera distinguir a Josemaría, por su apariencia, de un lanchero acapulqueño.

Un solo dato interesante me aportó esa conversación. Josemaría fumaba mariguana a todas horas. Sin más fundamento que su despecho, el profesor arriesgó la hipótesis de que la cultivaba en algún rincón de la jungla y no descartó que la vendiera. Podía en todo caso certificar que a los amigos se la regalaba. Patricia la había probado por primera vez cuando estuvo en Los Manglares con Valtierra.

Me extrañó que el profesor, por lo demás hombre de mundo, asegurara que Josemaría la embobaba con el auxilio de la droga. Repito que apenas entiendo de mariguana. Lo bastante sin embargo como para no atribuirle otro poder que el de alterar pasajeramente la percepción. Creo entender en cambio un poco más de mujeres. Ninguna que yo conozca, empezando por Patricia, necesita un estimulante para ejercer su soberana voluntad.

Capítulo VIII

89

Una señal inequívoca, que anuncia la proximidad de otra gasolinera, destruye de golpe las certezas de Artigas. Por lo menos en relación con México, la guía *Michelin* no es infalible. Él calcula que han recorrido poco más de cien kilómetros. Deben de faltar otros cincuenta, cuando mucho, para Los Manglares. Con los tres cuartos de tanque sobrados que aún les quedan sería posible ir y regresar sin apuros hasta Puerto Vallarta. Pero el reloj electrónico en el panel del coche marca las 12:34, holgadamente después del mediodía que las buenas costumbres establecen como la hora a partir de la cual es lícito beber. Así que, sin intención de cargar gasolina, aminora de cualquier modo la velocidad en cuanto avista el letrero tricolor de Pemex.

La esperanza de Artigas es recompensada. Junto a las instalaciones de la gasolinera hay, en efecto, un rudimentario restorán. Sólo que Monique, que viene encerrada en un hosco silencio, súbitamente se amotina. Si hace un rato, en un lugar que era sin discusión paradisiaco, tenían tanta prisa, ella no entiende por qué ahora les sobra tiempo para detenerse en un local horrible.

Artigas arguye que tiene sed, que no van a tardarse, que la selva visible y casi palpable desde las mesas del restorán no tiene nada de feo. Lo que que ablanda la terquedad de Monique no son sin embargo esos argumentos, sino el olor a maíz tostado y a queso derretido que mana de un humeante comal. No es preciso rogarle dos veces para que acceda a comerse una quesadilla mientras él se toma una cerveza.

-Pero nada más una -insiste Monique cuando Artigas se dispone a ordenar.

90

En los dos años siguientes mi vida y mi trabajo empezaron a confundirse. Podría decir que en esa época me reconcilié por fin con mi indeseada vocación de estudio y de enseñanza. La verdad es que me puse a trabajar en serio con el único propósito de seguir viviendo en París.

La prórroga de dos semestres académicos que había obtenido para mi beca la empeñé afanosamente en escribir una tesis doctoral. El título de mi ensayo, *Émile Zola y Federico Gamboa: dos aproximaciones complementarias a la teoría y a la práctica del naturalismo en la novela del siglo* XIX, es pretencioso. No hice en realidad sino un par de cotejos, de *Naná* con *Santa* y de *La Obra* con *Reconquista*, para llegar, después de 300 páginas de prolija exégesis, a la conclusión que habría alcanzado a primera vista cualquier lector atento. En pocas palabras: que el escritor mexicano adaptó al español, por no decir que imitó desenfadadamente, los temas y las técnicas narrativas, aunque no el estilo sobrio ni el lenguaje preciso, de su involuntario maestro francés.

Debo agregar que me recibí con honores. La calificación de *excelente* no era insólita en los doctorados de tercer ciclo que otorgaba entonces la Sorbona, pero ayudó a que me contrataran para impartir unos cursos de lengua y literatura hispanoamericanas en la Universidad de Rennes. El sueldo era malo, apenas suficiente para sobrevivir. El permiso de residencia al que me hacía acreedor el contrato de trabajo resultaba en cambio invaluable: la garantía legal de que podría permanecer en Francia un año más, para empezar.

91

Huelga describir la pobre arquitectura, la escasa actividad social y el clima insufrible de Rennes. Basta con señalar que todos los defectos de esa oscura población bretona se atenúan a la luz de la distancia relativamente corta que la separa de París. Gracias a esa única virtud de mi fuente de trabajo no fue preciso adaptarme a la vida provinciana en su lóbrega versión francesa.

Junté mis cursos y las horas de consulta con los estudiantes en una apretada secuencia laboral que abarcaba los miércoles y los jueves. Para pasar la noche entre esos días reservé el cuarto menos ruidoso de un hotel contiguo a la estación del tren. El resto de la semana me instalaba con alivio en las dos piezas del departamento que seguía rentando en el Duodécimo distrito parisiense. Unas clases particulares de español y todas las traducciones posibles me permitían redondear mi presupuesto.

92

Se viaja menos para conocer que para reconocerse. Mis compañeros de ocio en París eran otros hispanoamericanos igualmente dispuestos a pasar tardes enteras sentados en la terraza de un café. Cuando el ánimo y el dinero subsistían después de la cena rematábamos la

jornada en L'Éscale, una turbia *boîte* latina en la rue Monsieur-le-Prince. Los uruguayos, argentinos, peruanos y chilenos se anclaban en la planta baja, donde unos improvisados guitarristas sudamericanos mugían sosas canciones de protesta. Los demás, un heteróclito grupo de colombianos, venezolanos y centroamericanos al que yo me sumaba en calidad de caribeño *honoris causa*, nos sumergíamos sin demora en el sótano. Ahí, al amparo de la mala iluminación y la pésima música tropical ejecutada por un combo de cubanos delicuescentes, aprendí a remedar unos pasos de salsa para seducir a las francesas solteronas o divorciadas que buscaban en las catacumbas una noche de emociones exóticas.

Más de una borrascosa madrugada me sorprendió en un departamento ignoto y apenas entrevisto, batallando para zafar unas botas remisas o una terca falda de un cuerpo que yo después saqueaba vengativamente con las manos, con la boca, con el miembro enhiesto casi a mi pesar e introducido a empellones en el primer orificio a mi alcance. Al final esperaba despierto el amanecer, a cuya luz creciente iba descubriendo los rasgos diurnos de la cara que había besado a ciegas. Con horror y con curiosidad, pero también con ternura, descifraba la curva de una papada que había creído acariciar, las ojeras que ya no disimulaba el maquillaje, unas arrugas ahora innegables en la frente. Luego salía con sigilo, para no inquietar el sueño ajeno. Aunque rara vez volvía a buscar a esas amantes ocasionales, ninguna de ellas me era indiferente. Al cabo de unas horas mi imaginación las hermoseaba y rejuvenecía a todas por igual, hasta transformarlas en un verosímil motivo de jactancia en el café.

La plática recurrente con algunos varones y el previsible sexo con hembras sucesivas o incluso simultáneas no basta sin embargo a explicar por qué me aferraba a Francia. Acaso la costumbre de ser extranjero se convierte insensiblemente en una segunda piel de la que uno teme despojarse. El hecho es que yo viví durante un año, el primero en que ya no dependía de los caprichos sexenales de México, perseguido o tal vez arrastrado por ese temor. Lo aproveché o lo desperdicié en explorar a fondo la sensación de singularidad intransferible, de radical diferencia, de aislamiento orgulloso que confiere la extranjería.

Una prueba de que mi oficio y mi persona se estaban entreverando irreversiblemente es que sólo volví a México por razones laborales. Luego de tenerme en suspenso hasta la última semana de cursos, la Universidad de Rennes decidió renovar mi contrato por un tiempo

indefinido. La única condición para que me dieran una plaza consistía en proseguir mis estudios hasta obtener, en una fecha imprecisa, el doctorado de Estado.

Vagamente planeé visitar alguno de los muchos balnearios o ciudades coloniales o quizá ruinas prehispánicas donde no había estado mientras vivía en mi país. En todo el mes que duró mi viaje no salí sin embargo una sola vez de la ciudad de México. Los días se me fueron inadvertentemente en interrogar bibliotecas, archivos y hemerotecas donde fotocopié o transcribí centenares de poemas modernistas, numerosos relatos y capítulos de novelas compuestos bajo la influencia del realismo y del naturalismo, incontables crónicas de la sociedad mexicana al final del siglo XIX y al principio del XX.

No me movía un puro afán de erudición. Entre los hispanistas franceses, que ya empezaban a verme como a un colega o como a un rival, se difundía la creencia de que yo era un especialista en la literatura del porfiriato. Los documentos que extraía de las publicaciones periódicas de la época estaban destinados a darle a esa inmensa superchería un mínimo de credibilidad.

Nada fue tan trabajoso, en ese mes consagrado con ahínco al trabajo, como ocupar las horas muertas en que no daban servicio los centros de documentación. A lo largo de los años yo había acumulado en México una cantidad respetable de conocidos. Pero siempre tuve pocos amigos. Era difícil saber exactamente cuántos me quedaban después de una eternidad de no comunicarme con nadie ni siquiera por medio de una tarjeta postal.

Con menos esperanza que curiosidad me puse a llamar en orden alfabético a los individuos cuyos nombres y apellidos persistían en una vieja libreta de direcciones. Me asombró que casi todos me recordaran inmediatamente. Muchos incluso reconocían mi voz al teléfono. De ahí en adelante los desencuentros se multiplicaban.

Cuando un presunto amigo o simple conocido recibía mi llamada, indefectiblemente le daba gusto enterarse de que yo estaba en México. Luego se le dificultaba liberar un momento para mí. Alguno, después de ciertas vacilaciones, me concedía una comida o una cena. Otro sólo se permitía intercalar un rápido café o una copa veloz entre dos compromisos más urgentes. Ninguno de ellos podía reservar entonces una tarde o una noche para verme por segunda vez. Ninguno tampoco lo lamentaba en serio. Todos parecían ansiosos de reintegrarse a sus itinerarios consabidos, donde los esperaba un empleo no siempre aborrecible y a veces un matrimonio no por fuerza infeliz y hasta uno

o varios hijos no indeseados que, según declaraban débilmente, yo tenía que conocer.

En mi viaje anterior me había engañado la ilusión de que, en contraste conmigo, nadie cambiaba en México. Ahora el espejismo se invertía y temí que todo el mundo hubiera cambiado más que yo. Habría tolerado que mis amigos y conocidos me consideraran antipático, incluso atosigante. Me deprimía sin embargo la sospecha de que, luego de tanto tiempo de ausencia apenas interrumpida, yo era para ellos menos una persona que un símbolo: la imagen nostálgica de su propio pasado que preferían no alterar.

95

Una excepción confirmaba la regla de mis conjeturas. A sus cuarenta y uno o cuando más cuarenta y dos años, de los que sólo daban fe unas discretas arrugas en torno de los ojos y unas canas dispersas en su abundante cabellera, Xavier Valtierra era sustancialmente el mismo que yo recordaba. Un tránsfuga del '68. Un hombre voluntariamente marginado de las convenciones de su edad. Un egocéntrico irredimible, cuyo mucho o poco talento le procuraba el pretexto ideal para perpetuar sin culpa los buenos y sobre todo los malos hábitos de su adolescencia.

Por convicción o por desidia Valtierra no se había casado. Tampoco frecuentaba gente nueva, salvo los estudiantes que al cabo de los semestres terminan por asemejarse. Ni siquiera se planteaba la posibilidad de ser otra cosa que catedrático de letras y, según se catalogó no sin inmodestia, escritor profesional. Quizá juzgó con orgullo magisterial que yo, su antiguo discípulo, emulaba aplicadamente casi todas sus normas de conducta o sus pretensiones intelectuales, descontando la última. Lo cierto es que él fue el único de mis amigos o conocidos que no me relegó a la categoría inmutable de los ausentes.

96

Debo de haberme reunido con Valtierra unas cinco veces mientras estuve en el Distrito Federal. La primera la dedicamos a Patricia exclusivamente.

Él la había visto un año antes, quizá un poco menos. Un infarto había acabado repentinamente con la madre de Patricia. Más aturdida que triste, según creía haber percibido Valtierra, ella recibía las condolencias en una de las capillas de Gayosso en la avenida Félix Cuevas.

Se me ocurrió decir, con sincera compasión, que en el fondo la señora no había sido mala persona y que Patricia seguramente estaba desecha. Valtierra pensaba en cambio que la vieja era insoportable y que Patricia se había quitado un peso de encima. De otro modo no se explicaba que, unos días después del entierro, Josemaría hubiera venido por fin a la ciudad de México.

En este punto el relato se bifurcaba. Valtierra, que no veía a Patricia desde el velorio de su madre, se limitó a consignar con imparcialidad las versiones excluyentes que había oído. Unos aseguraban que Josemaría se había instalado en la casa de Coyoacán como un señor feudal con derecho de pernada sobre la heredera. Otros decían que más bien semejaba una fiera acorralada en territorio ajeno. Unos añadían que pasaba los días y las noches apoltronado frente a la televisión. Otros le atribuían en cambio la costumbre de ambular por las calles de la capital como un pueblerino extraviado. Unos le imputaban una veloz degeneración en lo físico y en lo moral. Otros objetaban que, luego de varias semanas de inactividad, lo había vencido el hastío. Unos aplaudían que su último arrebato de dignidad hubiera consistido en irse de la casa por su arbitrio. Otros juraban que Patricia lo había expulsado.

De ahí en adelante las opiniones coincidían. Todos juzgaban que Patricia era incapaz de escarmentar. Todos basaban ese juicio en que, al poco tiempo de la separación, ella había alcanzado a Josemaría en Los Manglares, de donde ninguno de los dos salió durante seis o siete meses.

Acerca de la segunda temporada en que intentaron vivir juntos los testimonios escaseaban. La poca gente que había ido a verlos a la costa de Jalisco recordaba unas veladas delirantes en que el alcohol, la mariguana y los barbitúricos se consumían a pasto. Hubo quien aludió al acoso demasiado evidente de Josemaría a las mujeres que los visitaban solas e incluso en pareja. También se mencionaban las protestas no siempre discretas de Patricia, que sin embargo pintaba mejor que nunca y había aprendido por su cuenta a colorear vitrales.

Nadie, empezando por Valtierra, sabía nada más a ciencia cierta, salvo que ella acababa de regresar sin él a ocupar no como una huérfana sino como una viuda su casa en Coyoacán.

97

Apenas volvimos a mentar a Patricia. Hablábamos copiosamente de mujeres, pero desde el punto de vista genérico que adoptan los varones cuando quieren jactarse de sus hazañas sexuales o disimular sus involuntaríos periodos de abstinencia. Hablábamos por supuesto

de literatura, aunque Valtierra insistía en referirse a los libros que había escrito mientras que yo comentaba no sé si con igual ostentación los que había leído. Hablábamos también de Francia, que para él era una forma arquetípica de la nostalgia y para mí una constante empírica de la mera realidad.

Al cabo de tres o cuatro sesiones habíamos agotado el cotejo de nuestras ideas predecibles acerca de nuestras experiencias comunes. En un momento en que la plática estaba raleando Valtierra me preguntó cómo veía a México. Entendí que la pregunta era un subterfugio retórico para propinarme sus autorizadas opiniones acerca del tema, postergado hasta entonces, de la política nacional. Pero yo estaba harto de emitir generalizaciones y opté irreflexivamente por darle una respuesta íntima.

Le dije a Valtierra que me sentía afantasmado. Le aclaré que tenía la impresión de existir sólo retrospectivamente para los otros. Le confesé que él era el único de mis conocidos que me había otorgado la suficiente actualidad como para estar conmigo más de una vez.

Yo no había dicho estas cosas con amargura. No me había quejado de nadie en especial. Mi intención había sido simplemente la de reseñar un fenómeno social o psicológico que me parecía curioso, aunque también comprensible. Temo sin embargo que mis palabras fueron torpes, inexactas, quizá demasiado apasionadas. Tanto que Valtierra las interpretó, si no como un lamento, entonces como una solicitud de auxilio. Fue inútil explicarle que mi reseña no buscaba ningún efecto práctico. Contra mi voluntad, reiterada hasta el cansancio, se empeñó en organizar una fiesta de despedida a la que convocaría a todos los amigos que, según manifestó con inusual delicadeza, yo no había tenido tiempo de ver.

98

De acuerdo con un criterio puramente estadístico, puedo afirmar sin reparos que la reunión fue un éxito. Todo el mundo estaba ahí. Mis antiguos profesores, mis antiguos condiscípulos y mis antiguos alumnos se codeaban con mucha gente que yo no conocía, pero que a juzgar por las apariencias guardaba también alguna relación con la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Me rehúso sin embargo a darle a la congregación que abarrotaba el departamento de Xavier Valtierra el mágico nombre de fiesta.

Algo indispensable y asimismo indefinible faltaba para desencadenar en esa muchedumbre la propensión, que los mexicanos de todas las edades compartimos con los jóvenes de cualquier otro país, al ritual apoteósico. Había buena música, pero nadie bailaba.

Corría el alcohol, pero nadie se emborrachaba escandalosamente. Olía incluso a mariguana, pero la fumaban a escondidas. Salvo por los pantalones de mezclilla y las camisas de franela, salvo por los huipiles y los huaraches, salvo por las barbas ralas y las aparatosas melenas, los asistentes parecían reunidos en un coctel.

Fue el propio Valtierra, en su afán de hacerme sentir abrumado de amistad, quien le impuso a esa turba el acartonamiento de una ceremonia protocolaria. Cada vez que alguien llamaba a la puerta, él lo conducía de inmediato a saludarme. El recién llegado y yo, igualmente incómodos en el vestíbulo que daba acceso a la sala, cambiábamos entonces algunas frases afectuosas, algunas informaciones generales sobre lo que habíamos hecho en los últimos años. Para lo más frustrante venía después de sobreponerse a la inicial incomodidad. Tarde o temprano el anfitrión interrumpía sin miramientos cualquier conato de plática ordinaria para juntarme con un nuevo invitado.

99

Con ninguna de las personas que recibí por mediación de Valtierra pude estar tanto tiempo como con una pareja en la que no había vuelto a pensar. Aunque un comienzo de calvicie le agrandaba la frente y unas hondas antiparras le diluían los ojos, él seguía siendo sin lugar a dudas Víctor Andrade: comparsa de mis primeros años en la universidad. Ella, sorprendentemente gorda y maquillada hasta la desfiguración, tuvo en cambio que decir su nombre para que yo por fin la identificara como Roberta: chaperona favorita de Patricia en la adolescencia de ambas.

No pocos hombres y mujeres, en el trance de competir por la atención ajena, le arrebatan inmisericordemente la palabra a su pareja. Más solidarios, ellos se la turnaban a media frase para hablar sin solución de continuidad. En perfecto acoplamiento me fueron enterando de que estaban casados, que tenían no capté si una hija o dos, que Víctor era guionista creo que en el cine, que Roberta había sacrificado en aras de la familia una licenciatura en algo así como ciencias de la comunicación. Yo los oía con la mejor voluntad, pero apenas los escuchaba. Además de la exacta alternancia de sus voces, me distraía de las aventuras y desventuras que me contaban el recuerdo ahora ambiguo de la tarde en que había envidiado su suerte, seis o siete años atrás, en el departamento de mi tío Fernando.

No tuve oportunidad de averiguar si ellos también se acordaban. Ni Víctor ni Roberta, empeñados en el relato de su vida en común, mostraron en ningún momento el menor interés en la mía. Estaban

describiendo por turnos las ventajas de un departamento que habían comprado o iban a comprar en la colonia Cuauhtémoc cuando los buenos oficios de Valtierra nos obligaron a separarnos.

Antes de seguir a Roberta a la sala Víctor empuñó mi antebrazo y me susurró al oído que teníamos que vernos solos y en un lugar más tranquilo donde pudiéramos platicar. Accedí efusivamente. Anoté yo mismo en su agenda el número de teléfono de mis padres. Como regresé a París el día siguiente, no supe si me llamó.

100

Cerca de la medianoche cesó el desfile de los invitados y pude abandonar por fin mi puesto de dignatario extranjero en una recepción en su honor. Dos o quizá tres whiskies apurados al hilo disolvieron mi fastidio. Con desapego noté que se repetían, en la escala reducida de esa noche, las circunstancias de todo el mes. Yo deambulaba por el departamento sin más compañía que la de Valtierra mientras que mis amigos o conocidos, agrupados en corros, me ignoraban como si estuviera en otra parte. Entendí que nadie me excluía deliberadamente de su círculo, pero tampoco entre ellos se habían visto en mucho tiempo y cualquiera significaba para los demás una novedad menos remota que yo.

Valtierra me arrancó de estas reflexiones para explicarme con desesperante lentitud, como si hablara con un enfermo o con un anciano, que era preciso traer más hielo y más refrescos. Casi lo empujé hacia la cocina. Había alcanzado involuntariamente la fase autocompasiva del alcohol y me ultrajaban menos las desatenciones del prójimo que su exagerada atención.

Decidí aprovechar esa tregua, la primera que me daba mi benefactor en toda la noche, para huir de su tenaz empatía. Furtivamente me acerqué a la puerta. De un vistazo confirmé que nadie en el departamento de Valtierra me miraba y la abrí con sigilo. Entonces, pese a los cambios que seguía sufriendo su apariencia, reconocí de golpe a Patricia.

101

Tardé unos instantes en acostumbrarme a las trenzas con las que sujetaba unas matas de pelo enrojecido por la jojoba y castigado por la falta de champú, a las profundas ojeras en que se hundía una mirada extrañamente risueña, a la piel tostada en donde las pecas eran ubicuas, a la excesiva delgadez que le angulaba la cara. Porque ella permanecía en el rellano de la escalera, vacilante y silenciosa, no

concebí por lo pronto nada más sutil que preguntarle quién la había invitado. Me arrepentí en el acto de mi innecesaria brusquedad. Para atenuarla adelanté yo mismo la primera respuesta que me vino a la boca. Como si el azar me dictara ese nombre, mencioné tentativamente a Roberta. Patricia no confirmó ni desmintió mi sugerencia. Se limitó a declarar, con la voz sorpresivamente empañada por una gravedad casi viril y por un sonsonete donde un vago acento pueblerino convivía con una indudable parsimonia psicotrópica, que se había enterado de que yo estaba en México y tenía ganas de verme.

En casi cualquier otra circunstancia me habría halagado que ella, por sus propios y recónditos motivos, se interesara en mí. Ya dije sin embargo que esa noche yo estaba harto de tantas atenciones. Injustamente me irritó que alguien, además de Valtierra, resolviera ser amable conmigo sin contar con mi voluntad.

Estuve a punto de manifestar que no necesitaba ni quería nada de nadie. Entonces recordé lo que me había contado Valtierra y sentí una súbita compasión. Aunque ya le había franqueado a Patricia el paso al departamento, la tomé de la mano para darle mi extemporáneo pésame por la muerte de su madre. Ella sonrió tristemente y se quedó cabizbaja mientras yo pensaba en vano qué otra cosa podía decir. En mi perplejidad se me ocurrió que lo más sensato era emprender en silencio la retirada. Segundos después oí con inesperada emoción que el repiqueteo de unos tacones presurosos me seguía escaleras abajo.

Creí que iba a abrazarme cuando salió a la calle detrás de mí. Patricia sin embargo se mantuvo a distancia y, como si anunciara un portento susceptible de afectar al universo entero, declaró con solemnidad que tenía hambre. Objeté que yo regresaría a Francia al día siguiente y aún no había hecho mis maletas. Ella prometió que, si la acompañaba a comer algo por ahí cerca, me llevaría inmediatamente después a empacar.

El edificio en donde vivía Valtierra estaba frente al Parque México. Patricia se había estacionado a media cuadra, en la intersección con la avenida Michoacán. Para caminar hacia allá eslabonó su brazo izquierdo al derecho que yo tenía casi en jarras, con la mano en la bolsa del pantalón. Mientras avanzábamos juntos sentí que apoyaba en mí no una extremidad sino la masa completa de su cuerpo. Noté además que, aunque no andábamos de prisa ni había ningún obstáculo en nuestra marcha, ella perdía el paso con frecuencia.

Al llegar al coche vi que cerca de un metro lo separaba de la cuneta y mis aprensiones se confirmaron. Patricia difícilmente podía manejar.

Con todo el tacto de que soy capaz le intimé que incluso yo, que había bebido y no agarraba un volante desde hacía mucho tiempo, era más confiable que ella. Me entregó las llaves sin protestar. En el camino me fue explicando, con la cursilería de quien habla de su bebé o de su mascota, las variadas operaciones que se necesitaban para contrarrestar los achaques prematuros del Volkswagen.

103

A principios de los ochenta la colonia Condesa no era todavía el oasis o el espejismo de modernidad en que el espíritu empresarial de la generación equis, explotando la añoranza o las pretensiones cosmopolitas de tantos capitalinos, la transformó al promediar los noventa. Ni un solo restorán de discutible filiación mediterránea desparramaba entonces sus mesas y sillas plegables sobre las insuficientes banquetas de las avenidas Michoacán y Tamaulipas. Fuera del Pipo's, que cerraba temprano, y del vetusto Sep's, que no frecuentaba nadie menor de cuarenta, no había en las inmediaciones del Parque México y al filo de la madrugada sino una estricta disyuntiva para cenar. Menos por apetito que por alimentar anticipadamente mi nostalgia con la impresión de un sabor vernáculo, yo hubiera preferido las taquerías de la calle Campeche. Pero Patricia, luego de pasar varios meses en provincia, ya no quería ver tortillas ni en pintura y eligió los cafés de chinos de la contigua Roma Sur.

Mientras enfilaba por la avenida México para tomar la de Sonora, no se me ocurrió que su antojo de bísquets y leche caliente pudiera no ser sino la expresión de un vacío en el estómago. Tampoco imaginé que Patricia hiciera otra cosa que jugar como una niña de paseo en coche cuando le dio por leer en voz alta los nombres -Imperial, Monarca, no recuerdo si alguno más- de los hoteles de paso que se sucedían en la avenida Álvaro Obregón. Yo, en resumen, no pensaba en ella. Al principio eché de menos en mi fantasía retrospectiva las cervezas con las que habría acompañado los tacos. Luego mi atención se concentró en las maniobras indispensables para que el Volkswagen avanzara sin respingar.

En esos cuidados me sorprendieron, simúltaneamente, la mano izquierda de Patricia que cayó sobre el muslo de mi pierna derecha y su voz urgente que me pidió detenerme. Frené en el acto. Yo temía en ese momento que por mi inadvertencia hubiéramos estado a punto de embestir a otro coche o, peor aún, de atropellar a uno de los raros peatones que circulaban a esa hora. De un vistazo comprobé sin embargo que ninguna de esas calamidades se cernía sobre nosotros. Supuse entonces que Patricia había detectado una cafetería abierta,

pero tampoco pude localizarla. Quién sabe qué incredulidad o qué desconfianza me impedían comprender que ella estaba insinuando, más bien exigiendo, que en vez de perder el tiempo alrededor de una mesa entráramos sin preámbulos en el hotel Milán.

104

Los minutos siguientes los viví como si soñara un sueño esquemático en el que me contemplaba desde afuera de mi cuerpo. Sin asombro me vi observando las lonas que se interponían en el estacionamiento entre los clientes del hotel y los curiosos de la calle, la discreción profesional del recepcionista que contó el dinero y me mostró el camino sin mirar una sola vez a mi acompañante, la calculada penumbra que en las escaleras y pasillos ensombrecía las facciones de los huéspedes, el mobiliario escueto del cuarto. Era una escena que, salvo por las putas que me escoltaban entonces, se había repetido con pocas variantes en la época solitaria en que yo aún no conocía a Patricia. Me devolvió al presente la perfecta naturalidad con la que ella desempeñaba su papel.

Apenas prendimos la luz se dirigió al baño. Anticipé una espera más o menos larga, mientras se introducía el diafragma o el óvulo anticonceptivo que en esos años anteriores al sida eran casi tan frecuentes como el condón. Patricia sin embargo regresó de inmediato, provista de una toalla percudida. Creí que iba a extenderla sobre la cama, acaso para no manchar las sábanas con la posible sangre de su regla, pero la puso enrollada en el umbral de la puerta que daba al pasillo y cuidadosamente la acomodó hasta no dejar una sola rendija. Después caminó hacia la única ventana, la abrió de par en par y encendió un cigarro de indeciso aspecto artesanal. El aroma dulzón de la mariguana llegó a la silla donde yo me había acomodado en el extremo opuesto del cuarto.

105

Patricia fumaba absorta en su propio placer. Cada vez que el humo invadía sus pulmones se quedaba suspendida como en éxtasis. Después lo expelía en bocanadas cavernosas que se dispersaban en el patio del hotel.

Le tomó unos minutos recordar que yo estaba con ella. Entonces volteó hacia el interior del cuarto y con una sonrisa desvaída me ofreció el cigarro. Lo rechacé con un ademán que intentaba ser explícito y que Patricia sin embargo no acertó a interpretar. Yo quería invitarla a que siguiera fumando a sus anchas. Ella en cambio fue

hasta el buró donde había puesto su bolsa, depositó la colilla humeante en un cenicero, revolvió sus pertenencias impacientemente y sacó por fin un frasco de vidrio en el que tintineaban varias pastillas.

Me levanté de la silla en el acto, impulsado por una resolución que Patricia también malinterpretó. Al ver que me le acercaba comenzó a decir el nombre de cada píldora y a explicar qué efecto producía. No la dejé concluir su detallada exposición. Con brusquedad que pudo parecer debida al enojo, pero que fue ocasionada por el simple apremio, le arrebaté el frasco. Casi a ciegas lo arrojé hacia la bolsa de Patricia y, sin demorarme en comprobar si había atinado, la atraje para besarla en la boca.

106

Ella me había quitado el saco a tirones mientras yo le arrancaba por encima de la cabeza el suéter que traía sin brasier. Cuando rodamos sobre la cama seguíamos contorsionándonos para despojarnos recíprocamente de la ropa. Luego de oprimirle sin entusiasmo un seno disminuido por la flacura le icé la falda en busca de la pantaleta. Entre tanto Patricia me había desabotonado la camisa y luchaba ahora con la hebilla de mi cinturón.

En el instante en que mi mano se encajaba entre sus piernas ella me mordió los labios con intensidad no exenta de dramatismo. Ese dolor repentino y casi agradable acabó de imponerme una certidumbre que yo inútilmente me afanaba en ignorar. Por más que me fingiera impetuoso y jadeante, mi carne ensimismada no respondía a los humores de Patricia.

Mientras hurgaba sin pasión en sus entrañas me puse a escarbar angustiosamente en mi memoria. Recordé con qué obsesiva regularidad me había masturbado imaginando cada parte del cuerpo que ya tenía a mi alcance. Recordé cuántas veces, con sólo rozar esa piel por fin asequible, la sangre tumultuosa había congestionado mis venas. Recordé cómo había bastado con oír al teléfono la voz que ahora murmuraba mi nombre para experimentar una inmediata erección. Pero todos mis esfuerzos resultaron vanos. Aunque evocaba sin dificultad las circunstancias en que había deseado a Patricia, no podía resuscitar el deseo.

Para exculparme pensé que mis recuerdos distaban mucho de coincidir con la realidad. Pensé que de las tetas siempre exiguas de Patricia subsistían apenas los montículos de los pezones y que sus nalgas antes redondas se habían esmirriado. También pensé sin embargo que nunca hasta ese momento la falta o la sobra de músculos y de grasa me habían impedido acostarme airosamente con una mujer.

No me fortificó razonar con patética filosofía que ningún varón ya cerca de los treinta puede ser tan eficaz como a los veinte. Sin intuir que yo estaba irremediablemente empantanado en mis angustias, Patricia me había abierto la bragueta. Cesé de acariciarla, de moverme, casi de respirar cuando sus dedos apartaron el resorte de la trusa. Era difícil saber si ella sopesaba con rabia o con ternura mi sexo blando y minúsculo hasta la abyección.

107

Hacia las dos de la madrugada yo mordisqueba un insulso bísquet y sorbía con desgano el contenido de un alto vaso de vidrio lleno a partes iguales de leche hervida quién sabe cuántas veces y de un oscuro jarabe con sabor a café. A fuerza de súplicas y promesas de una buena propina Patricia había persuadido a un soñoliento mesero, que estaba a punto de bajar las cortinas metálicas de la cafetería, de servirnos cualquier cosa de cenar. Ahora el pobre chino la miraba devorar un pan tras otro y, para exhibir su impaciencia, ponía patas arriba las sillas desocupadas en todas las mesas del establecimiento con excepción de la nuestra.

Patricia hablaba atropelladamente mientras comía. En frases interrumpidas por la masticación continua y anegadas en copiosos tragos de café con leche, me contó sin ilación los pormenores de su orfandad. La negligencia de su madre que había muerto intestada. La codicia de los abogados y notarios que le habían sustraído una parte considerable de la herencia. Su sorpresa al entender que, aun mermado, su patrimonio alcanzaba para vivir muchos años, quizá todos los años, sin necesidad de trabajar.

Me extrañó que su confesión privilegiara los asuntos pecuniarios, pero no que excluyera toda referencia a Josemaría. Patricia me quería o me había querido. Era obvio que intentaba distraerme de mi vergüenza, y aludir a un hombre que declaradamente la satisfacía en la cama hubiera malogrado esa intención.

Dudé sin embargo de que debiera sentirme agradecido por su aparente nobleza. Aunque yo no era ya tan estúpido como para responsabilizar a nadie más de mis propios fracasos, tampoco era aún tan sabio como para eximir de toda sospecha a quien me perdonaba graciosamente por fracasar. En mi frustración me resistí a creer que Patricia fuera tan comprensiva. Aposté en cambio a que estaba siendo condescendiente y, sin otros argumentos que mi apuesta, la aborrecí. Mientras duró la cena me dediqué no a escuchar el resto de sus insípidas confidencias, sino a observar cómo la masa amarillenta de los bísquets se amalgamaba repugnantemente con los chorros de café

con leche que corrían por su boca abierta.

Capítulo IX

A Monique, que no en balde quiere hacer su tesis doctoral sobre el cuento fantástico en las márgenes del Río de la Plata, le da por detectar simetrías improbables donde no hay sino meras coincidencias. Artigas casi esperaba, casi temía que en ese momento le arrebatara la palabra para decirle algo así como:

—¿Te das cuenta? Con un poco de fantasía podríamos componer una de esas historias ominosas donde el pasado se repite con ciertas variantes. No importa que no estemos en la ciudad de México. Ni en un café de chinos. Ni que yo no coma un ¿cómo los llamaste? sino una quesadilla. Según dice Borges en «Emma Zunz», sólo serían distintas las fechas, las circunstancias y uno o dos nombres propios.

—Yo nada más en una pesadilla cambiaría esta cerveza por un café con leche —dice Artigas con sorna y se arrepiente de inmediato.

Ponerse literal cuando Monique se pone literaria es una costumbre, acaso un vicio, que él contrajo hace poco más de medio año, a fines de junio: precisamente el día en que ella dejó de ser su alumna en la Universidad de Nanterre. Al principio esa práctica no tenía otro objeto que desafiarla y, sobre todo, abrirle los ojos. Sólo quería mostrarle, por medio de un humor quizá dudoso, que ya no era su maestro. Artigas se pregunta ahora cómo fue posible que un recurso para acortar las distancias degenerara tan rápido en una perversión que los aparta y que él sin embargo no consigue abolir.

Lo peor, sigue pensando mientras Monique finge interesarse en la maleza que sofoca al rústico restorán, es que lo primero que le gustó de ella fue su inteligencia libresca. Para ser exacto: su imaginación. La capacidad de apropiarse personalmente lo que lee. Pero Artigas no sabe cómo decírselo sin parecer cursi. O aún más denigrante: senil.

Sería curioso, reflexiona Artigas al notar que ya no le queda ni un sorbo de cerveza, que él en cambio le hubiera gustado por su físico. Una de esas historias de trueque de personalidades y trastrocamiento de valores que ella se regodea en desmenuzar. Sólo que tampoco sabe cómo decírselo sin parecer zalamero o, para colmo de contradicciones, magisterial mientras Monique, menos agraviada que orgullosa, aguarda que él le ofrezca disculpas por haberla interrumpido con una

tontería cuando intentaba hablar en serio.

109

Varios meses después, en el tren que cada semana me llevaba de París a Rennes para dar una clase más de lengua y literatura hispanoamericanas, pensé con melancolía pero sin tristeza que mis vínculos afectivos a México se habían roto. Con lo ojos cerrados a la dócil campiña de la Isla de Francia entreví que de ahí en adelante la relación con mi país sería mediata, académica, profesional. Luego me fui adormeciendo y soñé con una mujer que gratamente no se asemejaba en nada a Patricia.

Por un capricho italianizante de su padre, la mujer de mi sueño se llamaba Laura. Ella sin embargo sometía ese alado apelativo a los rigores de la pronunciación francesa. Nunca pude convencerla, entre muchas otras cosas, de que era un crimen de leso petrarquismo decir Lorá. Porque no había remedio aceptó que en mis labios de meteco su nombre sonara siempre en español. Laura por lo demás no tenía el aspecto de una ninfa de la Fuente de Vaucluse sino el de una labradora alemana. De sus antepasados, oriundos de Alsacia por las dos ramas, había heredado las piernas masivas como dólmenes, las tetas feroces que de acuerdo con Tácito se exhibían con impudicia para azuzar al macho en la guerra, las manos descomunales que también sabían blandir un arma y la cara no exactamente hombruna aunque sí montaraz. Tres generaciones de remojo en el crisol parisiense habían suavizado hasta cierto punto esas rudezas. Cuando la vi por primera vez, en una de las cenas propiciatorias a las que me invitaban las amigas francesas de mis amigos latinoamericanos, me impresionó menos su estatura que la armonía con que tanta carne se acomodaba en un solo cuerpo.

No fue la única ni acaso la mayor incongruencia que me sorprendió en tamaña mujer. Todos en ese grupo de expatriados voluntarios y fanáticas del exotismo, parecían conocerla de antemano. Comprimido en una orilla de la mesa por haber llegado tarde, yo me propuse averiguar qué hacía Laura sin caer en la vulgaridad de preguntárselo directamente. Porque la mayoría de los comensales afectaba cierta familiaridad con las musas, juzqué al principio que debía de ser artista o por lo menos artesana. Pero ella en algún momento se refirió a no recuerdo qué enfermedad con jerga ostentosamente científica y temí que fuera química farmaceútica o incluso veterinaria, como convenía a la raza germánica que José Enrique Rodó en el *Ariel* había condenado a ocuparse en la materia mientras los latinos desplegábamos el espíritu. Ofuscado por mis prejuicios culturales,

tardé en colegir que Laura no se dedicaba a la ciencia ni tampoco al arte sino a una combinación muy alemana, o mejor: vienesa, de las dos disciplinas. Era psicóloga, según descubrí finalmente con una mezcla auspiciosa de incredulidad y compasión.

110

Yo estaba seguro de haberla seducido por la irreverencia, fundada en mi lectura superficial de tres o cuatro libros clásicos del psicoanálisis, con que me esmeré en hablar de las teorías de Freud, de Jung y, en cuanto descubrí que era su dios tutelar o por lo menos su oráculo, sobre todo de Jacques Lacan. Laura alegaba en cambio que lo significativo no eran mis burlas sino la pueril necesidad de burlarme y que, lejos de ver en mí un posible amante o un amigo probable, ella me había considerado al principio, y aún no me descartaba, como un paciente potencial.

Este último adjetivo me ayudó a ejemplificar mis reservas ante una pseudociencia que derivaba sus conclusiones de violar las leyes elementales de la etimología. En el sinuoso francés que había empleado Laura para diagnosticar que yo era un desequilibrado, *potentiel* acarreaba el eco de *potence*, que quiere decir la horca y en general el patíbulo, con lo que resultaba lógico acusarla de que ella, al atribuirme el papel de paciente, deseaba en sentido figurativo matarme, o sea castrarme. Sólo que, afortunadamente para los dos, yo había traducido el calificativo al mero español, donde *potencial* remitía por oposición a *impotencia*, de modo que Laura ya no aparecía entonces como una hembra castrante sino como una curandera en cierne. O para decirlo aristotélicamente: en potencia.

Ella, obnubilada por la jerga lacaniana, descalificaba mis juegos de palabras como simples «estrategias discursivas de diversión». Lo cierto sin embargo es que Laura me hizo sanar de mis males: no con las invocaciones y conjuros a que desde mi punto de vista se reducía su discutible medicina, sino con la terapia tradicional de llevarme casi en brazos a su recámara y ser, ya sin retruécanos, paciente conmigo.

111

Como el protagonista de «La giganta», un poema desaforado de Baudelaire que Salvador Díaz Mirón magnificó en castellano, me aventuré medrosamente en la vasta geografía de Laura. Con qué vertigo subí a las altas cumbres de sus tetas. Con qué cautela anduve en círculos por los promontorios gemelos de sus nalgas. Con qué temor me abismé en el oscuro sumidero de sus muslos hasta

extraviarme en ese cuerpo insondable.

Laura en cambio era apenas consciente de mis parcas dimensiones. Aunque la inercia de su carne me sofocaba, se empeñó en montar encima de mí. Entonces invirtió la figura canónica de la cópula para que yo, con la cabeza bajo el arco de sus piernas recogidas, tuviera a la vista y también al alcance de mi boca la ingente grieta de su sexo mientras ella, empinada aparatosamente sobre el mío, lo succionaba con la fuerza irresistible de un torbellino.

Varios días me tomó dar una vuelta entera alrededor de su persona. La exploración bastó para delimitar qué territorios eran más acogedores en ese orbe dilatado, pero no para ubicar las zonas hostiles. Debo de haberme enamorado pasajeramente de la pura cantidad. De otro modo no me explicaría cómo pude tardar tanto tiempo en reconocer que ella aceptaba o proponía todas las formas imaginables de acoplarnos, salvo una que yo al principio desatendí por considerarla demasiado obvia. Hasta la fecha me sigue avergonzando admitir que Laura no encontraba ningún placer en la penetración.

112

Le gustaba para empezar que yo, sentado en un sillón distante, la viera acariciarse enérgicamente sobre la cama. Le gustaba en seguida que me acostara a su lado para masturbarla con el dedo anular, con toda la mano, con el brazo, con una pierna aprisionada entre las suyas. Le gustaba al final que la llevara con mi lengua hasta el punto en que ella, más que gritar repetidamente, parecía rugir.

Para recompensar mis servicios Laura me ofrecía un tratamiento análogo. Además estaba dispuesta a escenificar cualquier fantasía que le dictara mi arbitrio. Accedió a ponerse lencería comprada en las tiendas morbosas de la rue Pigalle. Condescendió a amamantarme como a un cachorro. Se rebajó incluso, por una ocurrencia de la que me arrepentí en el acto, a besarme el culo.

Pero sólo me permitía entrar en ella cuando ningún otro método era capaz de consolarme. Después se quejaba, con frases imperfectamente laudatorias donde el adjetivo francés *gros* aparecía con frecuencia, de que mi erección no le otorgaba en el mejor de los casos sino una agradable incomodidad.

113

Lo intentamos todo: desde emular sistemáticamente las posturas amatorias prescritas en el *Kama Sutra* hasta seguir sin servilismo las

sugerencias de otras publicaciones menos prestigiosas. Nos impulsaban la curiosidad y la disciplina que suelen coexistir en el espíritu científico. Laura, influida por la práctica en los laboratorios donde había estudiado, se prestaba con docilidad impropia de su volumen a ser mi conejillo de Indias. Yo, tirando en cambio a lo filosófico, me figuraba como un aprendiz de Galileo en busca del fulcro con que mi palanca movería su mundo. Ni mis esfuerzos ni su complacencia lograban desencadenar sin embargo uno solo de los orgasmos múltiples que la sacudían telúricamente cuando, concluídos sin éxito los experimentos anatómicos, volvíamos a hacer lo que a ella le gustaba.

Ya en las primeras semanas Laura había diagnosticado que padecíamos una irremediable incompatibilidad fisiológica. No sólo por contradecirla, yo me había empeñado en probar empíricamente que se equivocaba. Luego de un año y medio de intentos fallidos me resigné por fin a concederle la razón. Para atenuar los efectos traumáticos de ese fracaso en mi psicología, ella argumentó, no menos resignada, que ninguna pareja de individuos, salvo los gemelos idénticos, era cien por ciento compatible. Fue la primera vez que uno de los dos se refirió a nosotros, aun indirectamente, como una pareja. Fue también la última.

Nunca habíamos pensado en vivir juntos y era superfluo hablar de separación. Porque no hay peor día en la semana para un soltero, nos seguimos viendo los domingos. Una desierta función de cine a las dos de la tarde, un paseo cuando no llovía, un aperitivo o dos y una cena temprana, en la que discutíamos con pasión acerca de la película y de los alimentos, componían el melancólico itinerario con el que sobrellevábamos ese tedio elegante que los parisienses llaman *spleen*. Después nos dirigíamos al departamento de Laura, donde en algunas ocasiones reanudábamos la costumbre de acariciarnos y lamernos hasta una relativa saciedad. Pero cada vez era más frecuente que nos redujéramos a dormir empiyamados y serenos, como una pareja antigua.

Yo recuerdo con desacostumbrada nitidez que fue en La Palette, un café que subsiste casi intacto en la rue de Seine y que para hacer honor a su nombre está adornado con paletas y pinceles y cuadros de pésimos pintores, además de espejos turbios de nicotina donde los parroquianos borrosamente se reflejan de cuerpo entero como en un *afiche* de Toulouse-Lautrec. Él asegura en cambio que sucedió en L' Atrium, un local más ventilado y menos memorable salvo porque

ocupaba la esquina del boulevard Saint-Germain y la rue du Four y desde sus mesas redondas, sustituidas a principios de los noventa por las cuadradas de un insípido restorán, se apreciaba por encima de los castaños el adusto campanario de la iglesia de Saint-Germain-des-Prés.

Lo que ninguno de los dos le disputa a la memoria del otro es que yo, sentado con un grupo de obvios latinoamericanos, estaba de espaldas a la puerta y no advertí por consiguiente que alguien se aproximaba con sigilo teatral. También coincidimos en que no identifiqué de inmediato las manos velludas que cubrían mis ojos ni la voz masculina que farfullaba detrás de mí un dialecto inextricable que resultó ser, después de muchos tanteos, una variante macarrónica del castellano. A partir de ese momento nuestros recuerdos vuelven a diverger.

En el mío hay un espejo mural donde percibo desde un ángulo ventajoso la melena, más roja y más feraz que nunca, del hombre cuyo sombrero ha caído al suelo mientras nos abrazamos. En el suyo soy yo quien impertinentemente le arranco el *Borsalino* de la cabeza y al verla tan desordenada y tan llamativa río con ganas o, como él dice en un inglés aristocrático que adrede traduzco mal, con venganza. Huelga dirimir si bastaron unos segundos, de acuerdo con mi cálculo, o varios minutos, en su versión de los hechos, para que se me ocurriera invitar a Geoffrey O'Hea a sentarse a la mesa con mis otros amigos.

Aunque se había instalado pocos días antes en un mezquino *dúplex* en la Rue Mazarine, a dos cuadras de la place de l'Odéon, sería inexacto decir que acababa de regresar a París. En cierta forma Geoffrey nunca se había ido. En cierta forma nunca había dejado de irse. Cuatro o cinco meses seguidos de estar en Francia lo hastiaban de todo lo francés, incluyendo a su siempre admirado Verlaine. Cuatro o cinco meses seguidos de no estar en Francia lo hacían añorar desesperadamente el hastío que, por un contradictorio afrancesamiento de su espíritu, juzgaba indispensable para escribir.

Una modesta mensualidad, constituida por aportaciones desiguales de un padre resignado y de una abuela indulgente, le permitía ejercer con lujo de pobreza los oficios no lucrativos de poeta y de nómada. Ese estipendio era la única deuda que reconocía tener con su nativa Irlanda, junto con una vaga herencia celta que había descubierto por mediación de Yeats. Por lo demás, Geoffrey seguía cultivando una fidelidad literalmente excéntrica al idioma y a la cultura de Inglaterra.

Es tradicional que los escritores ingleses, para manifestar con caballerosidad su desacuerdo con el *establishment*, se conviertan o más

bien se reviertan a la fe apostólica de Roma. Geoffrey, al llegar a la edad de treinta y tres años que una tradición no menos caprichosa le atribuye a Jesús en el Calvario, había pensado simétricamente en sumarse a la grey de la Iglesia Anglicana. Era sin embargo hijo de un republicano convencido y nieto de una católica ferviente a quienes por ningún motivo quería ofender. Para repudiar la idiosincracia irlandesa sin poner en riesgo la mensual benevolencia de su familia había optado, luego de pensarlo dos veces, por declararse apolítico y agnóstico.

Cuando volvimos a encontrarnos esa tarde en La Palette o en L' Atrium, Geoffrey iba a cumplir treinta y cinco años y había perfeccionado su imagen de artística espontaneidad. Nada más lírico que su indumentaria, compuesta de unos bostonianos deformes, unos pantalones de segunda mano, un saco de tercera, una camisa percudida, unos harapos que habían sido un impermeable y la relativa elegancia del *Borsalino*. Nada menos metódico que la redacción de sus versos, ejecutada en cualquier lugar y a cualquier hora, con una caligrafía indescifrable, en hojas sueltas que invadían la planta baja del *dúplex* antes de amontonarse en un baúl travestido de mesa de noche en el tapanco. Nada tan voluble como su apetito, que se sujetaba espartanamente a un régimen de pan con mermelada y té negro si él comía en casa, pero adquiría proporciones pantagruélicas si alguien lo invitaba a comer.

Las ideas románticas acerca del arte son pertinaces y no faltaba quien viera en Geoffrey a uno de esos raros individuos, más ángeles que bestias, que poseen el don sobrehumano de infundir poesía en todos sus actos. Deudor de otros prejuicios estéticos, yo lo observaba en cambio con suspicacia. Diez años atrás, cuando él tenía veintitantos, su desaliño y su indisciplina e incluso su avarienta frugalidad me habían parecido innocuos o, mejor, ingenuos: residuos de quién sabe cuántas manías de niño rico, destiladas a lo largo de la adolescencia y la juventud hasta producir el temperamento poético que es, cito de nuevo a Chesterton, el defecto común a los principiantes. Ahora que se encaminaba a los cuarenta con el mismo aspecto y con los mismos hábitos sospeché que esas imposturas, erigidas voluntariosamente para elevar su mera persona a la condición de personaje, se habían emancipado de su voluntad.

Muchos otros han creído o dicho creer que la literatura no es una profesión sino una forma de vida. Geoffrey, pese a su declarado agnosticismo, conjugaba esa creencia con la hipótesis todavía menos verificable de que el poeta, en oposición al simple narrador o ensayista, es el vocero de un dios. De estas paradojas había inferido con lógica vacilante que para emprender una obra auténtica era necesario, como requisito previo, vivir en un universo absolutamente caótico donde la naturaleza elemental de la poesía se desplegara sin trabas: sólo entonces, liberado de toda coacción, el elegido podría escuchar y luego transmitir la voz exclusiva que hablaba a través de él.

Son mis propias palabras y mis propias conjeturas, que acaso no les hagan justicia a sus ideas. Postulo de cualquier modo que Geoffrey no había reparado en que el caos, si es de veras absoluto, remeda al orden. Postulo que tampoco había previsto que, de tanto afanarse en ser libre, quedaría esclavizado a su afán de libertad.

El hecho es que una mañana, con intenciones no enteramente altruístas, lo acorralé en el *dúplex* de la rue Mazarine para que me mostrara sus poemas. Yo estaba dispuesto a perdonar, incluso a negar, que fueran malos. Comprobé en cambio que eran pocos. Insuficientes, aun añadiendo los fragmentos menos inacabados, para componer un solo libro susceptible de vindicarlo como escritor.

118

Un ambiguo malestar, en el que recíprocamente se potenciaban pero también se combatían la propia culpa y la vergüenza ajena, me mantuvo alejado de Geoffrey durante varios días. Pensé en decirle con toda franqueza que yo lo apreciaba por lo que era, no por lo que aparentaba. Pero supuse que él, sin desdeñar forzosamente el aprecio franco, prefería acaso una hipócrita complicidad.

Nada me obligaba a rehusársela. Yo no era el mecenas de Geoffrey y me daba igual qué hacía con su dinero. Yo no era crítico de literatura en lengua inglesa y me tenía sin cuidado la obra de un presunto autor irlandés. Yo no era moralista y valoraba la superchería, como todos los medios, según los fines más o menos razonables que permitiera alcanzar.

El problema no estaba pues en mi voluntad de asumir el papel de comparsa en la ficción de que Geoffrey se dedicaba en cuerpo y alma a la poesía. Estaba en que yo era culpable de haberlo desenmascarado. Estaba en que él, avergonzado no tanto de ser como de que yo lo supiera casi ágrafo, me juzgara incapaz de seguir suspendiendo voluntariamente mi incredulidad.

119

Debo a una costumbre frívola y a una circunstancia azarosa la ocasión de mentir con solvencia. La frivolidad estribó en acarrear a Laura al estreno en Francia de una película de asunto intergaláctico que ella con todo gusto se hubiera abstenido de ver. El azar dispuso que ese domingo a las dos de la tarde, mientras hacíamos cola en el boulevard Montparnasse para entrar en el cine más espacioso de París, Geoffrey surgiera de la rue de Rennes y avanzara distraídamente a lo largo de la fila de cinéfilos hasta emparejarse con nosotros.

Estábamos demasiado próximos para fingir que no nos habíamos visto. Después de un titubeo apenas perceptible Geoffrey estrechó la mano que yo le tendía. Instintivamente lo jalé hasta colocarlo a un paso de Laura. Entonces, con una voz enfática que no permitía dudar de que yo hablaba en serio y con mayúsculas, lo presenté como un Poeta. Él se quitó el *Borsalino* para hacer una caravana y su ingobernable pelambre bermeja refulgió en la grisura parisiense como una hoguera.

En vano insistí en que ya había comprado los boletos. En vano me ofrecí a invitar a Geoffrey y protesté que podíamos seguir platicando después de la función. Él y Laura, igualmente reacios a malgastar su tiempo en una secuela de la *Guerra de las Galaxias*, se habían enfrascado en un interrogatorio mutuo que me incluía sólo en calidad de testigo. Sin tomar en cuenta mis objeciones ni mis súplicas, la plática se trasladó con pleno desprecio del cine a Le Sélect, un café-bar que por motivos hoy irrescatables privilegiaban a principios del siglo XX los pintores cubistas y los escritores de la generación perdida.

120

Es posible que el fantasma pendenciero de Hemingway haya influido en mí. Lo cierto es que me pareció asistir no a un diálogo de amigos sino a una sesión de boxeo verbal en la que yo a mi pesar era el réferi.

Aunque hablaba en su tieso francés, Geoffrey en los primeros asaltos puso a Laura a la defensiva. Un comentario de tanteo le había revelado cuánto la desbalanceaban las opiniones sarcásticas de un lego acerca de los fundamentos o los métodos de la psicología.

Casi preví la estrategia que Laura, apenas recobrara el equilibrio, adoptaría en el contrataque. Cuando por fin adelantó sus armas imaginé que, para obligar a Geoffrey a subir la guardia, iba a preguntarle qué tipo de poemas escribía. Ella sin embargo fue más directa que mi silogística imaginación. Omitiendo una o dos premisas

superfluas le preguntó dónde había publicado su poesía, para juzgarla por sí misma.

Con los ojos tan encendidos como su melena Geoffrey acusó el golpe bajo. Momentáneamente admiré la certera intuición de Laura, que había pegado a ciegas donde más dolía. Luego, para evitar una caída que me hubiera arrastrado consigo, decidí ser parcial.

Estaba pensando qué diría exactamente en favor de Geoffrey cuando él retomó la iniciativa. Con una expresión retadora se acodó sobre la mesa para encarar a Laura. Desde esa postura favorable, en la que se afianzó al emplear su inglés compacto, sentenció bruscamente que la publicación era una forma de vanidad.

Ahora que estaban empatados, la noción elemental de equidad me exigía separar a los contrincantes. Elegí sin embargo intervenir alevosamente para determinar la victoria en una lucha desigual. Con desdén de mi propia experiencia, hecha de libros concretos y en cierta medida independientes de los propósitos de sus autores, me declaré partidario de una estética idealista que ponía la pureza de la concepción artística por encima de la mera obra de arte.

La lógica de mi argumentación era especiosa, pero su vehemencia intimidatoria eliminaba de antemano cualquier posibilidad de discrepar. Laura me miraba entre asustada y perpleja. Geoffrey apenas necesitó asentir, extender algunos razonamientos, modular ciertos énfasis, para que la balanza de la disputa se inclinara de su lado.

El mérito de despedirse de nosotros sin restregarle a Laura la derrota, que todos sabíamos injusta, le correspondió en cambio sólo a él. Para que esa cortesía de buen deportista y mejor ganador fuera perfecta, es decir invisible, no faltó sino que Geoffrey se retirara de Le Sélect en triunfal silencio, en vez de propinarnos la explicación tan inverosímil como innecesaria de que se iba a su casa a escribir.

121

Laura, comprensiblemente, estaba enojada conmigo. Fue inútil reconocer, mientras cenábamos, que ella y no Geoffrey tenía la razón. Fue contraproducente agregar, en el camino a su departamento, que yo al fungir como abogado del diablo no había querido oponerme a ella sino ayudar a Geoffrey. Esa noche Laura no dejó de admitirme en su cama y consintió incluso en que la masturbara repetidamente, pero al cabo de las semanas y de los meses continuaba reprochándome que hubiera sacrificado mis convicciones y sus sentimientos en aras de una idea torcida, casi homofílica, de la amistad.

Capítulo X

Como juguetes de guerra que un niño gigante acabara de arrojar ahí, dos vehículos blindados, una caseta de hormigón y una barricada de cemento y cascajo se yerguen de golpe tras un recodo de la carretera. Con la voz adelgazada por el miedo Monique pregunta si son guerrilleros, si pueden hacerles daño. Artigas, menos tranquilo de lo que aparenta, le explica que es un retén del ejército. Que no hay peligro. Que es un trámite ordinario. Una variante castrense de la inspección aduanal.

El teniente que se lleva al casco una mano oblicua, para hacer el saludo militar, no es prepotente pero tampoco amable. Al tenderle el pasaporte francés de Monique y su propia licencia de manejar, expedida en la ciudad de México, Artigas calcula casi inconscientemente que no debe de tener más de veintiocho años. Entonces se esfuerza sin éxito en recordar quién, y hace cuánto tiempo, le advirtió que sabría que ya estaba envejeciendo el día en que los médicos, los policías y los soldados le parecieran demasiado jóvenes.

Siempre que se dirige a Artigas, el teniente al final de cada frase agrega ceremoniosamente el título de *señor*. A Monique la llama con menos ceremonias *señorita* para pedirle que lo deje ver el interior de la guantera. Ella extrema la docilidad hasta el punto de tomar por su propia cuenta los papeles del coche y ofrecérselos por la ventanilla. El soldado los mira unos segundos, pero no se digna agarrarlos.

Tampoco le interesa examinar el contenido de la cajuela cuando Artigas le pregunta si debe abrirla. Con un ademán desdeñoso el teniente le devuelve los documentos de identificación. Luego abanica el aire con los dedos de la diestra extendidos apenas, a la altura de su pecho, para indicarles que pueden seguir adelante. Otros militares, que deambulan entre la caseta y la barricada, observan al Tsuru sin excesiva curiosidad.

-No era muy simpático -dice Artigas en cuanto el retén desaparece del espejo retrovisor.

-Pero sí muy guapo -dice Monique zureando como una paloma.

Artigas carraspea dos veces. Ni siquiera él mismo sabe si esos

sonidos guturales enlazados como sílabas expresan su asentimiento o una objeción. Se siente no precisamente ofendido. Sería mejor decir: defraudado. No porque a Monique le gustara el teniente. Tampoco porque haya reconocido sin empacho que le gustó. Lo que lo defrauda absurdamente es pensar que hace unos cuantos años, diez, incluso menos, a él, más bien al que era entonces Manuel Artigas, profesor expatriado y estrafalario, sólo por su aspecto le habrían revisado hasta la ropa interior para ver si no traía mariguana o, por qué no, armas. Ahora es muy obvio que nadie lo juzga sospechoso y, aunque nunca se lo confesaría a Monique, le duele un poco haberse vuelto respetable.

123

A los treinta años de mi edad, sin ser ya exactamente joven pero tampoco irreversiblemnte maduro, con un empleo apenas remunerador aunque no del todo fastidioso, con una credencial de residente que me autorizaba a vivir en Francia una década más, con la solidaridad de otros latinoamericanos que fomentaban el mismo desamparo, con la compañía intermitente de Geoffrey que nunca terminaba de irse ni de quedarse en París y con la inexplicable constancia de Laura, a quien me unían vínculos tan sólidos como el matrimonio pero sin la obligación de cohabitar y tan flexibles como la amistad pero sin el requisito de estar de acuerdo en nada, creí encontrarme en el mejor de los mundos posibles.

No tenía absolutamente ninguna desgracia que lamentar. Mis males, que se agrupaban en los debidos a la crónica penuria de dinero y en los causados por la perpetua desorientación existencial, eran muy relativos. Expuestos con cierta candidez no resultaban de hecho sino grados decrecientes de bien.

Que en esas circunstancias yo no hablara de felicidad obedecía a que vagamente la consideraba como una suma final, una especie de balance póstumo susceptible de referirse sólo a una vida entera. Desde hace algunos años creo saber en cambio que es una condición asequible en cualquier momento dado, aunque nadie o casi nadie la perciba en el presente. Sin este escrúpulo no me atrevería a decir, ahora, que en esa época ya remota y en todo caso irrecuperable fui feliz.

124

Mi contrato con la Universidad de Rennes se había extendido para abarcar por lo pronto un trienio. Siempre que coincidíamos en una junta del cuerpo docente, en un examen profesional o en una

asamblea de la Facultad de Ciencias del Hombre, a la que estaban adscritos los estudios literarios, el jefe del Departamento de Letras Modernas volvía a preguntarme cómo iba mi doctorado de Estado. Rara vez escuchaba mis respuestas evasivas hasta el final. Mientras yo impartiera mis cursos satisfactoriamente, mientras participara cada semestre o dos en algún congreso académico, mientras mi ponencia apareciera después en una publicación especializada, nadie me regateaba el puesto de profesor asistente de lengua y literatura hispanoamericanas.

A falta de razones más nobles para inducirme a redactar otra tesis de posgrado, mi jefe confiaba en que tarde o temprano yo también contraería la ecuménica ambición de tener una plaza permanente y un sueldo cada año mayor. No me urgía justificar ni desmentir esa confianza. Yo era a mi modo tan ambicioso como cualquiera de mis colegas. Pero a los treinta años ambicionaba algo confusamente mejor, menos definible y ordinario, que la mera prosperidad.

Dos hábitos o dos vicios que adquirí en esa época despreocupada ilustran la amplitud de mis incongruencias. Aunque me juzgaba ajeno a la superstición del éxito, no perdía una sola oportunidad de hacer públicos oralmente y por escrito mis conocimientos literarios. Aunque me creía libre de codicia, aceptaba cualquier traducción, por árido que fuera el asunto y corto el plazo de entrega, con tal de ganarme unos francos más. He olvidado cómo me las ingeniaba para que la necesidad de impresionar al prójimo y el cuidado de mi cuenta de ahorros se conciliaran en mi conciencia con el afán, inconfesado entonces y hoy confesable a duras penas, de ser un hombre eminentemente espiritual.

125

Tampoco recuerdo con plenitud por qué suponía que visitar una ciudad donde abundaran los museos y los edificios antiguos era una operación del intelecto casi tan provechosa como leer un libro y casi tan meritoria como escribirlo. El hecho es que lo poco que ahorraba, luego de reemplazar las prendas más gastadas de mi suscinto guardarropa y de permitirme un festín ocasional en un buen restorán, se me iba enteramente en viajar.

Nadie vive en la inabarcable geografía de un continente. Aunque yo llevaba muchos años en Francia, apenas conocía el resto de Europa. Empecé tentativamente por los países vecinos, a donde me desplazaba en cuanto hubiera vacaciones en la Universidad de Rennes y siempre que ninguna traducción urgente me anclara en París. Fui a Inglaterra una vez con Geoffrey, para acompañarlo en la primera etapa de uno

de sus periódicos regresos al Ulster. Fui también a Bélgica, a Holanda, a España y no sé en cuántas ocasiones a Italia con Laura, que incluso en la tierra natal de Petrarca se entercaba en nombrarse *Lorá*.

No enumero sin embargo estos viajes para ufanarme de la condensada cultura europea que exprimí de las guías *Michelin*. Menos aún los traigo a cuento para evocar nostálgicamente la edad en que una nueva experiencia me parecía no una amenaza de fastidio sino un motivo de previa fascinación. Los menciono nada más para explicar, en parte, por qué seguía pasando el tiempo sin que yo pensara en ir a México.

126

Pero a todo Mahoma le viene su montaña. Patricia llegó a París, casi inesperadamente, un martes de octubre de 1986. Digo casi porque me escribió para anunciar su visita. Agrego *inesperadamente* porque yo tenía tres años sin saber nada de ella y porque recibí la carta, con un matasellos indescifrable, el día anterior a su llegada.

Patricia no se demoraba en contarme qué había hecho desde la última vez. Una alusión a Los Manglares me daba a entender suficientemente que seguía viendo a Josemaría. Dos frases más explícitas me aclaraban que estaba cansada de todo, incluso de sí misma, y que no se le ocurría mejor forma de descanso que un viaje. El resto de la carta exponía sus planes en Europa.

Aunque no había pintado en mucho tiempo, o quizá porque no había pintado en mucho tiempo, Patricia quería empaparse de pintura. Apenas hacía falta explicarme por qué deseaba empezar por París, es decir por el Centro Pompidou y el Jeu de Paume y desde luego el Louvre, como antesala de Italia, donde pensaba dedicarse con toda calma y en ese orden a Venecia, a Florencia y a Siena en el camino a Roma. La última escala del itinerario aún no estaba decidida. Su boleto de avión era válido por dos meses y le daba la alternativa de regresar a México vía Madrid, es decir El Prado, o vía Amsterdam, es decir el Rijksmuseum. Ya vería.

Por lo pronto, una agencia de viajes le había reservado habitaciones en las cuatro ciudades italianas de su periplo, pero no tenía confirmada la de París. Si no era mucha molestia, me pedía que le consiguiera un hotelito barato y céntrico. Una posdata escrita con otra tinta y con letra apresurada me indicaba la hora, el nombre de la aerolínea y el número del vuelo en que Patricia iba a llegar.

127

Era lunes y conforme yo leía se escapaba la mañana. A cada relectura me sentía más perplejo. La intuición me aseguraba que las ambigüedades o las reticencias de la carta se debían a la simple incuria. El hábito de leer al pie de la letra, como si ninguna palabra y ningún silencio fueran ajenos a la voluntad del autor, me sugería en cambio que Patricia la había redactado maliciosamente para disimular sus verdaderas intenciones. De cualquier manera yo no acababa de entender por qué motivos conscientes o inconscientes ella me hacía responsable de su estancia en París.

Pasado el mediodía, mientras purgaba los excesos del fin de semana en un restorán universitario, un razonamiento sobrio me alivió de mis perplejidades. Pensé que a esa hora no había amanecido aún en México. Pensé que me sobraba tiempo para reservar un cuarto y llamar por teléfono a Patricia. Pensé que mi llamada, tan ambigua y reticente como su carta, se limitaría con idéntica malicia a proporcionarle los datos del hotel. Pensé que ese favor a medias la intrigaría sin ofenderla. Pensé que a ella le correspondería buscarme si necesitaba algo más de mí.

La tarde se me fue en localizar un hotel con vacantes, relativamente barato y donde aceptaran, en prenda de la reservación, un cheque de un extranjero sin otra garantía que una credencial de residente. Como el dios inasible de Blaise Pascal, París es vertiginosamente, para quien la visita por primera vez, un círculo cuya circunferencia está en todas partes y cuyo centro en ninguna. Yo supuse que a Patricia, apenas versada en la historia y la topografía de la ciudad, le sería indistinto quedarse en cualquier calle de cualquier barrio. Me empeciné sin embargo en ubicarla en el Sexto distrito, no lejos del Jardín de Luxemburgo, porque a mí en circunstancias semejantes me hubiera gustado adentrarme en el vértigo parisiense por ahí.

Tomando en cuenta la escala en Houston y la diferencia de huso horario, el vuelo de Air France debía despegar de México a las cinco p.m. locales de ese lunes. A las once de la noche hora francesa, cuando por fin me tendí en la cama después de no sé cuántas postergaciones, era demasiado tarde para encontrar a Patricia en su casa. Mi arbitrio, en la medida en que yo estuviera eligiendo y no meramente aplazando la elección, se debatía entre los muros convergentes de un dilema. O bien pretender que la carta se había extraviado en el correo y con ese drástico subterfugio averiguar si Patricia, a la deriva en París, se comunicaba de cualquier manera conmigo. O bien acudir al día siguiente al aeropuerto y acompañarla caballerosamente hasta la recepción del hotel.

El martes a las ocho de la mañana, luego de corroborar por teléfono que el avión venía en camino y llegaría con puntualidad a las catorce cuarenta y cinco, yo aún estaba indeciso. Por hacer algo se me ocurrió marcar el número de Laura. La sorprendió, incluso la molestó, oír mi voz cuando faltaban cinco días enteros para el domingo en que, según nuestra costumbre, nos reuniríamos otra vez. En represalia inventé que la había llamado precisamente para decirle que no podríamos vernos el próximo fin de semana.

Esperé hasta las nueve y media para recurrir a Geoffrey, que no era madrugador. Además de inoportuno fui prolijo al contarle mis preocupaciones. Sus bostezos intermitentes eran el único indicio de que había alguien al otro extremo de la línea telefónica. En cuanto se espabiló un poco propuso que después de la cena nos encontráramos en un café. Sin ocultar mi decepción le repetí ásperamente que no sabía si yo iba a estar libre esa noche. También le recordé, para que no siguiera insistiendo, que el miércoles y el jueves me tocaba trabajar en Rennes. Él, ya despierto, me hizo prometer que nos juntaríamos sin falta el viernes.

Por más que tardé en bañarme, en rasurarme con un cartucho nuevo, en bolear mis mejores zapatos, en planchar una y otra vez el cuello de la camisa y las rayas del pantalón, estaba vestido cuatro horas antes de la prevista. Para matar el tiempo fui hasta el hotel Recamier, en la place Saint-Sulpice, donde había hecho la reservación. No era necesario confirmarla. El insensato desplazamiento desde el Duodécimo distrito hasta el Sexto sólo tenía sentido si yo la cancelaba en persona para recuperar mi cheque.

Tres horas después, en el tren suburbano que me llevaba al aeropuerto de Roissy, razoné que en realidad no había decidido nada salvo acoger a Patricia como a una vieja amiga, poco menos que una hermana.

Tenía unas ojeras más profundas y purpúreas, que no se explicaban por el simple *jet-lag*. Su pelo, otra vez castaño, se abultaba ahora en rizos minúsculos que le ceñían la cabeza como una corona. En anticipación del otoño, o de la idea convencional del otoño, traía unas mallas de lana, una falta tableada de franela, un suéter de casimir y, sobre los hombros, una adusta gabardina. Se veía, en síntesis, ridícula y aseñorada para sus veintisiete años. Una obvia incomodidad y una torpeza mal disimulada la redimían sin embargo de la extravagancia de su atuendo. Segundos antes de reconocer a Patricia la vi de lejos y pensé en una actriz primeriza que desempeñaba imperfectamente el

papel de una mujer excéntrica y mayor.

Nos abrazamos. Para ser exacto: me echó los brazos al cuello y, con la boca demasiado cerca de mi oído, exclamó su sorpresa, su alegría y también su vergüenza de verme en el aeropuerto. Quise desechar con una frase ingeniosa su atropellada gratitud, pero ella hablaba incesantemente.

Al salir de un elevador topamos con dos policías que guiaban o más bien eran guiados por un aparatoso pastor alemán. Patricia se redujo a un brusco silencio mientras el perro olfateaba sus maletas. En cuanto nos cedieron el paso comenté con autoridad, como si yo fuera el único en saberlo, que en París estallaba una bomba cada tercer día y que todo extranjero, desde el punto de vista del gobierno francés, era un terrorista en potencia. Sin dejarme concluir mi comentario ella me confesó que en su bolsa de mano había varias cajetillas de cigarros escrupulosamente vaciados de su tabaco y vueltos a llenar de mariguana.

Luego de darle mi dirección al taxista declaré en español que no tenía caso gastar en un hotel. Como no hubo respuesta añadí, exagerando las virtudes de un sillón improvisado con tres cojines de hule espuma superpuestos, que en mi departamento había un sofá-cama. Patricia puso su diestra sobre mi mano izquierda para decirme, con una sonrisa que atenuaba anticipadamente la solemnidad o la cursilería de sus palabras, que no había venido a París a dormir. No dejó de tocarme hasta que el taxi se detuvo frente a mi casa. Tampoco, salvo para preguntarme cómo se llamaban las calles que recorríamos y las plazas que atravesábamos en el camino del bulevar periférico al Duodécimo distrito parisiense, volvió a hablar.

130

Era una de esas tardes septentrionales en que los volúmenes, como envueltos para regalo, se difuminan tras el celofán de una luz granulosa. Es decir: una tarde atomista en que casi se podían contar las partículas del aire. En resumen: una de esas tardes paradigmáticas del otoño parisiense que a fines del siglo XIX les inspiraron buenos cuadros a los pintores puntillistas y que cien años después no han cesado de sugerirles malas páginas a los escritores latinoamericanos.

Patricia, que había bramado de admiración al ver en los flancos de los bulevares las hojas bermejas de los castaños, se apresuró a buscar no supe qué cosas en una de sus maletas, usó con rapidez y sin quejas el excusado que se encontraba en un pasillo afuera del departamento, enjuagó su boca en el lavabo que era también el fregadero, se miró brevemente al espejo que había localizado en la puerta del único

clóset y proclamó al final de esa secuencia ininterrumpida que estaba lista. Exhausta pero lista. No quería desperdiciar un minuto más de su primera impresión otoñal de París.

En una de mis frecuentes ocurrencias anticlimáticas le dije que era mejor sacar de su bolsa el pasaporte, el boleto de avión, los cheques de viajero, todo lo que no necesitara traer consigo. Patricia coligió, no erróneamente, que me preocupaba la mariguana. Con expresión contrariada amontonó sobre la mesa sus documentos y, recuerdo por alguna razón la cantidad y el color y la marca, cuatro cajetillas rojiblancas de Marlboro.

Cuando ya habíamos bajado la escalera recapacitó. Hubo que subir de vuelta los cinco pisos. Hubo que utilizar otra vez las dos llaves. Hubo que volverse a acomodar. Nerviosamente Patricia manipuló una de las cajetillas de Marlboro para extraerle un cigarro más o menos indemne. Sin invitarme, sin reparar siquiera en que yo la miraba, se lo fumó hasta la mitad. Menos por mojigatería que por despecho me afané en dejar abiertas todas las ventanas para que en nuestra ausencia se ventilara el departamento.

131

Le di el *tour* de lujo. El que había ensayado años atrás en la única visita de mis padres a Francia y, en general, a Europa. El que a partir de ese experimento familiar había perfeccionado con los pocos amigos o conocidos mexicanos que tenían el acierto de buscarme si estaban de paso. El que por lo demás reservaba para las mujeres solas, de preferencia jóvenes y no necesariamente amigas ni conocidas ni siquiera mexicanas, a quienes en mi calidad de residente y de soltero y de ocioso selectivo me tocaba en suerte enseñarles París.

En el Metro la llevé hasta la estación Saint-Michel, en cuya bóveda recubierta de mosaicos se reproducen sin orden perceptible las firmas autógrafas de no sé cuántos escritores franceses de todas las épocas que yo, con ademanes desdeñosos, me ufané de identificar. En la catedral de Notre-Dame le expliqué primero los símbolos alquímicos de la fachada principal, ya en el interior comparé los rosetones con calendarios precolombinos, luego mencioné los presuntos orígenes célticos de las vírgenes negras mientras recorríamos el deambulatorio y antes de salir me detuve en la capilla donde, por motivos que también expuse con pedantería, se venera sorpresivamente a Nuestra Señora de Guadalupe Tepeyac. En el extremo poniente de la île-de-la-Cité la conduje a través de la place Dauphine, un escondido jardín con forma de triángulo isósceles donde evoqué las manías geométricas de Luis XIV, hasta una vinatería iniciática cuyo nombre he jurado no

divulgar. En el Pont-desArts, deslumbrado por un pintoresco atardecer sobre el Sena, hablé con elocuencia de Oliveira y de la Maga y, en un arrebato de genuino entusiasmo cortazariano, recité de memoria un párrafo completo de *Rayuela*. En un autobús que tomamos en el quai du Louvre nos dirigimos entonces, bordeando el río, hacia el barrio del Marais, donde guié a Patricia por un laberinto de calles estrechas que desemboca triunfalmente en el cuadrángulo arbolado de la Place des Vosges. Ahí, en un restorán francés a ultranza, aprovechamos la insólita tibieza de la noche para cenar al aire libre.

La última conferencia del programa turístico debía versar sobre las peculiaridades gastronómicas y enológicas de la carta de la Brasserie Ma Bourgogne. Un vestigio de autocrítica me hizo advertir sin embargo que la turista, además de seducida, estaba abrumada por mi inclemente erudición. Resolví contenerme. En vez de traducir y comentar sapientemente cada entrada y cada plato fuerte y cada vino, como había programado, me limité a componer un menú tradicional. Después eché mano de un recurso infalible para sacar del pasmo incluso al interlocutor más aburrido. No sólo le pedí a Patricia que me hablara de su vida y de su obra. También, con atención que no era siempre hipócrita, la escuché.

Recuerdo que Patricia mencionó sin petulancia una exposición, su primera individual y hasta entonces la única, pero no de óleos ni de acuarelas ni tampoco de dibujos al carbón, como yo podía haber supuesto, sino de una especie de vitrales, ella no quería clasificarlos ni acaso hiciera falta, ejecutados con una técnica mixta que consistía, si entendí correctamente, en aplicar varias capas de pintura acrílica, rebajada con esmaltes, a multiformes superficies de vidrio que se engastaban, de acuerdo con un trazo previo, en un emplomado. Porque soy incapaz de traducir una abstracta relación verbal en una concreta imagen visual, le pregunté si había traído alguno de sus trabajos. Me explicó que se habían vendido casi todos. Me explicó que eran al mismo tiempo demasiado frágiles y demasiado voluminosos para transportarlos en una maleta. Me explicó muchas cosas más que ya no retuve por estar atento a la ensalada perigordina con paté de hígado de ganso.

Recuerdo que de pronto Patricia se estaba refiriendo al terremoto de 1985, con una frase espuria que otra generación de nostálgicos había patentado para añorar el movimiento estudiantil del ‘68, como un parteaguas en su historia. En cuanto admití que yo apenas había entrevisto la catástrofe en los noticieros de la televisión francesa y en las fotografías de la prensa internacional, me confió que a nadie que ella conociera le había sucedido nada irreparable. Mientras atacaba

los filetes de pato a las tres pimientas con papas gratinadas barrunté que el susto legítimo, la tragedia experimentada sólo vicariamente y quizá la sincera vergüenza de estar sana y salva le habían dado motivos suficientes para volver a Los Manglares con el pretexto de alejarse durante varios meses del Distrito Federal.

Recuerdo unos minutos pesarosos en que Patricia se quejó de lo difícil que era vivir en un lugar tan chico y tan aislado. De la hostilidad de la gente de la provincia contra los capitalinos, que resultaba todavía peor si los provincianos eran varones y los intrusos de la capital, mujeres. Cuando quise saber si hablaba no sólo de Los Manglares sino de Josemaría, de cómo él la trataba a ella específicamente, su respuesta irreflexiva fue asentir. Luego atenuó esa denuncia precisa, personal, con una serie de opiniones genéricas sobre el arquetipo del Macho Mexicano que yo no objeté, entre otras causas menos inmediatas, porque la tarta *tatin* de manzana caliente con helado de vainilla se deshacía gloriosamente en mi boca.

Recuerdo que al final de la cena, ya harta o quizás arrepentida de glosar su propia historia, Patricia se interesó en la mía. Casi nadie, en circunstancias análogas, se hubiera hecho del rogar. Pero no voy a repetir qué le dije de mi vida intelectual, de mi vida amorosa y de mi vida a secas. Me conformo con establecer que no fue forzosamente más fidedigno que lo que ella me había contado y que buena parte de mi elocuencia confesional se debió, como en menor medida la suya, a las dos botellas del gárrulo tinto de borgoña que el capitán de meseros me aconsejó ordenar.

Un taxi fue el último dispendio que me autorizó mi galantería. Más que acomodarse Patricia se desplomó a mitad del asiento posterior. A empujones me fui haciendo un hueco en el coche mientras ella farfullaba unas verdades inconexas sobre su odio a los viajes largos y su escasa tolerancia al alcohol. Súbitamente se recostó en mi hombro, con los ojos entrecerrados y la boca entreabierta. Pensé que era una forma quizá demasiado gráfica de pedirme que la besara. Pensé alternativamente que estaba borracha. Acababa de inclinarme por la primera hipótesis cuando el taxista anunció que habíamos llegado.

Apenas entramos en mi departamento Patricia volvió a salir, en dirección al baño. Aproveché su ausencia para cerrar las ventanas, redistribuir los tres cojines de hule espuma que componían el sofá-cama y tender unas sábanas. Patricia, que regresó del pasillo cuando yo laboriosamente enfundaba una almohada y un edredón, me miró no supe si con suspicacia o con ternura.

Yo estaba cansado y sin embargo inquieto. El vino me sostenía precariamente en el fiel de una balanza donde se contrapesaban la saciedad y el arrojo. Parecía natural, en esas condiciones vacilantes, que el próximo paso se me presentara bajo la especie de una disyuntiva. Necesitaba y quizá debía dormir sin mayores afanes el plácido sueño del embotamiento. Pero también deseaba y con suerte podría, para llamar las cosas por su nombre, coger.

134

Sin descartar por lo pronto ninguna posibilidad insistí en que Patricia estaría más cómoda en mi recámara. Ella rechazó ese sacrificio o esa insinuación hasta donde la obligaban las normas no escritas de la decencia. Luego reconoció, con cierta ambigüedad, que estaba rendida. No aludió sin embargo al hecho evidente, que tampoco me rebajé a señalar, de que en mi cama cabíamos los dos.

De puro nervioso no me atuve a decir con naturalidad que iba al excusado, sino que acompañé esa declaración inequívoca con un pulgar y el índice correspondiente dispuestos en pinza, como si sujetara una canica invisible, para significar que sólo tardaría un instante. Yo esperaba, yo quería, que Patricia mientras tanto se desvistiera y se acostara. No había previsto que se embutiría en un otoñal camisón de franela, ni que su cuerpo arropado hasta el cuello y los puños usurparía la mayor parte del colchón. Todavía esperé, todavía quise, que me invitara a su lado sin necesidad de pedírselo. Me tomó varios segundos sospechar que ella también estaba esperando, aunque acaso pudiera no querer lo mismo que yo.

Para darle y darme una coartada capaz de aplazar la mutua decepción, sentencié inapelablemente que Patricia se estaba muriendo de sueño. Me pareció que iba a alegar no sé qué cosa en su propia defensa, pero un voraz bostezo se tragó sus palabras. Antes de que ella recuperara el habla apagué la luz. Una inacabada protesta, que ya tenía la lentitud y la gravedad del ronquido, me alcanzó mientras cerraba la puerta de mi recámara. En la pieza contigua me desnudé resignadamente y a fuerza de torsiones fui amoldando la curva de mi espalda a las irregularidades del sofá-cama.

135

El tiempo era una sustancia tibia y tersa, que gravitaba alrededor de mí con la liviandad de un edredón, cuando unas voces distantes me sacaron del duermevela. Mientras buscaba con qué cubrir mi desnudez, de la que había vuelto a ser consciente, oí que Patricia en

efecto estaba gritando. Apenas terminé de anudar el cinto de mi bata de baño entré de golpe en la recámara. Los gritos cesaron en cuanto encendí la luz.

Patricia estaba ovillada sobre la cama en postura fetal, de cara a la puerta. En el remolino de cobertores donde se hundía su cuerpo volcado en sí mismo sobrenadaban solamente una mata de pelo hirsuto y unos ojos azorados. Bastó con preguntarle si se sentía bien para que rompiera a llorar. Se me ocurrió, quizá porque había leído en más de una novela que las lágrimas respondían a ese remedio homeopático, ofrecerle un vaso de agua. Como no lo rechazó, fui a la cocina a traerlo. Ella consintió en beber, pero entre sorbo y sorbo seguía sollozando.

Por fin logró hablar, confusamente. Dijo que había tenido una pesadilla. Dijo que recordaba una caída interminable. Dijo y apresuradamente intentó callar los nombres de Josemaría. Yo no experimenté, ni por consiguiente mostré, la menor incomodidad, ni siquiera un asomo de extrañeza. Patricia sin embargo debe de haberse creído culpable de agraviarme, porque las pocas frases que consiguió pronunciar de ahí en adelante fueron todas para pedir perdón.

136

Lo peor de ser ofendido real o presuntamente no es casi nunca la ofensa misma, sino la obligación moral de exculpar e incluso consolar a los ofensores. Yo en ese momento, enajenado por su tenaz contrición, me sentía en deuda con Patricia. Para resarcirla palpablemente dejé sobre la mesa de noche el vaso que la había ayudado a sostener, me senté en la cama a su lado y empecé a acariciarle el pelo. Ella reaccionó a mis caricias con unos sobresaltos rítmicos que podían deberse tanto a la recrudescencia de los sollozos como a un brote de hipo.

Fui compasivo hasta donde pude. Pero mi compasión, tentativa como la pena que la suscitaba, propendía inexorablemente a degenerar en una mera pasión. Cada vez me conmovían menos los sentimientos inasequibles para mí en la recóndita cabeza que acariciaba. Cada vez me distraían más las nalgas no absolutamente vedadas a mi vista ni a mi tacto por el camisón de franela.

La prueba definitiva de mi hipocresía fue una vergonzosa erección. Estaba ocultándola bajo la holgura de la bata cuando noté que mi disimulo era superfluo. Patricia, según manifestaban sus párpados cerrados y su respiración morosa, se había adormecido. De cualquier manera tuve la precaución de darle la espalda mientras me levantaba silenciosamente de la cama.

Apagué la luz de nuevo, pero no cerré la puerta de la recámara al salir. Un cálculo optimista me ayudaba a creer que había muchas probabilidades de que Patricia, desmadejada por el *jet-lag*, tuviera otra pesadilla. Sentado contra la pared sobre los dispares cojines del sofá-cama esperé largamente ese desenlace. Pero a medida que la espera se prolongaba fui perdiendo el optimismo y poco a poco me deslicé hasta la postura horizontal. Entonces quedó a la deriva la esperanza y mi cuerpo extendido se sumergía bajo la corriente de un revuelto mar de sábanas. El sexo, altivo como un mástil, fue lo último en naufragar.

Capítulo XI

Sin otro fundamento que el vuelco de la sangre en su pecho al acometer esa curva, Artigas postula que fue ahí. Tiene que haber sido ahí.

Todos los datos topográficos fomentan su corazonada. Para empezar: el trazo defectuoso del peralte, que multiplica la fuerza centrífuga en vez de contrarrestarla. Luego: el ángulo demasiado estrecho de la vuelta, al que él se ajustó con cierta dificultad aunque venía despacio y de subida, y que debe de ser traicionero, poco menos que ingobernable, si uno baja velozmente en la dirección contraria. Por si fuera poco: el hule catedralicio, erguido casi en la cuneta, de modo que constituye un obstáculo para quien venga de bajada por el carril interno, además de que sus ramas y sus anchas hojas ocultan los defectos de la curva. Y para rematar, en los dos sentidos del verbo: el despeñadero de diez o doce metros de profundidad, desde cuya cima se divisan, al cabo de ya no muchos kilómetros de una llanura accidentada y feraz, unos parches de selva y unas manchas lacustres que bien podrían ser Los Manglares.

Monique, que salió a regañadientes del coche y arrastró los pies hasta el punto donde Artigas se entrega a sus contemplaciones, admite que el esfuerzo valía la pena. No va a negar que la vista desde ese improvisado mirador es magnífica. Pero en las dos horas y pico que llevan manejando han pasado por decenas, quizá cientos de sitios igual de pintorescos o incluso más, y ella francamente no entiende por qué él escogió demorarse en éste que ni siquiera es el mejor.

-Todo a su tiempo -dice Artigas-. Por lo pronto basta con saber que estoy seguro de que este lugar, esta curva entre tantas otras, con ese árbol que la complica y el precipicio que la potencia hasta el infinito, forma parte de mi historia.

-Yo creía que nunca antes habías estado aquí -dice Monique.

-Es la primera vez -dice Artigas. Y luego de unos segundos de reflexión-: No podría explicar de dónde sale mi certeza.

En los años previos a mis cuarenta yo acostumbraba a despertarme ensimismado, taciturno, hasta pendenciero. Un buen humor categórico, a prueba de toda experiencia, me aliviaba sin embargo de mis costumbres a la mañana siguiente. En cuanto abrí los ojos no sólo me propuse ser tolerante, comprensivo y amable con Patricia. También me prometí que ninguna circunstancia, por más ajena que fuera a mis apetitos, podría contrariarme.

No me molestó en efecto haber dormido poco. No me irritó el dolor de cabeza, atribuible tanto a la falta de sueño como al exceso de vino. No me desagradó el áspero regusto de una aspirina efervescente. No me destempló bañarme como siempre en la cocina, trepado en el fregadero, bajo un raquítico chorro de agua que a ratos se enfriaba. No me incomodó vestirme sin hacer ruido en la sala, con la ropa incongruente que había sacado a la carrera de mi cuarto la noche anterior. No me fastidió bajar cinco pisos, caminar hasta la esquina, volver al edificio y subir de nuevo cinco pisos con el propósito quizá prescindible de ofrecerle a mi huésped unos típicos croissants. No me enojó darme cuenta entonces de que la cafetera eléctrica, que creía haber puesto en marcha, estaba desconectada. No me enfureció por último que la leche hervida se derramara en la charola donde yo acarreaba trabajosamente el desayuno.

Tampoco me frustró que Patricia, amodorrada y lagañosa, se limitara a mordisquear con desgano la punta de un croissant, ni que dejara entibiarse casi intacto un bol donde había vertido más leche que café y más azúcar que leche, ni que se abstuviera de agradecer o cuando menos de fingir que apreciaba mis atenciones. Tal vez resentí por un momento que entre bostezo y bostezo me preguntara sin preámbulos por qué, si yo anoche estaba visiblemente dispuesto y deseoso, no le había hecho el amor. Pero me pareció que en el ronroneo de su voz había un lamento, no un reproche o una burla, y respondí con sinceridad que prefería esperar a que ella estuviera tan deseosa y dispuesta como yo.

Apenas me quedaba tiempo de alcanzar el tren en la estación Montparnasse. Mientras cerraba mi maleta le di a Patricia unas rápidas instrucciones de uso de París. Ella, que oía sin atención esa nómina de museos, restoranes, cafés y líneas del Metro, quiso saber en cambio a qué hora regresaría yo de Rennes al día siguiente, para esperarme. Cuando nos despedimos me besó en la boca. La suya sabía a leche, a café, a pan, a sueño y un poco a vinagre, pero yo disfruté indeciblemente esos sabores incompatibles con el de mi pasta de dientes.

Ya en la calle estuve a punto de hacer el ridículo. Si mi voz hubiera sido buena, incluso medianamente entonada, temo que me habría puesto a cantar.

139

A las diez de la noche del mismo miércoles marqué mi número de teléfono. No tenía nada en particular que decirle a Patricia. Sólo quería cerciorarme no tanto de que ella estaba bien como de que ella también pensaba en mí.

Me contrarió que nadie, ni siquiera la grabadora que por lo visto se me había olvidado dejar encendida, contestara en mi departamento. Para ser honesto: me entristeció. Pero no llegué a preocuparme. Supuse primero que Patricia debía de estar cenando en uno de los bistrós que yo le había recomendado. Luego razoné que muy pocas mexicanas son capaces de ir solas a un restorán. Deduje entonces que ella debía de estar durmiendo profundamente, anonadada todavía por el *jet-lag* y además por un día completo de turismo riguroso en París.

A mí en cambio me desvelaba la impaciencia. A la una y cuarto en que consulté el reloj por última vez seguía contando regresivamente las horas que faltaban para ver de nuevo a Patricia. Me abstuve sin embargo de imaginar sus manos o su boca o su sexo en torno del mío, como había hecho en otra época, cuando empecé a acariciarme.

Fue en cierto sentido una sesión de terapia psicológica, para conjurar el fantasma de la impotencia que me había anulado tres años antes. Fue al mismo tiempo un ejercicio de profilaxis fisiológica, para disminuir el riesgo de que varias semanas de abstinencia desembocaran a la noche siguiente en una eyaculación prematura. Me masturbé en todo caso como si orinara, desapasionada pero concienzudamente, sin culpa ni dedicatoria, hasta quedar satisfecho y dormirme al fin.

140

El jueves a las ocho y media de la mañana, a punto de irme a la universidad, pensé otra vuelta en llamar a Patricia. Mientras el timbre de la línea telefónica sonaba por primera vez se me antojó decirle con toda franqueza que la había llamado, que la había extrañado la noche anterior. Volví a pensarlo. Cuando sonó por segunda vez ya no me parecía prudente ser tan franco. Seguí pensándolo y colgué antes de que acabara de sonar por tercera vez. Para explicar lo inexplicable diré con alegórica irresponsabilidad que un demonio, en su acepción socrática, me soplaba repetidamente a la oreja que yo mismo había anotado en una tarjeta el número de teléfono del Hotel de la Gare en Rennes y que Patricia sin embargo no había movido un dedo para llamarme.

No pensé de nuevo en ella hasta pasadas las seis de la tarde en que

me acomodé en el tren. Más que su alma o incluso que su cuerpo me obsesionaban los efectos deletéreos que su mera inminencia tenía en mí. Yo había necesitado varios años no para olvidarla sino para aprender a recordarla innocuamente. Patricia en cambio me había desquiciado en sólo dos días de estar conmigo a medias.

Según anochecía me fui convenciendo de que yo también podía sacarla de quicio. No ir directamente a mi departamento. Cenar antes, como habría hecho si Patricia no estuviera esperándome. Demorarme además en un café. Prescindir de justificaciones o disculpas, si la encontraba aún despierta. Y sobre todo no acostarme con ella esa misma noche, para hacerle ver que a mí, luego de tantas frustraciones, me correspondía el derecho de elegir cuándo y cómo.

Confieso ahora estos propósitos infantiles, que la vergüenza me aconsejaba callar, sólo porque flaquearon apenas abordé el Metro en la estación Montparnasse. Faltaban cuarenta y cinco minutos para las nueve de la noche en que le había prometido a Patricia que llegaría. Cuando bajé media hora después en la parada de Reuilly me agobiaba sin embargo una prisa incomprensible. Para no atropellar a los demás transeúntes me abstuve de correr las dos cuadras que me separaban de mi casa. Pero ya adentro del edificio no me privé de subir los noventa y tantos escalones de dos en dos.

141

Mi imaginación había prefigurado varias escenas alternativas de las que yo salía siempre airoso. Ninguna incluía ni remotamente la posibilidad de que la puerta estuviera abierta. Sin otra razón que la sorpresa temí que hubieran robado mi departamento. Fue inútil verificar, extremando la cautela, que no había nadie en el interior, que la cama estaba desecha y que, salvo por ese doméstico desorden, todas mis cosas permanecían en su sitio. En vez de tranquilizarme, esa cautelosa inspección me hizo temer aún más irracionalmente que había sucedido algo peor que un robo. Sólo cuando oí en el pasillo el chasquido de un brusco chorro de agua desenredé la trama de mi confusión. Patricia, ajena lo mismo a mi llegada que a mis temores, estaba en el baño.

Aunque yo era el que había viajado, fui yo extrañamente el que la recibió. A ese trastrocamiento se debió quizá que me atreviera a ser más efusivo de lo que había previsto. En cuanto Patricia regresó del excusado, con una cara un poco descompuesta que o bien traicionaba su asombro al verme ya en mi casa o bien era síntoma de una posible constipación, la abracé con toda la fuerza de una gratitud inexpresable, como si en efecto la hubieran secuestrado y un

milagroso azar me la devolviera sana y salva. Ella, que parecía desconcertada por mi efusión, me opuso unos segundos de silenciosa resistencia. Luego hundió la cabeza en mi pecho para dejarse abrazar.

Con un puño entreabierto alrededor de su barbilla la obligué a enderezarse. No me rehusó su boca, pero tampoco estiró el cuello para ofrecérmela. Mientras me agachaba a besarla creí ver que sus párpados se fruncían temblorosamente, como en anticipación de un dolor. Su lengua sin embargo no sólo obedeció a la mía, sino que comenzó a moverse con vida propia. Disimuladamente me reacomodé para que una mano quedara en libertad de buscar las pantaletas bajo la falda escocesa y las mallas de lana que Patricia, pese al clima templado, se empeñaba en usar. La humedad que fui palpando según avanzaba en esa búsqueda terminó de diluir mis aprensiones.

Era de cualquier modo muy difícil entender a Patricia. Primero había permitido que la palma de mi mano descansara tentativamente en su vellón, pero se crispó al sentir que un dedo insidioso resbalaba hacia adentro. Después había aceptado retroceder hasta la recámara en una compleja maniobra conjunta que semejaba un paso de baile, pero se puso rígida cuando traté de utilizar la inercia para acostarla en la cama. Por fin había consentido en tenderse sobre las sábanas desordenadas y aflojar sus músculos mientras yo levantaba la falda, mientras corría las mallas y las pantaletas hasta sacárselas por los pies, pero cerró las piernas bruscamente al intuir entre ellas el calor de mi aliento.

De ahí en adelante la entendí todavía menos. Por una parte me pedía que no, me ordenaba que no, me suplicaba que no, cada vez que yo quería zambullirme de boca en el pozo de vellos y humores que se arremolinaban a unos cuantos centímetros de mis ojos. Por otra parte sin embargo Patricia aprovechaba mi empuje para girar sobre su centro en una fuga imposible que la conducía irremediablemente de vuelta a mí.

Apenas entreví en dónde culminaría ese movimiento centrípeto, giré sobre la cama en sentido contrario. Antes de completar un semicírculo me encontré con la cabeza aún aprisionada entre los muslos de Patricia y con mis muslos ahora abiertos en compás alrededor de su cabeza. Yo fui el primero en alcanzar a tientas mi bragueta, pero ella liberó mi sexo del calzón.

Fue como si todo mi cuerpo, no sólo el miembro erguido hasta el dolor, se quemara y en el acto se congelara pero al mismo tiempo se fundiera en una sustancia ni ardiente ni helada, ni sólida ni líquida, ni áspera ni suave, que tenía algo de piel y algo también de entraña. Cada quien sin embargo está confinado en su propia carne y nada de lo que diga logrará que otros hombres ni mucho menos otras mujeres sientan lo que sentí cuando la boca de Patricia envolvió mi erección. Me restrinjo a señalar que ella, concentrada en lo que hacía con la lengua y los labios, fue descuidando la tensión de sus piernas hasta que por fin, en un movimiento reflejo que adaptaba simétricamente a su anatomía las sensaciones que yo experimentaba, pude lamerle el sexo.

Sólo de pensar en él, hoy me da náusea el olor rancio que invadió mi nariz. Nada más con recordarlo, hoy me asquea el sabor amargo que impregnó inmediatamente después mi saliva. Pero en ese momento yo ignoraba lo que supe después y sin ninguna repugnancia admití, incluso aprecié, los efluvios de Patricia con la misma naturalidad con que admitía, incluso apreciaba, otras imperfecciones corporales como su pecho raquítico, su cintura apenas existente y sus muslos demasiado gruesos que habían vuelto a tensarse en torno de mi cabeza.

Un fallido intento de encontrar una postura menos incómoda probó que ya no me oprimía para impedir que me acercara más a su sexo, sino para mantenerme a la fuerza en mi lugar. Me avine a darle por su lado. No me disgustaba sorber infinitamente a Patricia mientras ella infinitamente me sorbía. Sí me extrañaba y hasta me desesperaba que Patricia, al cabo de quién sabe cuántos años de aplazarlo, no me dejara entrar en ella de una vez.

Toda mi desesperación y buena parte de mi extrañeza quedaron abolidas en pocos minutos. Como si obedecieran a las notas paralelas de una partitura, los ritmos de nuestras libaciones recíprocas se fueron acoplando. Apenas hubo tiempo de advertir que nos apresurábamos irreversiblemente hacia un mismo acorde final. Patricia, suspendida en un trance espasmódico, estuvo a punto de asfixiarme y también, en el instante penúltimo, de morderme. Yo, sacudido por esas vehemencias, me derramé sin tino en el suéter de casimir que ella aún traía puesto.

144

Ya dije que a Patricia le habían bastado menos de dos días de estar conmigo para desquiciarme. Agrego ahora que en una noche y un día más de estar sin mí se había adueñado de mi departamento. Desde la

cama revuelta en donde yo dudaba entre acabar de desvestirme o bien volverme a vestir, la vi ocupar con inconsciente autoridad un territorio que había sido mío. No actuaba sólo como si ella literalmente estuviera en su casa. Me ignoraba como si además de mis cosas y de mi espacio me poseyera también a mí.

Mientras Patricia se quitaba el suéter manchado, el superfluo brasier y la falda, su mirada fugitiva escurría hasta el único espejo de la recámara, que licuaba la cara interna de una de las puertas del clóset. No miró una sola vez a la cama desde donde yo veía aumentar su desnudez. Tampoco me pidió permiso después para ponerse mi bata de baño, ni me avisó que iba a la cocina, ni tuvo necesidad de preguntarme dónde estaba el detergente con el que, según inferí del chapaleo sistemático que llegaba a mis oídos, lavó el suéter.

Pasaron varios minutos, suficientes para convencerme de que no sería precisa una nueva erección. Cuando Patricia regresó por fin a la recámara yo estaba laboriosamente empeñado en subir el cierre de mi pantalón sin levantarme de la cama. Me adelanté a ridiculizar la postura de contorsionista en que me encontraba, pero ella sin hacerme caso vino a sentarse junto a mí. Sólo entonces noté que tenía uno de sus falsos Marlboros encendido entre los labios.

Supongo que, mientras fumaba abstraídamente, Patricia debía de estar pensando en alguien que no era yo. De otro modo hubiera recordado que nunca me gustó la mariguana. Yo por mi parte pensaba en ella, en nosotros dos, en todo salvo en lo que hacía en aquel instante. De otra manera no habría aceptado inadvertentemente ese cigarro apestoso, ni aspirado el humo con tanto ahínco que terminé por toser.

145

Sin ser experto en la materia sé cómo casi todo el mundo que la falta de saliva, la irritación en los ojos y la extrañeza general de habitar en un cuerpo figuran entre los efectos más comunes del consumo de mariguana. Ignoro en cambio hasta dónde es lícito atribuirle a la misma causa y sólo a ella las sensaciones no estrictamente físicas que padecí esa noche.

Caben pocas dudas acerca de la curiosidad en que todo se originó. Si la mariguana no me hubiera abierto las puertas de la percepción, según reza la fórmula clásica de Aldous Huxley, yo probablemente no habría advertido, en las sábanas revueltas entre mis piernas, unas huellas sutiles que, a juzgar por su textura y por su ubicación, no eran recientes ni, por lo tanto, tampoco mías. Si yo además no me hubiera inclinado a examinar de cerca ese fenómeno, con una cara que

imagino sólo estupefacta pero que puede haber parecido también suspicaz, es posible que Patricia por su parte no se habría resuelto a infligirme la confesión que venía postergando desde mi regreso de Rennes.

Entonces intervino una experiencia más dudosa. Yo recuerdo que intuí con precisión lo que Patricia iba a decirme. Recuerdo que lo sabía a ciencia cierta ya antes de haber oído una sola palabra. Recuerdo que, cuando ella acabó de pronunciar la frase que yo anticipaba letra por letra, tuve la inequívoca impresión de haberla escuchado por segunda vez. Pero frecuentar los escritos de Borges me ha enseñado entre muchas otras cosas que la memoria es inventiva y Laura, a quien consulté después sin detenerme en pormenores, me explicó persuasivamente que el *déjà vu*, o en este caso el *déjà entendu*, no tiene por qué ser un mecanismo parapsicológico ni, mucho menos, sobrenatural.

No quiero sugerir por consiguiente que nadie, empezando conmigo, posea o pueda adquirir en circunstancias especiales la facultad de leer el pensamiento ajeno. Afirmo nada más que, lejos de reaccionar con incredulidad ni siquiera con asombro, yo experimenté una alegría pueril, como si hubiera dado con la solución de un arduo acertijo, cuando Patricia confesó sin rodeos que había conocido a Geoffrey: mi amigo Geoffrey O'Hea.

146

Hasta ese instante el tiempo había marchado con narcótica lentitud mientras yo me le adelantaba. De golpe empezó a correr tan aprisa que me fui quedando atrás. A esta nueva experiencia o a este nuevo espejismo de la mariguana se debió quizá que yo tardara tanto en descifrar lo que cualquier otro varón habría captado de inmediato. Finalmente, con ironía demasiado previsible que ahora me abochorna repetir, le pregunté a Patricia si había conocido a Geoffrey en la acepción que la Biblia le da al verbo conocer.

Me pareció por un momento que ella, impedida por su propia estupefacción, no había entendido mi humor gnoseológico. Luego sospeché que simplemente no lo aquilataba. Una inclinación de la cabeza o un monosílabo habrían bastado para darle una respuesta afirmativa a mi pregunta. Patricia sin embargo eligió explayarse. No se limitó a admitir, con el eufemismo que solía emplear cuando hablaba de sexo, que había hecho el amor con Geoffrey. Ni siquiera se contentó con declarar corrosivamente que habían cogido. Como si esa locución inusual en su boca no fuera suficiente para irritar mis oídos, me informó además que habían cogido varias veces. Para ser exacta:

tres.

147

La primera había sido la culminación natural, casi espontánea, de una jornada pródiga en descubrimientos que comenzó con mi salida hacia Rennes y cobró su verdadero sentido un rato después, cuando Patricia, suponiendo con lógica intachable que podía ser yo, contestó el teléfono. Al cabo de una curiosa plática exploratoria, que rápidamente pasó de un francés aproximativo a la presunta inteligibilidad del inglés, ella confirmó que era mexicana y había venido a Europa a ver pintura, en tanto que Geoffrey le recomendó proceder de lo moderno a lo clásico y se ofreció a acompañarla al Centro Pompidou. A esa cita museográfica, que no me interesa reconstruir, la sucedió una caminata por la rue de Rivoli hasta el Hôtel de Ville y de ahí a la Île-de-Saint-Louis. El paseo turístico desembocó en una comida tardía o cena temprana, por lo demás baratísima, en un apretado restorán tunecino a media cuadra del boulevard Saint-Michel. La digestión del *cous-cous* y de un espeso tinto norafricano requirió a su vez de otra caminata. Este nuevo paseo, ya nocturno, los condujo por un itinerario no del todo errático hasta la puerta de mi departamento. De ahí a mi recámara sólo había un paso, que ambos consideraron desleal e incluso agraviante, pero que ninguno de los dos, pese a sus compartidas consideraciones, se abstuvo de dar.

La segunda vez había ocurrido a una hora indistinta de la madrugada. Con base en lo que Patricia me dijo y sobre todo en lo que calló, he imaginado repetidamente cómo ella y Geoffrey, que dormían abrazados, despertaron casi al mismo tiempo. La menos dolorosa de mis fantasías acerca de ese momento propone que ambos, empujados por la inercia del sueño, se ayuntaron sin discutir ni siquiera pensar qué hacían y en dónde. Lo más probable sin embargo es que lo hayan pensado, incluso discutido, y que no les importara mayormente encontrarse juntos en mi cama.

De la tercera vez habría preferido no saber nada. Ni que tuvo lugar ya cerca del mediodía. Ni que Patricia, luego de bañarse arduamente en el fregadero, estaba por fin vestida y lista para salir. Ni que Geoffrey, impermeable a los placeres de la higiene, se había limitado a remojarse apenas la cara y las manos antes de ponerse la ropa arrugada del día anterior. Ni que un mínimo contacto, por ejemplo el roce de sus dedos al buscar simultáneamente el picaporte de la puerta que daba al pasillo, había sido suficiente para devolverlos a la recámara. Ni mucho menos que después de esa última cópula, cuya intensidad se reflejaba aún en la mirada esquiva de Patricia, habían

salido a la calle sin demorarse en despedidas: no tanto, según colegí, porque se avergonzaran de sus actos como porque a ella le urgía recuperar una parte del tiempo perdido en París y a él no le interesaba permanecer en mi casa un minuto más.

148

Otra vuelta, por efecto de la mariguana o quizá de mis propios humores, percibí cómo la fábrica del tiempo se corrompía. Mientras Patricia hablaba entrecortadamente, los segundos consumidos por sus palabras y por sus silencios se habían dilatado en mi conciencia hasta abarcar la duración original de los hechos que comparecían en el relato. Apenas terminó de contar la historia de su triple encuentro con Geoffrey me pareció en cambio que todos los instantes posibles se condensaban en uno solo, brevísimo: un punto ya intemporal donde no cabía más que mi callada indignación.

Yo comprendía que Patricia y Geoffrey, capaces de interesarme y de atraerme cada uno por su lado, pudieran interesarse y atraerse también entre ellos. Acaso hubiera tolerado, luego de muchas reflexiones, que no se quedaran con las ganas de coger. Habría llegado incluso a disculpar, aunque sin olvidarlo nunca, que cogieran en mi casa. Por más que me esforzaba en ser moderno, en ser civilizado, en ser racional, no discerní sin embargo ninguna razón para perdonar que pocas horas antes de la hora precisa en que ella sabía que íbamos a vernos y muy probablemente acostarnos, Patricia hubiera cogido con Geoffrey, en mi cama, una última vez.

149

No supe cuánto había tardado en cerrarse el círculo de mis cavilaciones. Cuando volví a sentir que el tiempo transcurría ordinariamente yo estaba, como al principio, mirando las sábanas con morosa curiosidad. De golpe recordé que las había hallado en desorden al entrar en la recámara y ese recuerdo, unido a las manchas ahora explicables que tenía a la vista, me revolvió el estómago.

Con la intención de ser sarcástico le dije a Patricia que esperaba que por lo menos se hubiera vuelto a bañar. Ella me contempló ambiguamente. Creí que no entendía, o más bien se resistía a entender, lo que yo había insinuado. Por un momento me arrepentí de someterla sin ninguna prueba a esa insinuación prescindiblemente injuriosa. Pero el bochorno que encendió su piel después de unos segundos y la prisa con que entonces ocultó la cara enrojecida entre sus manos abolieron sin embargo toda ambigüedad. Patricia estaba

avergonzada, no ofendida.

Me levanté de la cama y precipitadamente me dirigí a la cocina. Llevaba en la nariz, con náusea ahora intolerable, el rancio olor que había husmeado entre las piernas de Patricia. Traía en la lengua, con asco ya infinito, el amargo sabor que había recogido en su sexo. Cuando me empiné en el fregadero sólo quería lavarme la boca tenazmente, hasta que no quedara en ella ni un asomo de esos efluvios ajenos. Pero yo estaba sugestionado por mis lucubraciones y quizá también mareado por la mariguana y, en cuanto la sangre se agolpó en mis sienes, empecé a vomitar.

Patricia se había sentado en una esquina de la cama, con la cabeza gacha y los antebrazos en cruz sobre los muslos. Apenas regresé a la recámara, fingiendo más alivio del que sentía, se puso de pie. Entonces vi sin conmoverme que ella tenía los ojos encendidos y la nariz también bermeja, como si hubiera llorado.

Para erradicar mis sinsabores yo había empleado quién sabe cuántos gramos de pasta de dientes ni cuántos centilitros de enjuague bucal. Aun así me revolvió el estómago que Patricia, que no podía no haber oído el fragor de mis regurgitaciones, quisiera besarme. Cuando se enderezó para poner su cara a la altura de la mía, alcé instintivamente el mentón y con los brazos en torno de su cuerpo la atraje hacia mí. Acaso pudo parecer que yo, regido por una noción higiénica de la caballerosidad, buscaba ahorrarle a ella el riesgo de sorber en mi saliva un residuo de vómito. La verdad es que en ese momento a mí me repugnaba la mera idea de probar su boca.

Porque tampoco sabía qué hacer con el resto de su persona la abracé denodadamente. Varias veces Patricia despegó su cara de mi pecho para rogarme que la perdonara, para decirme cuánto lo sentía, para jurarme que ni ella misma era capaz de entenderse. Yo volvía a apretarla contra mi pecho y por encima de su cabeza declaraba sin demasiada convicción que no había nada que entender ni que sentir ni que perdonar.

A ninguno de los dos le correspondió exclusivamente el mérito o la culpa de acabar con ese diálogo de sordos. Fue sin duda Patricia quien lo transmutó en un callado juego de manos al deslizar las suyas, como por accidente, debajo de mi camisa. Pero ella nunca se habría atrevido a acariciarme en esas circunstancias si yo por mi parte no le hubiera arrimado una nueva erección.

Minutos antes, al juzgar que Patricia se desentendía de mí, yo había vuelto a vestirme. Como si deseara corregir ese juicio que la condenaba no injusta sino erróneamente, ella se empeñó ahora en desnudarme sin mi auxilio.

Su torpeza en esos afanes no parecía simulada. Consiguió desabotonar sola el frente y los puños de mi camisa, pero necesité girar para que me la quitara por la espalda. Logró destrabar la hebilla de mi cinturón y con más esfuerzos bajar por su cuenta el cierre de mi pantalón, pero fue preciso sentarme y tenderle las piernas estiradas para que, luego de lidiar perentoriamente con mis zapatos, lo jalara por las valencianas hasta quedarse con él. Mientras Patricia buscaba dónde ponerlo me encargué yo mismo de los calcetines. Tuve sin embargo la cortesía o quizá la fatuidad de levantarme entonces de la cama y esperar a que ella, con las manos otra vez libres, arriara mis calzones hasta el suelo.

Aunque me turbaba estar completamente desnudo y parado en medio de la recámara, no quise promover ningún desenlace. Patricia, envuelta en la bata de baño, miraba mi sexo tieso como hipnotizada. De pronto lo sujetó, quizá con menos pasión que ternura. Yo de cualquier modo lo sentía pulsar casi inconteniblemente entre sus dedos. Ya estaba resignado, incluso dispuesto, a que todo culminara en una amistosa masturbación cuando ella con lentitud desesperante me fue soltando. Luego giró hasta darme la espalda con la obvia intención de que yo, como habíamos hecho a la inversa con mi camisa, le quitara la bata.

152

No podría decir exactamente cuándo tomé la decisión. Si fue desde el principio, al ver las nalgas de Patricia bruñidas por quién sabía cuántas horas de asolearse desnuda. O sucedió un poco después, en el momento impulsivo y quizá melodramático en que la agarré de los hombros y besé de arriba abajo la pendiente de su cuello. O acaso ella misma me mostró el camino al inclinarse hacia adelante y, con las manos apoyadas en la cama, aprisionar mi sexo entre sus muslos mientras yo, lamiéndole y a veces mordisqueándole la espalda, sopesaba desde atrás sus tetas levemente abultadas por la fuerza de gravedad.

El hecho es que, inconsciente de lo que ya se decidía en mí, empujé a Patricia sin violencia excesiva. Sólo quería obligarla a subir a la cama. Luego me arrodillé sobre las sábanas detrás de ella, recargué mi brazo izquierdo en su espalda para mantenerla en cuatro patas y, blandiéndolo con mi mano derecha como si fuera un puñal, enfilé mi

sexo contra el suyo.

Nada era todavía irreversible cuando Patricia, para recibirme, se empinó un poco más. Tampoco cuando me le encaramé con la intención de embestirla de golpe. Ni siquiera cuando recapacité y en vez de penetrarla se me ocurrió, con el miembro todavía empuñado en mi diestra, conducir de ida y vuelta el glande a lo largo de su vulva, como si intentara soldar con el cauterio de mi carne la cuarteadura que hendía la de ella. Pero en uno de esos vaivenes continuos, que nos encarrilaban juntos sin llevarnos a ninguna parte, mi sexo lubricado con tantas secreciones resbaló por inercia hasta rozar su culo y yo comprendí en el acto, de un solo envión, lo que azarosa o rencorosamente acababa de decidir.

153

Que Patricia no deseaba ni siquiera presentía lo que hice entonces se infiere no sólo del aullido que pegó de inmediato, sino también y sobre todo de la precipitación con que se volcó hacia adelante hasta tenderse de bruces en la cama. En pocas palabras: trató de escapar. Yo sin embargo había presentido y tal vez deseado torvamente su fuga. En el instante justo en que se lanzaba contra las almohadas me arrojé sin pensarlo en la misma dirección, de modo que caí encima de ella y con el impulso de nuestra caída simultánea terminé de empalarla.

Patricia volvió a aullar, quizá con más fuerza que antes. También, con una enérgica flexión de sus piernas, intentó zafarse otra vez. Sólo consiguió levantar la grupa hasta el punto en donde yo la agarré de la cintura para inmovilizarla. Después, aprovechando la conveniente inclinación de su cuerpo, la acometí como un perro a una perra.

Desde mi postura ventajosa la oí exclamar de muchas maneras y en tonos de diversa urgencia que la estaba lastimando. Yo sentí por mi parte que a cada acometida me despellejaba un poco, pero un ardor más hondo me impelía a seguir. Podría alegar que el sexo es siempre una forma voluntaria o por lo menos consciente de infligir y al mismo tiempo padecer sufrimiento. Prefiero admitir sin rodeos que en ese momento yo quería hacerle daño a Patricia. Prefiero agregar con sinceridad que sólo me habría detenido si ella espontánea o taimadamente me hubiera hecho creer que el suplicio le estaba gustando.

154

A la mañana siguiente mediaba entre Patricia y yo una engañosa calma, debida más al pasmo que a la concordia. Antes de cenar en

silencio los restos de un queso gruyère habíamos ejecutado unos imprescindibles ejercicios higiénicos, que consistieron para mí en lavarme con alacridad en el fregadero y para ella en demorarse infinitamente en el excusado. Luego habíamos dormido juntos en mi cama, sin abrazarnos pero sin rehuir la cercanía del otro.

Un escozor recurrente en el miembro era el precio de la violencia a que yo mismo me había sometido para violentar a Patricia. Ella seguramente estaba soportando peores molestias internas. La inflamación de sus párpados me recordaba en todo caso que la noche anterior no había dejado de llorar ni siquiera cuando la dejé en libertad. Ahora en cambio parecía tranquila, casi contenta, mientras se atareaba en llenar sus maletas con las cosas innumerables que había desperdigado en mi departamento.

Propenso a convertir cada casualidad en una costumbre y cada costumbre en un ritual, yo había comprado unos croissants y preparado el café. Patricia, fiel a sus propios caprichos, apenas se dignó a probar ese desayuno. Cuando por fin acabó de empacar sentenció que era una lástima que nos hiciéramos tanto daño. Asentí varias veces, calladamente, porque no se me ocurría nada que objetar. Como ella sin embargo seguía esperando alguna observación de mi parte, le aconsejé que no fuera a olvidar las cajetillas rojiblancas de Marlboro con su mariguana.

155

Una hora después nos encontrabamos frente a frente en el oscuro vestíbulo del hotel Recamier. Yo había llamado desde mi casa para explicar que siempre sí necesitaría el cuarto. Patricia había exclamado de admiración al ver los castaños ya amarillentos en la place Saint-Sulpice, la fuente con las estatuas sedentes de cuatro cardinales, la desaforada iglesia neoclásica cuya mole empequeñecía a los demás edificios.

Porque le urgía despedirse o porque no quería ser responsable de la despedida, Patricia dijo que ojalá yo pudiera y quisiera seguirle enseñando París. *Mi* París, según repitió con énfasis en el posesivo. Contesté ceremoniosa y esquivamente que estaba a su disposición.

Al darle un casto beso en cada cachete pensé, con una mezcla de tristeza y de rabia, que era la última vez que vería a Patricia en Francia. Luego de tantos años de evocar con arrepentimiento ese instante ya no sé si también intuí que sería la última vez que la viera. Punto.

Capítulo XII

156

-Es monstruoso -dice Monique.

Junto al coche, a punto de meterse de cabeza por la ventanilla del copiloto, una niña minúscula ofrece en venta una enorme iguana. Artigas se ha detenido en ese lugar porque vio a la orilla de la carretera una señal que proclama hacia la derecha, en la embocadura de un camino de terracería: Los Manglares 2 kms. La niña sin embargo se afana en creer que el Tsuru está ahí por interés en su mercancía y ahora se cuelga de la portezuela con tal de impedirle avanzar.

Llamándola a su lado con un ademán, Artigas le tiende unas monedas para que franquee el paso. Ella sonríe quizá desmedidamente al ver la reverberación y oír el tintineo del metal. En cuanto empieza a contar el dinero en sus manos diminutas, una parvada de niños alharaquientos surge de la maleza y se cierne sobre el Tsuru.

Monique, tan enternecida como asombrada, busca en su bolsa con la plausible intención de distribuir unas limosnas. Ese destello de caridad se extingue en el momento en que cuatro o cinco brazos escurridizos, como tentáculos de una fiera codiciosa y plural, irrumpen en el interior del coche para arremolinarse en torno del monedero.

—*Qa suffit* -grita Monique, sin darse cuenta de que en su contrariedad ha vuelto al francés.

—No pasa nada —dice Artigas, aunque tiene la precaución de subir el vidrio de la ventanilla a su izquierda—. Están jugando.

Por la expresión perpleja de su cara parecería que Monique se esfuerza en descifrar las reglas de ese juego incivil que continúa después de que ella a la fuerza cierra también su ventana, y Artigas acelera para internarse en el camino de terracería, y los niños apenas visibles en la polvareda corren detrás del Tsuru chillando como loros.

157

Entre agosto y septiembre de 1995, ejerciendo por inercia un hábito que había contraído originalmente con el propósito de no sentirme inerte, pasé varias semanas en México. Era la primera vez, desde 1987

en que yo aprovechaba mis vacaciones de verano para regresar cada año, que no tenía nada que hacer en el Distrito Federal. Quiero decir: nada urgente. Nada importante. Nada interesante. Nada siquiera útil para mi trabajo. Nada salvo un programa de televisión.

Sin contar otras muchas investigaciones de menor envergadura, en esos ocho años había exhumado de los acervos hemerográficos de la Biblioteca Nacional las miles y miles de páginas del *Diario* de Federico Gamboa que él dejó inéditas al morir en 1939, que *Excélsior* recogió íntegras en los cuarenta y en los sesenta y que José Emilio Pacheco rescató parcialmente a finales de los setenta. Luego, mientras un colega de apellido Uribe editaba esos escritos autobiográficos de valor desigual, que se publicaron en dos gruesos volúmenes a cuenta del gobierno mexicano, yo había hecho valer mi condición de lector no pionero aunque sí aventajado de la totalidad del Diario para redactar una copiosa disertación, quizá más historiográfica que literaria, a la que di el título cabalmente francés de *Intimidades de otro fin de siglo,* cuya vaguedad atenué con el subtítulo malamente castizo de *La vida, la obra y la época de Federico Gamboa*. Esa tesis me permitió optar por el doctorado de Estado en letras modernas, que acababa de conferírseme a la edad poco menos que precoz de treinta y nueve años. Finalmente yo había utilizado mis credenciales académicas para obtener por oposición una cátedra de literatura hispanoamericana en la Universidad de Nanterre, en las afueras de París, donde empezaría a trabajar en octubre siguiente.

158

Mi cansancio había empezado al despedirme de los demás profesores y de mis últimos alumnos en la Facultad de Ciencias del Hombre de la Universidad de Rennes. Después de mudar mis muchos libros y mis pocos muebles al departamento de tres piezas que había rentado en el Decimotercer distrito parisiense, a una cuadra de la estación Port-Royal del tren suburbano que iba con un solo trasbordo a Nanterre, yo estaba exhausto. Apenas tuve fuerzas para hacer una maleta y tomar el avión a México.

En cuanto llegué a donde teóricamente podría descansar, me agobió una sensación negativa de pura oquedad. El arrepentimiento fue colmando ese vacío mientras yo recorría el Viaducto en un taxi que me llevó del aeropuerto a la colonia del Valle. En el trayecto pensé con nostalgia más bien teórica en la ciudad de México que había gozado y padecido a fines de los setenta. Pensé no sin cierta arrogancia que el Distrito Federal a donde yo regresaba ahora no tenía, con excepción del trabajo y de ciertas personas, ningún

atractivo mayor para mí que la certeza de que me iría otra vez. Pensé ya en pleno esnobismo que hubiera preferido pasar mis vacaciones en las Cícladas, en las Baleares, incluso en Córcega.

Apenas instalado en la recámara que de acuerdo con mi madre seguía siendo mía, lamenté mi falta de carácter. Me recriminé mi ineptitud casi fisiológica para rehusarme a tiempo. Maldije sobre todo la tenacidad de Xavier Valtierra, que en una inexorable llamada de larga distancia me había persuadido de viajar como cada año a México: no, según mi costumbre, para emprender otra investigación libresca, sino esta vez para ayudarlo a filmar una serie acerca de la época porfiriana en el programa de televisión, cultural según los legos, o descaradamente político según los intelectuales, que él conducía con indisputado éxito de *rating*.

159

El hombre que me recibió en una alta oficina con ventanales panorámicos, donde en días despejados como ése comparecía entero el Ajusco, no desdeñaba impresionarme pero también quería hacerme sentir en confianza. Había colgado el *blazer* en el respaldo de su sillón giratorio. Había desabotonado el cuello de su camisa hecha a la medida y aflojado el nudo de su corbata de seda italiana con dibujos de elefantes de vaga inspiración hindú. Había venido a abrirme la puerta, la había cerrado a mi espalda y ahora me invitaba a tomar asiento no frente a él, del otro lado de su vasto escritorio, sino junto a él, en una mullida sala con sofás forrados de cuero donde, según me informó con redundancia, estaríamos más a gusto. Mientras me preguntaba si podía ofrecerme un café o un refresco observé que en su cabellera, tupida como siempre aunque recién cortada a ras del cráneo, las canas habían desaparecido bajo un tinte inverosímilmente natural.

Cada vez que volvía a verlo en mis periódicas visitas a la ciudad de México o en sus escalas intempestivas en París me dominaba durante los primeros segundos la misma extrañeza. No importaba que él tuviera cuando menos cinco años de vestirse, de aliñarse y de conducirse como un empresario cultural. Yo, por un recóndito capricho de la memoria, tardaba siempre un poco en conciliar esa imagen presente y acaso definitiva con mi recuerdo íntimo y ya remoto de Xavier Valtierra.

No es que yo echara de menos al otro, al hombre de letras que había creído conocer antes de su mutación. El aspecto denodadamente juvenil con que Valtierra había mantenido viva la tradición

iconoclasta del ‘68, y que a mí me parecía provocador y hasta seductor a sus cuarenta y tantos años, se había reducido a ser anacrónico si no ridículo y aun lastimero a sus cincuenta y pico. Las dos novelas que le habían conferido la reputación de escritor, y que yo encontraba ilegibles desde el principio, no podían, por mero cálculo de probabilidades, sino ser más farragosas que los artículos de fondo y las crónicas de superficie que él publicaba casi a diario en la prensa y luego recogía en libros que, a cambio de la fama perdida entre sus colegas y rivales, le granjeaban una creciente popularidad. De las conferencias que dictaba ocasionalmente en la Facultad de Filosofía y Letras yo sólo sabía que siempre estaban abarrotadas, pero pude comprobar que su desempeño ante las cámaras de televisión no era tan pedante como los cursos académicos en que me había correspondido ser su asistente.

A mí, que veinte años atrás lo había respetado e incluso admirado sin quererlo, el individuo que ahora simulaba no estar orgulloso de su oficina ni de su ropa ni en general de su éxito me resultaba más querible o, para no caer en exageraciones, menos antipático que su previo avatar. Si no lo admiraba ni siquiera lo respetaba como antes, tampoco lo despreciaba como otros profesionales de la literatura. A punto de cumplir cuarenta, yo también había cambiado. Entre las muchas limitaciones que había aprendido a sobrellevar estaba mi envidia por Xavier Valtierra. Para hacer más aceptable esa bajeza me había convencido sin embargo de que no lo envidiaba porque le pidieran su autógrafo en el supermercado, o no sólo por eso, sino por las sumas inmorales de dinero que él se embolsaba cada mes.

160

Yo no quería entrar en materia directamente. Por más que lo hubiera pensado y que aún lo sintiera, no habría sabido qué decir. Dejé por consiguiente que Valtierra, reacio también a manifestar sus sentimientos, hablara largamente de la situación en el país después del Error de Diciembre y de sus propias ideas para enmendarlo. Mi atención aminoró tan pronto como noté que me recitaba, palabra por palabra, la nota editorial que había publicado en un periódico esa misma mañana. También fingí escuchar mientras él describía con morosa vaguedad mi papel de asesor literario en el programa de televisión sobre el porfiriato. Cuando se despidió repentinamente de mí no me molestó que no hubiera especificado cuánto me pagaría. Me constaba que Valtierra era generoso, además de que los gastos de producción no correrían a su cuenta. Sí me sorprendió en cambio que intentara despacharme sin haber aludido a Patricia ni una sola vez.

Él mismo, dos meses antes, me había dado la noticia. Él había expuesto atropelladamente al teléfono lo poco que se sabía en el Distrito Federal de un accidente ocurrido el día anterior en la costa de Jalisco. Él había insinuado que no era ajeno a las gestiones oficiosas para trasladar el cuerpo a la ciudad de México. Él me había sugerido que tomara el primer avión. Él había guardado un silencio tenaz luego de oír que yo no podía viajar en ese momento. Él me había vuelto a llamar dos días más tarde para decirme, en el tono crispado del reproche, que casi nadie acudió al cementerio. Él había callado otra vez cuando a mí, que no hallaba cómo concluir esa infausta conversación, se me ocurrió declarar estúpidamente que debíamos tener ánimo y que a todos nos iba a tocar.

No me había preocupado que unas semanas después, al proponerme otra razón y otras fechas para viajar a México, eludiera el tema por completo. Yo estaba consciente de que Valtierra, desde que trabajaba en la televisión, se abstenía implacablemente de mezclar lo profesional con lo personal. A mí por mi parte tampoco me urgía sincerarme en una llamada de larga distancia y había preferido esperar una ocasión más propicia. Ahora que por fin estábamos cara a cara barrunté sin embargo que él desde el principio me había engañado. Que no quería hablar conmigo sino castigarme. Que había ideado su invitación para cobrarse mi aparente desinterés.

Mientras Valtierra me acompañaba de vuelta hasta el umbral de la oficina terminé de entender que su castigo consistiría en administrarme a cuentagotas la información que custodiaba mezquinamente, como si tuviera más derecho que yo a la tristeza. Cuando me abrazó con desusada energía sentí que no buscaba envolverme en su amistad ni siquiera en su complicidad, sino exprimirme una pregunta que él no iba a responder. En ese instante me juré que yo por ningún motivo sería el primero de los dos en mentar a Patricia.

Como si compitiera conmigo para dirimir quién era más terco y quién más irracional, Valtierra acaso involuntariamente me ayudó a cumplir mi juramento. En su oficina me había dicho que, por un retraso lamentable cuya causa no se molestó en especificar, el programa de televisión sobre la época porfiriana empezaría a filmarse dos semanas después. Sin pretextar siquiera que él entre tanto estaría ocupado en otras cosas, se abstuvo llanamente de buscarme en los días siguientes. Yo opté por ignorar su ninguneo y con toda libertad me dediqué a mis propias ocupaciones: es decir, en esas circunstancias, a

nada digno de memoria salvo el hecho mismo de recordar.

162

A las dos semanas exactas de mi llegada a México me llamó una colaboradora de Valtierra. La mujer, que se presentó al teléfono como asistente de producción, me informó que mi trabajo en el programa sobre el porfiriato se reduciría a hablar ante las cámaras, durante una hora cuando mucho, acerca de la vida, la obra y la época de Federico Gamboa. Cuando le pregunté si eso era todo, aclaró torpemente que yo de cualquier manera cobraría el salario íntegro de un asesor y, sin esperar mi aquiescencia, me dio cita a la mañana siguiente en el Centro de Estudios de Historia de México Condumex, en Chimalistac. Para disimular mi contrariedad le dije que era el escenario perfecto. Que la plaza donde nos veríamos llevaba el nombre de Gamboa porque ahí había vivido Santa. Entendí por su silencio que ella lo ignoraba. Había escogido el *set* por una de esas coincidencias que suspenden la suspensión de la incredulidad.

Otra coincidencia no sólo literaria dispuso que el director de la serie de televisión, responsable de supervisar al camarógrafo y de hacer unas preguntas en *off* para aflojarme la lengua, resultara ser el maestro Andrade, bajo cuyos bigotes sobrepoblados al estilo zapatista y ralos mechones de pelo recogidos en una cola de caballo me tomó varios segundos reconocer al mero Víctor: mi amigo de los borrosos setenta en que ambos habíamos sido estudiantes. Él sabía en cambio a quién iba a entrevistar y supongo que le fue más fácil reconstruir mis antiguas facciones tras las barbas con que yo había empezado a esconder una creciente papada. Me halagó aun así que exclamara mi nombre en cuanto la asistente de producción trató de presentarnos por nuestros apellidos. También me conmovió que me jalara de la mano para abrazarme y que recordara o fingiera recordar en ese momento que nos habíamos visto por última vez hacía más de doce años, en una fiesta en casa de Xavier Valtierra.

163

Víctor conocía apenas la historia de la *belle époque* mexicana y a Gamboa lo asociaba no con la novela sino con la primera película sonora basada en *Santa*, pero su presencia familiar me ayudó a abstraerme de la cámara y de los reflectores. Tardamos hora y media en filmar una entrevista que al ser editada duraría cincuenta minutos. En la única pausa de la filmación convinimos en que después iríamos juntos a comer. Al final de esa tarde, para que el mesero le diera la

cuenta que no sé por qué se empeñaba en poner frente a mí, él reveló que tenía instrucciones de invitarme.

Estábamos en el André, un restorán cuyo refinamiento se agotaba en el nombre y que sobrevivía a su época de auge en la periferia de Coyoacán. En cuanto me enteré de que comíamos y bebíamos a expensas de una bolsa ajena, no tuve escrúpulos para pedir varias rondas más de whisky. A ese exceso, subvencionado por la cortesía de Valtierra, le debo la efímera resurrección de mi amistad con Víctor y mi primera imagen, doblemente mediata, de la muerte de Patricia.

164

Llovía. Quiero decir que estaba lloviendo a mares en la costa de Jalisco. Josemaría y Patricia huían del ejército. O quizá de la policía. O de los judiciales. El hecho era que traían mariguana. No sólo en los pulmones y en la sangre. En el coche. Mariguana y tal vez algo peor. Suficiente en todo caso para que alguien los delatara y ellos se dieran a la fuga y, con el apremio y la carretera resbalosa, sobreviniera el accidente. La volcadura. El choque.

Víctor no lo sabía con precisión. Para ser franco, no sabía nada a ciencia cierta. A él a su vez se lo habían contado. Roberta, por supuesto. La amiga de Patricia. Es decir, la mujer de Víctor. Bueno, su exesposa. Sí, hombre. Se habían divorciado hacía más de un año. Ahora que lo pensaba, casi dos. Y lo que de veras le dolía eran los hijos. Niño y niña. Ya casi un joven y una señorita. Yo no tenía idea de cuánto los extrañaba.

165

En algún retorno de esa cíclica sesión de confidencias mutuas debo de haber manifestado una imperiosa necesidad, que ordinariamente no experimentaba ni reconocía, de saber más de Patricia. De otro modo Víctor no habría insistido en que yo hablara con su exmujer. Ni tampoco, para seguir ventilando sus propias obsesiones, se habría entercado en darme el número de teléfono de Roberta. Ni mucho menos, luego de que adrede olvidé sobre la mesa la cajetilla de cerillos en que él lo había transcrito, se habría ingeniado para deslizarla en una de las bolsas de mi saco donde la encontré varios días después.

Recuerdo con extraña nitidez que cuando Víctor y yo salimos del André, abrazados tanto para sellar un pacto de eterna amistad como para auxiliarnos recíprocamente a mantener el equilibrio, seguía lloviendo. Quiero decir que también llovía a cántaros en el sur del Distrito Federal.

Se entraba en el edificio por una calle con nombre de río nacional, no me acuerdo si Lerma o Nazas. El departamento en cambio miraba al Paseo de la Reforma por encima de un horizonte de azoteas erizadas de jaulas para la ropa, y en cierto ángulo de la recámara principal se podía divisar el Ángel de la Independencia erguido entre las panzas de los tinacos. Todo en la estancia era rectilíneo, esbelto, vertical: desde las columnas pintadas de negro que separaban la sala del comedor hasta las lámparas de focos halógenos o las vitrinas repletas de *bibelots*, pasando por la mesa y las sillas estilo *modern art.* En ese entorno quizá demasiado armonioso, cuya estética visiblemente la hinchaba de orgullo, Roberta se veía aún más redonda, más gruesa, más horizontal.

Era difícil, si uno quería prescindir de la obvia referencia a Rubens, establecer qué gracia aligeraba su aspecto de matrona prematura a los treinta y tantos años. Fumaba cigarros muy largos y muy delgados que encendía uno tras otro, a veces con la colilla del anterior. Hablaba mucho y rápido, aunque con una voz cristalina que el tabaco milagrosamente no había enturbiado y que hasta cierto punto redimía sus excesos orales.

Antes de que yo encontrara acomodo en el rígido sillón donde vino a sentarse conmigo, Roberta me explicó sin detenerse a respirar que había preferido verme en sábado porque ese día Víctor se llevaba a sus hijos. Que éstos eran unos niños, más bien unos adolescentes adorables, aunque no le daban un minuto de reposo. Que así podríamos platicar sin interrupciones. Que había preparado una cena sencilla. Nada del otro mundo. Espagueti y una ensaladita para acompañarlo.

Mientras cenábamos me contó del divorcio, que le parecía muy triste pero quizá inevitable entre gente que se casaba tan joven. De cómo le había hecho cada vez más falta valerse por sí misma, no sólo ganar su propio dinero sino ser alguien, una persona independiente de su marido y su familia. De cuánto la satisfacía ahora su trabajo, aunque fuera de medio tiempo, como jefa de no retuve qué oficina en el Instituto Nacional de Bellas Artes.

Hubo entonces unos segundos de concentración en que Roberta, sosteniendo entre sus labios un cigarro cuya humareda le nublaba la vista, se afanó en distribuir el aderezo en la ensalada. Era la primera tregua que me concedía y la aproveché inmediatamente para preguntarle por Patricia.

Roberta no entendía por qué la gente se empeñaba en echarle la culpa a la droga. Era cierto que Patricia había fumado mariguana en la adolescencia. Como todo el mundo. Bueno, más que todo el mundo. Qué importaba. Y a lo mejor también era cierto que de vez en cuando volvía a fumar. Casi siempre con Josemaría, que ése sí era un vicioso. Quizá un vendedor en pequeña escala. Para cubrir sus propias necesidades sin empobrecerse. Pero de ahí a que fuera narcotraficante había una enorme diferencia.

La única verdad en lo que me había contado Víctor era que estaba lloviendo. Sí. Llovía a raudales esa tarde. Tanto que el coche había derrapado. Y como Patricia no era muy diestra para manejar, se había salido de la carretera en una curva. Había rodado quién sabe cuántos metros hasta estrellarse contra unas rocas. O podía ser que contra un árbol. Daba lo mismo. Ahora todo daba igual. De cualquier manera a Patricia se le había encajado el volante en el tórax y a esa atrocidad debíamos agradecerle, era un decir, que su muerte hubiera sido instantánea.

168

Yo me había quedado con hambre: no de los cremosos espaguetis que se enfriaron en el plato ni de la ensalada agridulce que mastiqué mecánicamente, sino de saber con morbosa exactitud. Por la superficialidad de la reseña sospeché que Roberta apenas había visto a Patricia en los últimos años y que su versión del accidente provenía acaso de la nota roja de un diario de provincia. También conjeturé alternativamente que ella misma, para arrogarse en un drama ajeno aunque fuera el papel de testigo, había fabulado una escena cuyos imprecisos pormenores delataban la autoría de un principiante. No pude elegir sin embargo entre mis sospechas y mis conjeturas porque Roberta, olvidando el postre, se me echó encima.

La imagen es literal. Al recoger los platos sucios de la mesa ella se me había ido acercando. De golpe, sin darme tiempo ni sobre todo espacio para que me levantara de la silla, aplastó sus labios contra mi boca donde aún nadaban varios trozos de lechuga. En el acto Roberta se encaramó sobre mis piernas que a los pocos segundos comenzaron a estremecerse bajo su peso.

Reflejamente adelanté mi diestra bajo el satín de su vestido mientras ella con su mano izquierda escarbaba en mi pantalón. Hubo un instante de sincera incertidumbre en que estuve a punto de arrepentirme. Pero en mis palabras había más retórica que culpa cuando pregunté qué pensaría Víctor. Roberta, que frotaba mis testículos como si fueran un talismán, se sublevó. Apretándome

dolorosamente declaró que ella era un ser humano libre, con pleno derecho a sus antojos. Ese desplante de autarquía, aunado a sus violentas manipulaciones, extinguió *in ovo* mi concupiscencia.

Me recuperé, aunque sólo a medias, al sentir que sus dedos volvían a acariciarme y al comprobar, cuando mi mano exploradora por fin terminó de palparle las nalgas, que Roberta no traía pantaletas. Yo, igualmente precavido, llevaba en mi cartera un condón. No tuve sin embargo oportunidad de ponérmelo ni siquiera de proponérselo, porque la mediocre firmeza de mi carne había bastado mientras tanto para que ella la introdujera casi a pulso entre los pliegues acogedores de la suya. Inmediatamente después, con un par de enérgicos sentones que en circunstancias más rígidas habrían podido producir una fractura, me hizo eyacular.

169

Ayudé a Roberta a desmontarme. Ya en su recámara, a donde la había seguido con docilidad, la ayudé a desvestirme y a desvertirse. Luego la ayudé a retirar la colcha de la cama. Hubiera preferido seguir ayudándola toda la noche, pero ella deseó que me recostara sobre una pila de almohadas para concentrarme en sentir cómo aplicaba vigorosamente su boca a mi sexo cabizbajo.

Yo sabía por experiencia que cualquier esfuerzo resultaría contraproducente y traté de pensar en otra cosa. Fue inútil. Todo en ese momento me recordaba, por afinidad o por contraste, precisamente lo que yo quería olvidar. Incluso en el Ángel de la Independencia, que me había puesto a mirar por la ventana con tal de distraerme del cuerpo goloso de Roberta amontonado sobre el mío, creí percibir algún remedo de Patricia.

Una hora después de un coito que había durado si acaso medio minuto admití sin congoja que sería incapaz de una nueva, de una verdadera erección. Roberta, ceñida por una bata brillante y bermeja que la hacía parecer una enorme manzana, se despidió de mí en el pasillo. Colgada de mi cuello mintió con toda convicción que había sido una noche maravillosa y que ojalá se repitiera muy pronto. Mintiendo un poco menos me limité a asentir. Cuando salí a la calle de Río Nazas o Río Lerma, no logro recordar su nombre, empezaba a llover como había llovido casi tres meses antes en la costa de Jalisco.

170

Arrastrada por la resaca de esa noche infame, la culpa se sobrepuso a la retórica. No me aliviaba pensar que Roberta y Víctor se habían

divorciado casi dos años atrás. Ni que el propio Víctor hubiera insistido contra mi voluntad en que yo buscara a Roberta. Ni que Roberta prácticamente me hubiera violado. Ni que todo a fin de cuentas hubiera sido tan fugaz y tan frustrante. El hecho era que yo había cogido con la esposa, no enteramente permisible por ser ya exesposa, de un antiguo amigo apenas devuelto a la amistad.

Me culpabilizó todavía más la certeza, adquirida luego de dejar quién sabe cuántos mensajes sin respuesta en la contestadora de Víctor, de que Roberta se lo había confesado. De que no era imposible incluso que ella me hubiera seducido sólo para confesárselo. Con base en mis propios recuerdos imaginé vicariamente lo que él debía de estar sintiendo. Cómo, herido por una minuciosa fantasía que desmenuzaba cada uno de nuestros actos, había empezado por indignarse hasta lo indecible con Roberta. Cómo sin embargo esa indignación desmesurada terminaría inevitablemente por rebasar su objeto y volcarse en mi contra. Para que Víctor tuviera cuando menos el rabioso placer de rehusármelo, me habría gustado pedirle perdón.

(Agrego entre paréntesis que varias semanas después, ya en París, se me ocurrió hacer por fin las paces con mi examigo Geoffrey O'Hea. Nueve años de hablar con él lo menos posible, y nunca en serio salvo para preguntarle inoportunamente si seguía escribiendo, debieron disuadirme de esa extemporánea ocurrencia. Pero yo me arrepentía de haber sido inexorable con Geoffrey y le dije sin preámbulos ni segundas intenciones que Patricia estaba muerta. No se inmutó. Me disponía a conmoverlo con un recuento quizás imaginario de cómo y dónde había sobrevenido el accidente cuando él, que no parecía fingir, me preguntó de qué estaba hablando. Entendí que Geoffrey, luego de llevar la peor parte en un absurdo duelo de arrogancias, ejercía ahora con creces su derecho a no perdonarme que no lo hubiera perdonado. Opté en todo caso por entender y hasta disculpar esa explicable mezquindad, en vez de admitir que él en efecto pudiera haber olvidado a Patricia.)

171

Pocos días antes de la fecha en que él no ignoraba que yo regresaría a Francia, Xavier Valtierra condescendió a llamarme en persona. Desde su celular enumeró inaudiblemente los compromisos que le habían impedido comunicarse conmigo hasta entonces. A la mañana siguiente en el Petit Cluny, un curioso híbrido de tratoría italiana con bistró francés, siguió insistiendo en que nada salvo su mucho trabajo lo había privado de verme tanto como él hubiera querido. Pero no pensó en explicar, ni yo me rebajé a preguntar, por qué pese a todo sólo podía concederme un rápido desayuno.

Que Valtierra tuviera prisa me daba de hecho cierta ventaja. Morosamente revisé la carta del restorán, interrogué a los meseros, ordené unos huevos de compleja cocción, probé el pan dulce de la casa, tomé un segundo jugo de toronja para desempalagarme y consumí un capuchino tras otro mientras él, a intervalos cada vez más cortos, consultaba con premura su reloj. Mi penúltimo castigo consistió en preguntarle si era un *Rolex,* en suplicarle que me lo dejara ver y en examinar el aparato con lenta perplejidad, como si no comprendiera que servía para medir el paso del tiempo.

Valtierra no esperaba que, luego de tantas dilaciones, yo de pronto pediría la cuenta. Era el remate de una faena redonda y triunfalmente lo vi tambalearse bajo el efecto de mi puntilla. A ciertos individuos sin embargo les resulta más natural perder que ganar. En el instante final, movido no por la piedad sino por el orgullo, dije que era una lástima que no hubiéramos podido hablar de Patricia.

Ese único error de mi soberbia estuvo a punto de ser fatal. Indultado *in extremis,* Valtierra encontró una agenda en el bolsillo interior de su saco, se puso a hojearla con toda calma y, sin ver la página en que por fin se había detenido, con la testuz en alto me ofreció cambiar una cita para que siguiéramos platicando otro rato. Pensé que yo mismo había propiciado mi derrota. Iba a decir con la cabeza gacha que estaba de acuerdo cuando intuí que inmerecidamente se me presentaba una oportunidad de encajarle la última estocada. Con un ademán parsimonioso, que no podía no llamar su atención, miré durante largos segundos mi módico *Swatch*. Entonces me esmeré en fingir que deliberaba y, al cabo de por lo menos un minuto más de mantenerlo en vilo, le anuncié que yo debía irme en media hora.

172

Ya que apenas había tiempo, no iba a demorarse en decirme cómo y con quién se había informado. Desde que trabajaba en la televisión Valtierra tenía contactos en todas partes. A mí debía bastarme con saber que la información era fidedigna y que él la había corroborado por su cuenta.

Qué curioso que yo se lo preguntara. Pero sí. Estaba lloviendo. Una tormenta que llegó a borrar por completo la visibilidad. Josemaría sin embargo no pudo esperar a que escampara porque lo perseguían. Claro que él iba al volante. Un hombre así, de acuerdo con Valtierra, no hubiera confiado en ninguna mujer, ni siquiera en la suya, sobre todo no en la suya, para que lo sacara de apuros.

Había que manejar sin miramientos. Con temeridad literalmente suicida. Porque si no escapaba, sus perseguidores lo iban a matar. No.

Cómo se me ocurría. Ni los judiciales ni el ejército. Qué idiotez. Los narcos, los contrabandistas, como yo quisiera llamarlos. Quién sabe cómo se habían enterado de que Josemaría los traicionaba. Por supuesto. Era un madrina. Un soplón. Si no, de dónde creía yo que sacaba la mariguana y otras drogas sin que nadie lo molestara nunca. Pero los delatores, en la autorizada opinión de Valtierra, siempre terminaban por ser delatados y Josemaría con conocimiento de causa se había jugado la vida. No sólo la suya, desafortunadamente. También la de Patricia, que no estaba a salvo en Los Manglares ni en ninguna otra parte. Por eso, a la hora de huir, se habían ido juntos.

Lo demás eran conjeturas, ahora sí de la policía judicial. La curva anegada. El derrapón. El árbol. El despeñadero. El asiento bien llamado de la muerte. La mala o la peor fortuna, según la perspectiva, de que Patricia se hubiera salido por el parabrisa y que luego el coche la aplastara, mientras Josemaría en el asiento del chofer quedaba vivo.

Así lo habían encontrado sus perseguidores, como se infería de las huellas de otro coche y de otros zapatos que los judiciales descubrieron en el lodo. Y así habían elegido dejarlo. Vivo. Hecho pedazos pero vivo. Era, Valtierra me lo aseguraba, la peor represalia. Que Josemaría siguiera vivo para recordar.

173

Dije antes que la versión de Víctor me había parecido insuficiente y la de Roberta, primeriza. La de Valtierra me pareció en cambio demasiado profesional. El crítico en que yo me había convertido ya irremediablemente no pudo abstenerse de discernir y desglosar los patrones narrativos a que obedecía ese relato. En desdoro de su autor, no eran característicos de una obra literaria incluso mala, sino de un programa tal vez bueno de televisión.

Hubiera querido someter a Valtierra a mi crítica. Me interesaba menos provocar su enojo que averiguar si aún era capaz de vergüenza. Pero nadie tiene derecho a poner en tela de juicio las ficciones ajenas sin serles fiel a las propias y me levanté de la mesa en cuanto se cumplió la media hora con la que yo mismo había alegado contar.

Valtierra, impedido por su naturaleza y por sus profesiones sucesivas para no quedarse con la última palabra, se ofreció a llevarme en su coche y con su chofer a donde fuera. Me negué a aceptar esa mínima gracia. No sólo inventé que yo iba ahí a la vuelta, nada más atravesando Revolución, y que prefería caminar. También aduje terminante y verídicamente que antes que nada me urgía pasar al baño.

Ese día aprendí o más bien confirmé que el exceso de fidelidad,

incluso en un terreno tan innocuo como el de la narrativa, puede ser contraproducente. Gracias a mis escrúpulos literarios me quedé sin escuchar la continuación, si la había, de la historia de la muerte de Patricia según Valtierra. Además me empapé. Cuando me alejé ya solo del Petit Cluny, con la intención de matar el tiempo en San Ángel, se soltó a llover a cascadas. Yo estaba a medio paseo y en la plaza de San Jacinto me sorprendió un verdadero diluvio, insólito no en esa época pero sí a esa hora de la mañana en la ciudad de México.

174

No vale la pena dictaminar si la tenaz rivalidad con Valtierra, o bien una carencia más íntima, me condujo en mi última tarde de ocio al Panteón Español. La travesía desde la estación Cuatro Caminos del Metro bastó en cualquier caso para arrepentirme: no sólo de ese lúgubre propósito sino, en general, de haber malgastado en México mis primeras vacaciones de verdad en muchos años. Ya en el cementerio, la unánime cursilería con que estaban adornados los sepulcros recientes, así como la innombrable variedad de los árboles que cubrían las veredas con su sombra, me reconciliaron con la fauna y sobre todo con la flora de mi país.

La tumba, una escueta cripta de granito sobre la que se elevaba una cruz tallada en la misma piedra, era gratamente anterior a la época en que empezó a creerse que los mexicanos seguimos apreciando en el transmundo los vidrios polarizados, las alfombras de peluche, las estatuas policromas y las plantas de plástico que nos rodean en vida. Cuatro rectángulos idénticos, semejantes a páginas, dividían la lápida central. De izquierda a derecha y de arriba abajo se leían apenas el nombre y las fechas del padre de Patricia, muerto a fines de los sesenta, un poco menos borrosos los de su madre, muerta a principios de los ochenta, y perfectamente nítidos los suyos, inscritos hacía tres meses y dos días exactos. El otro cuadrante permanecía en blanco, esperando para siempre un nombre y un par de fechas más.

Aunque había evitado sistemáticamente a Patricia cada vez que el azar de sus regresos de Los Manglares y los míos de París nos hacía coincidir en el Distrito Federal, su ausencia ahora definitiva me llenaba de pesadumbre. Fui sin embargo incapaz de llorar. No hay acción ni omisión que no inicien o interrumpan una cadena infinita de posibles consecuencias y yo en ese momento, aun más que triste, me sentía responsable de su muerte.

Mirando las letras que se limitaban a rememorarla por su nombre pensé, con lógica tan vana como vanidosa, que Patricia seguiría viva si nueve años antes yo la hubiera retenido en Francia. Pensé, no menos

egocéntricamente, que nunca en sentido estricto habíamos hecho el amor. Pensé que a fin de cuentas no importaba cómo había muerto. Pensé que me interesaba mucho más entender cómo había vivido. Para ser sincero: cómo había podido vivir tanto tiempo sin mí. Quién sabe en qué otras lamentables reflexiones necrológicas me hubiera regodeado, de no ser porque súbitamente reparé en una presencia plural que no había advertido hasta entonces.

Primero vi, o vi que veía, que en cada esquina de la cripta se levantaba una maceta de granito. En el acto noté, o cobré conciencia de que notaba en el más próximo de los cuatro floreros, un ramo de gladiolas moribundas que debían de tener dos o tres días ahí. Sin solución de continuidad pasé de juzgarme culpable y sentirme triste a saberme defraudado. No me consoló repetir que los celos póstumos eran doblemente irracionales. Me enojaba, me dolía, me decepcionaba infinitamente que alguien hubiera visitado la tumba de Patricia poco antes que yo.

Epílogo

El pueblo, apenas un embarcadero ceñido por algunas viviendas de adobe con techos de palmas que fungían también como almacenes de víveres y a veces como fondas con terraza al aire libre, se llamaba San José de Los Manglares. Urgida tal vez de fijar con un nombre la huidiza realidad que percibía, Monique leyó en voz alta las cinco palabras del letrero. Artigas se redujo a mirar en silencio las letras pintadas a mano y notó con ternura que las eses y las enes estaban invertidas como en un espejo.

Un enjambre de niños panzones y sucios, indiscernibles de los que los habían perseguido al dejar la carretera asfaltada, se agolpó alrededor del Tsuru. Artigas tuvo que empujar la puerta para salir. Con dificultad se abrió paso hasta la cajuela, de donde sacó la bolsa de lona con las toallas y los bronceadores. En cuanto comprobó que el coche quedaba cerrado con seguro tomó a Monique de la mano y la condujo sin soltarla hasta la orilla de la laguna.

Tres lanchas igualmente decrépitas flotaban entre los muelles gemelos del embarcadero. Sólo una estaba tripulada y a ella se encaminaron. Los niños, como si fueran alérgicos al agua, se dispersaron en tierra firme.

—¿Quiere dar una vuelta, amigo? —dijo el lanchero, que se había puesto de pie en la inestable embarcación.

De un vistazo Artigas calculó que el hombre estaba a medio camino entre los cuarenta años y los cincuenta. Al mismo tiempo notó con envidia que no era tal vez muy alto, pero tenía en cambio el cuerpo compacto y flexible de un atleta. No supo qué pensar del pantalón abombado que apenas le cubría las rodillas, ni de la camisa de manga corta que llevaba desabotonada, acaso para lucir la musculatura de su abdomen. Tampoco se demoró en juzgar el copioso cabello cortado desparejamente y desteñido por el sol o, quizá, por recurrentes baños de cerveza. Por lo pronto le interesaron, lo intrigaron, lo inquietaron los lentes impenetrables que escondían media cara del lanchero y reflejaban la perplejidad del observador.

—Queremos ver la laguna y, si es posible, el mar —dijo Artigas, a quien le habían bastado unos instantes para saber que ese individuo

no le simpatizaba. Sin embargo añadió—: También queremos que nos lleve a algún lugar donde podamos comer un buen pescado.

—Habla usted muy bien español, amigo —dijo el lanchero, que asentía repetidamente y curvaba hacia abajo las comisuras de los labios en señal de aprobación.

Monique, silenciosa hasta ese momento, no quiso o no pudo sofocar una risita.

—Soy mexicano —dijo Artigas en tono involuntariamente desafiante. Luego moduló su voz—: Chilango.

El lanchero lo contempló durante algunos segundos, indescifrable detrás de sus anteojos solares. Por fin le dijo:

—Las bebidas hay que comprarlas aquí.

176

Habían pactado una tarifa razonable, de acuerdo con los cómputos de Artigas, por un paseo de cuatro horas que incluía una escala en un restorán, según lo describió el lanchero, con vista al mar. La comida por supuesto se pagaría aparte. En la lancha llevarían una hielera con cervezas y refrescos. Sólo se les cobrarían, a la vuelta, los que Monique o él hubieran destapado.

Las negociaciones tuvieron lugar en el patio, único techado con hojas de palma recientes, de la casa más amplia del villorrio. Pese a la penumbra relativa, el lanchero no se había quitado sus lentes oscuros. Monique estaba sentada a una de las ocho o diez mesas plegables de aluminio que se distribuían en el local. Artigas supervisaba cómo un hombre y una mujer mulatos y casi viejos que hablaban de consuno, se movían simultáneamente y podían ser tanto hermanos de sangre como una pareja igualada por la convivencia hasta la mímesis— abastecían la hielera. Mientras sacrificaba unas *cocacolas* para llevar más cervezas, sintió en su hombro una mano tan viscosa que le humedeció la playera con sólo tocarla.

El sujeto que vio Artigas, luego de alejarse por precaución un paso o dos, era o parecía inofensivo aunque no completamente previsible. Una guayabera de mangas largas y unos vastos *blue—jeans*, deslavados hasta ser casi incoloros y desleídos hasta ser menos que harapos, agotaban su indumentaria. Las uñas de sus pies descalzos eran amarillentas y se hincaban como garras en el piso de tierra. También sus manos, con el dorso velludo y los dedos nudosos, le daban un aspecto animal. Su cara inexpresiva estaba enmarcada en una aureola de pelos hirsutos que raleaban en torno del mentón y se tupían en cambio alrededor del cráneo. Pero lo que hacía pensar en un primate, quizás en un erguido chimpancé, derivaba sobre todo de sus ojos

redondos, pequeños, habitados apenas por un asomo de curiosidad o de pasmo, que se hundían oscuramente en unas cavidades demasiado próximas al tabique de la nariz.

Artigas supuso de entrada que el pobre hombre, cuarentón como el lanchero y como él, era el loco del pueblo. Unas palabras incomprensibles y pastosas, que el otro exhaló con fetidez a poca distancia de su cara, lo convencieron de que era además un borracho. Para quitárselo de encima destapó una de las *coronitas* que acababa de meter en la hielera y se la obsequió. Entonces le dio otra vez la espalda, recogió la bolsa de lona que había colgado en una silla, caminó hacia la mesa desde donde Monique observaba la escena y, dirigiéndose a ella pero con volumen suficiente para conferirle a su orden un alcance ecuménico, dijo con sencilla autoridad:

—Vámonos.

Mientras caminaba hacia la laguna con paso marcial, como un comandante a la cabeza de su tropa, Artigas había volteado furtivamente para comprobar que, en efecto, el lanchero traía la hielera y se aprestaba a seguirlo. Desde el muelle, mirando ya sin escrúpulos a la dirección de donde venía, vio empero que Monique, de pie aunque todavía en su sitio, atajaba el avance y se ponía a platicar.

Hubo unos segundos en que ella, con palabras inaudibles a la orilla de la laguna, capturó la atención no sólo del lanchero, sino también de la pareja que atendía el establecimiento y hasta del borracho, que se había acercado a formar un corro con los demás. Después Monique se dirigió al embarcadero casi corriendo y con una expresión que podía ser beatífica, pero que a Artigas intuitivamente le pareció ominosa.

—Les pregunté por Patricia —dijo jadeando por la carrera o, quizá, por la emoción—. Fue muy curioso. Los tres hombres me miraron como si no supieran de quién hablaba. En cambio, la mujer me aseguró que todo el mundo extrañaba a Patricia en Los Manglares.

Artigas pensó en regañar a Monique por entrometida. Explicarle que en México no siempre era aconsejable intimar con gente que, cómo decirlo, tenía una educación distinta y, por consiguiente, otro código moral. La presencia inminente del lanchero, que se aproximaba cargando la pesada hielera con una sola mano, lo salvó sin embargo de extraviarse en los vericuetos de la ética demostrada a la manera mexicana. No supo qué pudor lo empujaba absurdamente a sonreír.

Luego de acomodar la hielera en la popa de la lancha, bajo el asiento del timonel, el lanchero le ofreció una mano a Monique para ayudarla a subir abordo.

—Sin miedo, güerita —dijo—. Las pangas se menean, pero ni de chiste se voltean.

Profesional de las letras incluso en sus días de ocio, Artigas se preguntó si Monique había comprendido esas locuciones idiomáticas, casi dialectales. No pudo averiguarlo porque el lanchero, al tenderle a él la diestra, dijo no con soberbia aunque sí con excesiva familiaridad:

—Así que usted conoció a la Pati, amigo.

—Usted y yo no somos amigos —pensó en aclarar Artigas.

Pero había dejado al lanchero con el brazo tendido, para brincar por su cuenta al interior de la lancha, y el esfuerzo de mantener el equilibrio sin soltar la bolsa de lona reclamaba toda su atención. Cuando por fin encontró acomodo junto a Monique, en una de las tablas transversales que servían de asientos, Artigas se limitó a decir:

—Patricia y yo fuimos amigos.

No supo qué lo molestaba más:

Que Monique con malicia semejante a la honestidad dijera:

—Fueron novios.

O que lo hubiera dicho mirando al lanchero con no disimulada coquetería, como para ofrecerle su complicidad.

Antes de que el motor fuera de borda de la lancha ruidosamente comenzara a acelerar, a Artigas le pareció percibir cinco acciones conexas que en diversos grados lo concernían. Primera: que el lanchero, escudado en sus anteojos inescrutables, lo observaba con descaro. Segunda: que luego estiraba un poco el cuello como para observar sin sorpresa a alguien detrás de él. Tercera: que a su espalda, parado en el muelle con la boca entreabierta, estaba el borracho. Cuarta: que éste le dirigía al lanchero, por encima de él, una mirada que en otra persona hubiera sido de inteligencia. Y quinta: que en el momento en que la lancha se ponía en marcha, el borracho gritaba algo así como:

—Cuídamelo mucho, capitán.

Al principio lo había maravillado la maraña de troncos tortuosos y ramas torcidas y lianas embrolladas y raíces aéreas que se entretejían en la ribera de la que se estaban alejando, lo había conmovido la reverberación del sol que escamaba la superficie de la laguna, lo había asombrado el horizonte tan diáfano que la vegetación en la orilla opuesta casi podía contarse por pieza, lo había sobrecogido el cielo

orlado de mínimas nubes blancas que acentuaban por contraste la pureza del azul. Pero luego de veinte minutos Artigas no veía en esas proliferaciones ni en esas vastedades sino un monótono dispendio de la naturaleza.

De vez en cuando lo perturbaba sentir o quizás imaginar en su nuca la mirada recurrente del lanchero. Lo reconcilió en cambio con Monique, o con su idea de Monique, que ella, ávida de experimentar la novedad con los cinco sentidos, metiera una mano en el agua y se la llevara cóncava a la boca. Artigas hubiera querido preguntarle si la laguna era tan salobre como el mar, pero el estruendo del motor excluía toda conversación.

Dos promontorios rocosos, que vistos de cerca resultaron ser un par de islotes casi idénticos, flanqueaban la embocadura de un angosto canal. Hacia allá enfiló el lanchero. Antes de abandonar el perímetro de la laguna desaceleró de golpe el motor. La lancha, que avanzaba con la proa en alto, se recostó horizontalmente sobre el agua. Hubo entonces un instante de silencio relativo, que en el acto se pobló de graznidos y rumores de alas. Monique emitió una aguda interjección en quién sabe qué idioma al descubrir que en los árboles apretujados en ambos islotes había cientos, tal vez miles, de pájaros con un engañoso plumaje verdeazul que se mecían en las ramas y se espulgaban unos a otros. A Artigas, pese a su indiferencia por los fenómenos naturales, no dejó de gustarle el espectáculo. Era sin embargo su primera oportunidad de relajarse y la aprovechó para pedir una cerveza.

Bebió la *coronita* a tragos lentos y gozosos mientras Monique, de cara a la popa, oía al lanchero explicar con voz monocorde que la laguna, incluyendo los islotes, era un santuario ecológico protegido por la ley. Que cada año las aves llegaban a Los Manglares a mediados de noviembre, después de recorrer una enorme distancia desde Canadá. Que en esta época de Navidades, precisamente, se apareaban. Que a fines de enero les nacían sus crías. Que las guiaban de regreso al norte a mediados de abril.

Ocupado en sus propios pensamientos, o más bien en sus propias emociones, Artigas no escuchó cómo se llamaban los pájaros. Era secundario que sólo le interesaran incidentalmente. El hábito de considerar que no es real en sentido estricto sino lo que puede mentarse le hizo temer que, si desconocía ese nombre, no sería capaz de reconstruir su experiencia con fidelidad. Preguntárselo a Monique hubiera sido lo más fácil, pero ella miraba alternativamente a cada islote con tal arrobo que él no quiso distraerla en ese momento. Había resuelto hacer a un lado su antipatía, para consultar al lanchero, cuando éste sin previo aviso volvió a acelerar a fondo el motor.

El canal, en realidad un adelgazamiento de la laguna, se internaba en los manglares trazando estrechas circunvoluciones. Como si se encontrara en una pista de carreras, el lanchero abría el ángulo de entrada para tomar cada curva y luego la cortaba a gran velocidad. Era obvio, o eso quería aparentar, que hubiera podido hacerlo con los ojos cerrados y que lo divertía desaforadamente derrapar sobre el agua.

Para gozar con todo el cuerpo la emoción del peligro Monique se había sentado a horcajadas en la punta de la lancha, con las piernas pendientes fuera de borda y la cabeza erguida contra el viento a la manera de un mascarón de proa. Artigas, más contemplativo, se limitaba a discernir en los escasos huecos de la vegetación las siluetas ocasionales de una choza, de un grupo de mujeres empinadas en la orilla para lavar la ropa, de uno que otro solitario pescador. Porque el miedo es figurativo imaginó qué pasaría si otra panga igualmente veloz surgiera del próximo recodo en la dirección contraria. Entonces advirtió que en casi una hora de travesía no habían visto ninguna embarcación además de la suya.

Se sintió momentáneamente deslumbrado, como si saliera de un cuarto oscuro, cuando desembocaron en una laguna varias veces menor que la otra. En la ribera a la que se acercaban podían distinguirse los perfiles irregulares de algunas casas y, más lejos, los verdes penachos de un cocotal. No había nadie sin embargo en el muelle donde atracaron. Esta vez Artigas aceptó con humildad la mano del lanchero, que luego de amarrar la lancha a un pilote, sacar la hielera con las bebidas e izar a Monique por los brazos, se había acordado de ayudarlo a él.

Entre el muelle y el caserío se dilataba un terreno yermo que atravesaron en silencio. A la entrada del pueblo propiamente dicho, que no constaba sino de una sola calle de doscientos o trescientos metros de largo y sin pavimentar, había un letrero pintado a mano con las palabras: SANTA MARÍA DE LOS MANGLARES. Literal a ultranza, Artigas notó que ahí, quizá porque todas eran mayúsculas, las eses y las enes no estaban al revés. Monique en cambio dijo:

—¿Te fijaste? Los pueblos de Los Manglares se llaman José y María. Como tu rival.

El impulso inmediato de Artigas fue protestar. Establecer que nunca había rivalizado con nadie, por lo menos conscientemente. Arguir que,

en todo caso, no siempre le había correspondido la peor parte. Pero el lanchero los observaba, sonriente bajo sus inamovibles anteojos solares, y él no quiso mostrarle ni siquiera esa porción mezquina de su intimidad con Monique.

182

Avanzaban entre dos hileras no exactamente paralelas de edificaciones rudimentarias, de una planta, con las paredes escarapeladas y los vidrios rotos o inexistentes. Sólo una de ellas, retirada de la calle tras una pradera inculta que podía haber sido un jardín, contaba con una pieza adicional en los altos. Al aproximarse por una vereda constreñida de hierba Artigas comprobó que varios vitrales multicolores alegraban la fachada de esa casa. El mayor, que abarcaba casi todo un muro de la planta alta, parecía representar en tonos blancos y grises el hemisferio de un cerebro humano como se vería en un corte transversal. Los demás eran paisajes más bien tropicales, aunque de inspiración vagamente cubista.

Con tal de no verse más ridículo de lo que se sabía en playera y bermudas, Artigas hasta ese momento había aguantado el sol con estoicismo. Iban a dar sin embargo las dos de la tarde, le ardían la frente y la coronilla y se resignó a usar la cachucha de beisbol. Mientras la buscaba en la bolsa de lona, entre las toallas y los bronceadores, oyó a su espalda los pasos ligeros de Monique. Tras ella venía el lanchero, que no esperó a dejar la hielera sobre el pasto para decir:

—Ahí vivía la Pati, amigo. Ella decoró la casa a su gusto. Quizá por eso, porque es tan personal, tan suya, nadie más ha querido ocuparla. Ni gratis.

Artigas había reconocido el estilo derivativo de Patricia en todos los vitrales salvo el del primer piso. Ése, la intuición se lo aseguraba, debía de haber sido su estudio. Pero no le interesaba, por ahora, compartir esta íntima información.

Apenas lo molestó que Monique, tenaz en su imprudencia, le preguntara al lanchero:

—¿Usted sabe qué pasó con Josemaría?

Lo sorprendió en cambio que ella inadvertente o tendenciosamente hubiera pronunciado esos dos nombres como si fueran uno solo.

El lanchero, impávido detrás de sus lentes oscuros, pareció examinar a Monique de arriba abajo mientras él reflexionaba. Por fin dijo:

—La señora que les va a dar de comer es hermana de Josemaría. Pregúntenle a ella. A ver si les quiere contar.

183

A la salida de Santa María de Los Manglares se alzaban unas abruptas dunas. Un bramido inconfundible fue creciendo mientras subían en fila india por la pendiente más suave de esa arenosa cordillera. En cuanto alcanzó la cima el lanchero despreocupadamente se sentó sobre la hielera, de cara a las lagunas y de espalda a la otra inmensidad. A Artigas, además del esfuerzo de avanzar en la arena, lo sofocaba una vasta emoción que sólo pudo expresar con el silencio. Monique en cambio se permitió decir, repitiendo sus palabras como si un par de sílabas fueran incapaces de contener tanto espacio:

—El mar. El mar.

Hacia la izquierda la playa se extendía hasta fundirse con el horizonte. Del lado del pueblo la estrangulaba un brazo de mar y, luego de quizás un kilómetro, concluía bruscamente al pie de un farallón. En esa franja de arena reverberante se apretaba una docena de palapas que a la distancia parecían desiertas. El lanchero, andando sobre la cresta de las dunas sin prisa pero también sin descanso, se adelantó en esa dirección.

Aunque no dejaba de mirarlo, probablemente de admirarlo, Monique optó por bajar a la playa y caminar sobre la espuma de las olas. Artigas hubiera querido ir con ella hasta el punto donde la entrada del mar los habría obligado de cualquier manera a volver tierra adentro. Pero los celos son por lo menos tan imaginativos como el miedo y se figuró qué pensaría el lanchero de un hombre reducido a seguir con docilidad a su mujer.

Se detuvo, con el pretexto de limpiar de su frente el sudor que corría bajo la gorra de beisbol. En ese instante de vacilación Artigas se debatió, con secreta indignidad, entre parecer pusilánime y ser estúpido. Luego echó a andar arrastrando los pies sobre la arena ardiente, lejos del mar que ya no era una referencia literaria sino una esquiva realidad.

184

El brazo de mar resultó ser una honda garganta. Cientos de costales rellenos de cemento se apilaban, de cinco en fondo, para contener la corriente marina que partía la playa en dos. Artigas decidió esperar a Monique sobre ese tosco parapeto, que servía también de puente entre las dunas más altas. Juntos contemplaron durante algunos minutos las olas que lamían la muralla bajo sus pies. Luego voltearon hacia Santa María. Un cañón de arena húmeda, semejante al lecho de un río, se prolongaba tierra adentro hasta entroncar con la laguna menor. Por

primera vez en varias horas se pusieron de acuerdo. Con razón un lugar tan hermoso parecía un pueblo fantasma. Era obvio que el océano irrevocablemente estaba inundando Los Manglares.

El lanchero había desaparecido entre las palapas. Lo encontraron en el umbral de una choza fabricada enteramente con hojas de palma resecas. De la cavernosa oscuridad del interior surgió de pronto una mujer regordeta, quizá cincuentona, indudablemente malencarada, envuelta en un vestido de color y textura indistintos que se confundía con su parda piel.

—Les presento a doña Lola —dijo el lanchero en un tono demasiado ceremonioso que podía ser socarrón—. Me consta que nadie guisa como ella en Los Manglares.

—Me llamo Dolores —dijo la mujer con aspereza, mientras tendía una mano al aire.

—Yo soy Mónica —dijo Monique, que se apresuró a estrechar esa mano. Artigas se preguntaba qué recóndito cálculo filológico la había movido a traducir su nombre al español cuando ella, señalándolo, añadió—: El señor es Manuel.

—El doctor Artigas —dijo secamente y sin ofrecer su diestra.

Se arrepintió en el acto de su innecesaria altanería. La mujer sin embargo, lejos de darse por agraviada, adoptó modales más suaves, casi zalameros, para decirle a Artigas, aunque mirando de reojo al lanchero:

—Me han hablado mucho de usted.

—La Pati, ¿verdad? —dijo Monique, que no sólo se adueñaba de todas las conversaciones sino que, por lo visto, se había familiarizado rápidamente con los usos linguísticos locales.

Pero la mujer no pareció escucharla.

—¿Qué tal —dijo —si por lo pronto les hago de comer? Para empezar tengo un coctel de camarones. Fresquecitos. Y luego unos filetes de robalo. Al mojo de ajo o a la plancha. Como ustedes gusten.

Los habían instalado al alcance de la choza, en la primera de diez o doce palapas idénticas que se alineaban sobre la parte alta de la playa. Varios troncos aserrados con premura, pulidos sumariamente y embonados a ojo de buen cubero componían una larga mesa y dos asientos laterales sin respaldo. Fuera de esas instalaciones fijas al piso de arena, el presunto restorán con vista al mar no ofrecía otra hospitalidad que un techo de palmas crujientes para atajar los rayos del sol.

Nadie se había acercado a atenderlos en los tres cuartos de hora que

llevaban ahí. A juzgar por el humo que salía en hilachas de todas las rendijas de la choza, la mujer cocinaba denodadamente. El lanchero, sentado sobre la mesa de una palapa no contigua, había enrollado a mano un cigarro aparatoso y ahora lo fumaba a grandes bocanadas, con la vista o más bien con los anteojos solares puestos en el mar. En la línea cada vez menos distante donde las olas ya reventadas se embebían en la arena, Monique remojaba sus piernas hasta las rodillas. Sólo a medias había sido útil advertirle que en México las playas no eran nudistas como en Francia. Ella, guarnecida apenas con el minúsculo calzón del bikini, se había empeñado en exhibir sus tetas curiosamente puntiagudas. A la incomodidad de saberla observada por otro hombre se debía, quizá, que Artigas hubiera consumido tantas *coronitas* en tan poco tiempo y sin probar alimentos.

La súbita presencia de la cocinera lo distrajo de sus preocupaciones, pero no lo alivió. Una sensación persistente de ser examinado de reojo lo fue cohibiendo mientras Dolores o doña Lola o como se llamara colocaba frente a él los cubiertos, el salero, el pocillo con salsa verde y la servilletera que había traído en una charola de aluminio. Artigas no esperaba sin embargo que ella, una vez puesta la mesa, se aventuraría a decirle:

—Yo a usted me lo figuraba distinto. No sé.

—¿Joven y guapo? —completó él, que tenía el hábito, cuando estaba nervioso, de hacer malos chistes y reírse de ellos sin necesidad de que también los festejara su interlocutor.

—La Pati nunca mencionó la edad de usted ni describió su cara —dijo la mujer, cuyo sentido del humor era manifiestamente incompatible con el de Artigas—. Para serle franca, sólo hablaba de usted en las malas. Cada vez que estaba triste. Cada vez que estaba amuinada. Sobre todo, cuando quería hacer rabiar a Josemaría. Entonces decía que usted era el hombre más inteligente que ella había conocido. Y también el más atento. El más considerado. Un caballero, pues.

Artigas pensó en decir, no sabía si en broma, que no se identificaba con esa caracterización. Que Patricia mentía deliberadamente o, en el mejor de los casos, se engañaba. Pero se limitó a preguntar.

—¿Y usted qué cree?

Ella lo miró largamente a los ojos, como si quisiera calar en sus pensamientos. Parecía a punto de decirle algo cuando Monique irrumpió en la palapa, mojada y semidesnuda. Aunque su gesto pudiera interpretarse como un indicio de caballerosidad, Artigas sacó una toalla de la bolsa de lona y se la dio. De vuelta en su asiento vio con cierta decepción que la mujer se dirigía a la choza. También notó con intranquilidad que el lanchero apuntaba sus lentes oscuros no hacia Monique, como había hecho hasta ese momento, sino hacia él,

descaradamente hacia él.

186

Los camarones del coctel estaban tibios, como si los acabaran de hervir. El pescado, que sabía más bien a huachinango que a robalo, estaba en cambio frío. Lo mejor de la comida, aparte del hambre, fueron las tortillas amasadas a mano.

Contra lo que uno sin duda temía y la otra quizá deseaba, el lanchero se abstuvo de sentarse con ellos a la misma mesa. No sólo comió por su cuenta en la palapa retirada desde donde parecía observarlos detrás de sus anteojos infranqueables. Ni siquiera aceptó la cerveza que Artigas, en un momento en que supuso que sus miradas se habían cruzado, le ofreció sin saber por qué.

Monique, ya cubierta con el brasier del bikini, trataba mientras tanto de ganarse la confianza de Dolores o doña Lola o como se llamara. En la duda le dio el título de señora, que en boca de una francesa tenía ecos nobiliarios. Además alabó vehemente la cocina, no dejó un solo bocado en sus platos ni en los de Artigas y se levantó varias veces para llevar a la choza los trastes sucios.

Todas esas tentativas de seducción resultaron infructuosas. Al final de la comida, cuando Monique volvió a preguntarle por Patricia, la hosca mujer dijo evasivamente y exagerando su acento vernáculo, como si no quisiera darse a entender:

—'Pérate, m'hija. 'Orita platicamos. Nomás que les traiga su cafecito.

187

Hacía ya un buen rato que Artigas contemplaba desprejuiciadamente el fenómeno. En el estupor de la cerveza y la resolana había percibido con placidez filosófica que la playa se estaba achicando. O para plantearlo desde la perspectiva opuesta y, en sana dialéctica, complementaría: que el mar estaba creciendo. Era, de acuerdo con un criterio puramente empírico, un motivo razonable de preocupación. La indiferencia del lanchero, que fumaba otro cigarro enrollado a mano, así como la parsimonia de Monique y la otra mujer, que habían ido juntas a la choza por el café, abogaban sin embargo en favor de la ataraxia. Fue preciso que el agua fría mojara de pronto sus pies para que él inteligiera con certidumbre apodíctica que había llegado el momento de pasar de la filosofía a la acción.

Alcanzó a exhumar de la arena y poner sobre la mesa sus *berkies* y, un segundo después, los huaraches de Monique. Entonces vio venir

una ola voraz que de un vasto lenguetazo se tragó la mayor parte de la playa. Durante algunos instantes todo se encadenó: la euforia de Monique que salía de la choza chapaleando en el agua, su propia angustia al ver que la resaca arrastraba mar adentro la bolsa de lona con los bronceadores y las toallas, la carrera del lanchero que efectuaba el rescate sin necesidad de zambullirse, la rabia o quizás el fastidio de la mujer que miraba al océano con los brazos en jarras y negando repetidamente con la cabeza. Luego cada quien marchó por su lado. Cuando se reagruparon sobre el parapeto de costales rellenos de cemento, Artigas comprobó que su única pérdida en ese naufragio momentáneo había sido la cachucha de béisbol.

Mientras él pagaba por la comida una suma flagrantemente abusiva, que bonificó de cualquier manera con una propina considerable, Monique recurrió a la humildad.

—Por favor, señora —suplicó arrastrando sus erres francesas—. Díganos al menos qué pasó con Josemaría.

La mujer, que contaba los billetes con incrédula codicia, levantó la vista y la fijó en el lanchero como si buscara su auxilio o, quizá, su consentimiento. Él sin embargo no pronunció una sola palabra y su cara, hasta donde Artigas pudo escrutar, permaneció inmutable bajo los lentes oscuros.

—Ya es muy tarde —dijo finalmente Dolores o doña Lola o como se llamara la hermana de Josemaría—. Mejor lo dejamos para otra vez.

El rugido recurrente de la pleamar, que a cada ola minaba un poco más la muralla de cemento, los acompañó en el camino de regreso a Santa María de Los Manglares. Ya en el pueblo Artigas se adelantó. Al pasar frente a la casa de los vitrales volvió a detenerse. Lo intrigaba el de la planta alta, en el que no había dejado de pensar. Ahora que lo veía de nuevo notó que una línea azul, curvada hacia arriba, atravesaba el aparente hemisferio cerebral de lado a lado. Ociosamente se preguntó qué le recordaba esa figura. De golpe, con un sobresalto intuitivo que en un artista se hubiera llamado inspiración, la imaginó invertida, como aparecería desde el interior de la casa. Un orgullo no sólo intelectual lo envanecía cuando barruntó que era la transposición al vidrio emplomado de un mapa de París.

Monique, parisiense por nacimiento y por convicción, excluyó esa hipótesis. Por más que Artigas le explicó desde qué ángulo debía suponer que la miraba, ella no encontró en la ornamentación de la alta ventana sino una mancha sugerente que podía ser, acaso, una imagen estilizada del cerebro, aunque también, por qué no, una

esquemática forma vegetal.

—Una coliflor —dijo a manera de conclusión y se soltó a reír con más estrépito del que merecía su pobre símil.

Artigas intentaba pergeñar una réplica suficientemente humillante cuando advirtió que el lanchero, con una pierna apoyada en escuadra sobre la hielera que había bajado al suelo, reía de la ocurrencia de Monique. Para romper esa complicidad que prosperaba a sus expensas dijo lo primero que le vino a la cabeza:

—¿Usted sabe si Patricia hizo aquel vitral antes de su viaje a Francia o después?

—Creo que fue después —dijo el lanchero sin dejar de sonreír. —Pero igual fue antes, amigo. Ya qué importa.

Pese a que lo ofendían las alusiones a una amistad inexistente y además indeseada, Artigas tuvo que asentir. Al cabo de tantos años ya nada importaba. Ni siquiera que él se juzgara recompensado, íntimamente homenajeado por ese vitral.

189

Como si quisiera establecer con quién estaba a fin de cuentas, Monique se apretujó a su lado en la lancha. Artigas no hizo nada para rechazarla, pero tampoco la abrazó. Seguía resentido cuando pasaron, esta vez sin disminuir la velocidad, entre los islotes que custodiaban la embocadura de la primera laguna. Apenas le interesó que el estruendo del motor desatara un tumulto de alas que, más que desprenderse de los árboles, parecían acarrearlos a las alturas. Al ver en el cielo esa explosión de puntos verdeazules, sincronizados para formar una compacta figura que se recomponía después de cada pirueta, pensó desganadamente que la naturaleza malgastaba en infiernillos la pólvora de la racionalidad. No lo rescató de su apatía escuchar, gritadas con entusiasmo a su oído, las palabras:

—El Simorgh.

Aunque también estudiaba a Borges y conocía la fábula persa del dios de las aves compuesto de todas las aves mortales capaces de buscarlo y creer en su divinidad, Artigas tercamente fingió no haber escuchado ni mucho menos entendido lo que Monique le decía, del mismo modo en que ella unos minutos antes no había visto ni captado lo que él señalaba en el vitral. Con los años sin embargo tendía a ser supersticioso y, cuando faltaba poco para el embarcadero de San José de Los Manglares, dio por concluidas sus represalias. Entonces volteó a escondidas en dirección de los islotes, para rendir un furtivo tributo al templo de los pájaros sin nombre que no había querido profanar.

Tres personas los esperaban en el muelle del que habían zarpado. A Artigas no le extrañó ver ahí a la pareja de mulatos que les habían proporcionado la hielera con cervezas y refrescos. Se preguntó en cambio, con una vaga aprensión, para qué habrían traído con ellos al borracho. No lo tranquilizó advertir que el hombre y la mujer, casi viejos y no muy corpulentos, agarraban de los brazos al otro. Ya preocupado pensó que éste debía de llevar horas bebiendo y apenas era capaz de mantenerse en pie.

Artigas fue de vuelta el último en salir de la lancha. Al juntarse con los demás en el muelle comprobó de inmediato que su preocupación estaba justificada. Los mulatos no sostenían al borracho. Lo sujetaban. Lo inmovilizaban para impedir que se les acercara a Monique y a él. Más bien a él.

—Tú y yo tenemos que hablar —creyó oír entre los balbuceos del borracho, que forcejeaba tercamente con los viejos.

No hubo oportunidad de que Artigas decidiera cómo debía reaccionar, porque el lanchero se interpuso entre ellos para decirle al otro:

—Ya cálmate, compadre. No tiene caso que te pongas así.

El borracho no sólo cesó abruptamente de forcejear. Además bajó la vista y agachó la cabeza en señal de sumisión. Los mulatos sin embargo seguían sujetándolo.

Artigas, que aún no sabía qué hacer, sintió de pronto en su mano izquierda la diestra de Monique. No le importó que el lanchero, sonriente y quizá desafiante, pareciera mirarlo detrás de sus lentes oscuros. Sin oponer resistencia dejó que su mujer lo condujera, como a un niño o como a un inválido, hacia la tierra firme.

Cargándola trabajosamente entre ambos, los mulatos llevaron la hielera al local que atendían. Mientras alineaban sobre el contador los cascos de *coronita* y de *cocacola*, Artigas prefirió mirar hacia el muelle. El lanchero se había quedado a la orilla de la laguna con el borracho. A juzgar por sus ademanes, discutían poco amistosamente. Monique, que miraba a la misma dirección, le sugirió dejar con los viejos el dinero que debían por el paseo en lancha.

Porque no quería parecer más nervioso de lo que estaba, Artigas se demoró en sacar de sus bermudas un fajo de billetes arrugados. Luego los contó parsimoniosamente hasta completar la cantidad exacta. Iba a

salir por fin del establecimiento, aferrado de nuevo a la mano de Monique, cuando el borracho les cerró el paso.

—Todavía no hemos platicado de la Pati —creyó entender Artigas.

Trató de evitar todo contacto corpóreo con el borracho, pero éste con inesperada agilidad se estiró para agarrarlo de una muñeca.

—Hazme caso, cabrón —dijo aproximadamente—. No sabes con quién estás hablando.

Con un jalón violento, que le dejó el antebrazo adolorido, quiso zafarse. El borracho sin embargo era más fuerte o estaba más acostumbrado a la violencia y no lo soltó. En ese instante de tensión extrema Artigas vio o imaginó ver en los ojos del otro no un odio impersonal y gratuito, como hubiera supuesto en un desconocido, sino un rencor obsesivo y minucioso, dedicado específicamente a él. Una inexpresable solidaridad negativa empezaba a ligarlo al borracho cuando el lanchero por segunda vez se interpuso entre ambos.

—Mejor váyase, amigo —dijo inaprehensible bajo sus lentes oscuros, luego de haber obligado al otro, con menos fuerza que autoridad, a soltar a Artigas—. A veces mi compadre se pone muy impertinente.

El borracho, reducido a la humildad, juntó las manos como si rezara. Artigas entre tanto había abrazado a Monique. Mientras caminaba con ella hacia el coche oyó o imaginó oír que el otro le decía al lanchero:

—No lo dejes irse así nomás, capitán. Te juro que no le voy a hacer nada.

A esas alturas Artigas sentía menos miedo que lástima por el borracho, pero se estaba haciendo tarde y aún tenía por delante más de dos horas de carretera. Con inconsciente caballerosidad, que ella en otras circunstancias seguramente habría escarnecido, le abrió primero la puerta a Monique. Después rodeó el Tsuru muy despacio, para ostentar que nada ni nadie lo apremiaba.

Mientras encendía el motor, quitaba el freno de mano y metía reversa, Artigas creyó distinguir cómo los mulatos y el lanchero, indiferentes a todo lo demás, intentaban someter al borracho, que parecía manotear. Un sol anaranjado y enorme, precursor del inminente atardecer, fue lo último que vio de Los Manglares. Monique todavía alcanzó a echar un vistazo retrospectivo, antes de que las lagunas y luego el mar desaparecieran detrás de una curva mal trazada en la carretera que felizmente los sacaba de ahí.

Ahora que está de regreso en Puerto Vallarta, ahora que por fin ha podido quitarse la ropa salada de sudor y de arena, ahora que se baña en la espaciosa regadera de su cuarto en el hotel, a Artigas le importan menos, mucho menos, las cosas que lo angustiaban unos minutos atrás. Sigue sin entender de qué intuiciones o de qué corazonadas infirió Monique que el lanchero era Jose— maría. Sigue sospechando, como intentó razonar mientras manejaba el coche en la creciente oscuridad, que Josemaría era el borracho. Pero está dispuesto a aceptar y aun a creer que, según establecieron de común acuerdo para abolir de una vez por todas su enconada discusión, también es posible, incluso muy probable, que no fuera ninguno de los dos.

Una involuntaria tensión responde sin embargo en su espalda a la mano que sorpresivamente lo enjabona. Aunque no le disgusta que Monique se meta con él en la regadera, casi habría preferido que ella lo dejara solo hasta que el chorro de agua tibia extinguiera los últimos rescoldos de su encono. Otro indicio, reflexiona Artigas con humor agridulce, de que el tiempo no pasa en balde.

Mientras se seca metódicamente los pies, que apoya con dificultad contra el lavabo, vuelve a extraviarse en sus conjeturas. En sus rememoraciones. En sus perplejidades. En su crónico arrepentimiento, que comienza a hostigarlo otra vez. Vanamente, tercamente, repetidamente, Artigas se pregunta si hizo bien en traer a Monique. Si tuvo sentido ver por sí mismo Los Manglares. Si con ese viaje extemporáneo concluye en verdad, por lo menos para él, la historia de Patricia.

Un movimiento circular, que prolifera sobre el lavabo contiguo al suyo, lo arrastra a otras reflexiones. Con una toalla enredada en una mano Monique está abriendo un óvalo de nitidez en la húmeda opacidad del espejo. Enmarcada en ese espacio inexistente, que invierte todas sus facciones, le dice de pronto a Artigas:

—No me acabaste de contar.

—Te dije todo lo que sé —dice Artigas mirando al hueco en el espejo empañado.

—No me contaste qué paso con Laura —dice el reflejo de Monique.

A Artigas le toma unos segundos reparar en que ella insólitamente le habla todavía en español, aunque pronunció *Lorá*.

—Nada que interese ahora —dice por fin, con obvia impaciencia. Pero como la imagen de Monique parece desconcertada, quizá ofendida, Artigas añade en tono conciliatorio—: Quiero decir que Laura se casó hace mucho tiempo. Que tiene un hijo de tres o cuatro años, no sé exactamente. Que su marido es un hombre inteligente, considerado, atento. Todo un caballero. Un arquitecto con el que

además me llevo muy bien.

—No tenía la menor idea —dice desengañada la *sosias* de Monique.

—Hasta hace seis meses —prosigue Artigas —cuando tú y yo empezamos lo que hayamos empezado, yo aún veía a Laura casi todos los domingos. Los veía a los dos. O a los tres, si cuentas al niño. Para cenar en familia y, supongo, para no romper una antigua tradición.

—Me gustaría conocerla —dice la doble de Monique desde el camafeo que se va borrando en el espejo. —A *Lorá* y a su marido. También a su hijo.

—Te vas a quedar con las ganas —dice inapelablemente Artigas, que se arrepiente en el acto de su intransigencia.

Un instante después, con más resignación que verdadera tristeza, piensa que nunca dejará de arrepentirse.

Recapitulación

1.

Nadie entrará dos veces en el mismo río. Esta dialéctica sentencia nos viene legendariamente de Herádito de Éfeso, y sus innumerables exégetas suelen poner el énfasis en el sustantivo *río*: pues, en efecto, las aguas fluviales fluyen junto con el tiempo y jamás volverán a ser las de un segundo antes. Pero la clave de la paradoja se encuentra también, y quizá sobre todo, en el pronombre *nadie*: pues la conciencia se da de igual forma en un flujo temporal, y no hay quien sea idéntico a su inasible persona minutos u horas o días o semanas o meses o años después.

Nadie leerá dos veces el mismo libro. Ni siquiera quien lo escribió. Una vivencia heracliteana, en el sentido tanto objetivo como subjetivo de la palabra, sobrecogió al autor de *Por su nombre* mientras la revisaba a poco menos de tres lustros de su primera aparición. Entre 2001 y 2015 la novela se imantó en la coexistencia no siempre azarosa con otras novelas de temas y tratamientos afines publicadas en lo que va del tercer milenio, con las que dialoga de modo impredecible en la mente de sus eventuales lectores. Y al novelista, en el mismo periodo, le sucedieron unos cuantos descalabros, no insólitos en el tránsito de los 48 años a los 62, y muchas instancias de felicidad pasajera, la única asequible, entre las que sólo viene a cuento aquí la composición de varios libros más.

En dos de ellos se conjugan la sustantiva objetividad del río y la pronominal subjetividad de quien se moja en sus aguas. Ambos son también novelas, y ambos fueron escritos en años recientes, y en ambos el autor se desdobla en personajes-narradores que se desdoblan asimismo en otros personajes que reaparecen y evolucionan de manera inesperada incluso para el propio novelista. De suerte que, junto con *Morir más de una vez* (2011) y *Autorretrato de familia con perro* (2014), *Por su nombre* (2001) forma parte retrospectivamente de una trilogía no involuntaria, pero sí imprevista en la época en que la primera de estas tres novelas se escribió.

Otros escritores, demasiado seguros del valor de su obra, se jactan de escribir para entregarle al mundo los libros que ellos hubieran querido leer. El autor de esa trilogía declara con perplejidad que

escribe para averiguar qué pasa en sus libros. Qué les pasa, tanto a ellos como a él. Y una de las cosas más afortunadas que puede pasarles, y de hecho les ha pasado, es que den origen a otros libros.

Los de la trilogía no tienen una estructura común. La primera novela consta de dos historias lineales que se imbrican: una contada en la primera persona del singular por el protagonista y otra en tercera persona por un narrador innominado, si no omnisciente. La segunda se compone de cuatro relatos de apariencia confesional, todos escritos por el mismo narrador protagónico, quien sin embargo les cede alguna vez la palabra a otros narradores secundarios. La tercera es un concierto y también desconcierto de quince voces disímbolas que hablan o escriben cada una desde su respectivo yo.

Aunque las haya escrito la misma persona, o tres avatares sucesivos de una persona, las novelas de la trilogía no propagan una manera inmutable de escribir. Lo que las hermana formalmente es la tenaz voluntad de estilo que, en vez de confinarse en uno solo, se multiplica en tantos ejercicios estilísticos cuantos personajes- narradores comparecen ante el lector. Si éstos en ocasiones se asemejan, y en su semejanza denuncian a su único autor, es porque, a pesar de Heráclito, cierto grado de mismidad resulta indispensable para sostener la infinita variedad del cosmos.

No hay narración que sea pura forma, y el hilo conductor de la trilogía lo tejen los personajes. Manuel Artigas, el narrador protagónico de *Por su nombre*, reaparece en *Morir más de una vez* como el autor apenas mentado de los cuatro relatos en que se despliega la novela. Alberto Urquidi, coprotagonista de uno de esos relatos y alter ego no siempre deseable de Artigas, es el novelista a quien los demás caracteres le cuentan algo de sus vidas en *Autorretrato de familia con perro*.

Tampoco hay personajes sin acción o pasión, y las historias entrelazadas de la trilogía se refieren todas, directa o indirectamente, en mayor o menor medida, a la experiencia personal del autor. Sólo que el múltiple yo que narra esas historias no es ni quiere ser autobiográfico. Es una ficción. Un artificio formal que arranca, cierto, en lo que yo haya vivido. Pero que incluye lo que yo haya pensado, sentido, imaginado, soñado, recordado, olvidado. Y también lo que yo haya oído o notado de otras personas. Y, de modo muy principal, lo que yo haya leído. Y además lo que yo haya visto en el cine y en la televisión. Y la música que yo haya escuchado. Y las pinturas y esculturas y otras obras de arte que yo haya contemplado. Y los edificios en los que yo haya estado. Y, por supuesto, lo que yo haya descubierto y aprendido en Internet.

De todos estos materiales -propios, pero enajenados por los requisitos de cada narración; ajenos, pero expropiados por la voz de

cada narrador- está hecha la trilogía de la experiencia.

2.

Segunda de las seis novelas que he publicado hasta ahora, *Por su nombre* es de hecho la tercera que escribí. O quizá la cuarta. Pero también se la podría considerar la primera. O, incluso, la única.

Paso a explicarme.

A los 35, habiendo ejecutado una veintena de cuentos (o casi) repartidos en dos volúmenes desiguales, quise escribir una novela. En mi decimonónica idea de lo novelesco se entreveraban, en esa época, las descripciones largas y morosas de cuanto paisaje o de cuanta ciudad sirvieran de escenario a la acción, los abundantes diálogos, los encuentros sexuales al por mayor, los actos más o menos heroicos basados en el arrojo físico, las volteretas constantes de la trama, el estudio de la psicología de los personajes: todo ello urdido y ordenado por el arbitrio de un narrador omnisciente. Sin otras armas que estas vagas nociones y mi urgencia de ser novelista, puse manos a la obra. Dos años y 450 cuartillas después, debí reconocer que el fruto de tantos empeños era un desastre.

Siguiendo los preceptos que me había inculcado mi maestro Augusto Monterroso al promediar la década de 1970, tiré a la basura el mecanuscrito de ese vergonzante adefesio. Por suerte, y conforme a la misma preceptiva, yo había guardado una copia. Con ella a la vista procedí a acortar las descripciones, eliminar muchos diálogos, espaciar el sexo, morigerar el heroísmo, apretar la trama y dejar que los personajes pensaran por su cuenta. Luego de otro año de trabajo concluí que, aun reducida a 250 cuartillas, mi novela era un bodrio.

Esta vez no me deshice del mecanuscrito, sino que lo deposité en el rincón más olvidable de un clóset. Y no conservé ninguna copia. Estuve a punto de renunciar a la novelística, a la narrativa, a la literatura. Entonces imaginé qué pasaría si abordaba la historia o el grupo de historias reunidas en mi malograda novela con la reticencia de un cuentista. Casi dos años más me tomó redactar una serie de cinco relatos, autónomos aunque íntimamente ligados entre sí, donde los aspectos esenciales de la trama se narran con distintos estilos y desde diversos ángulos. Con esta colección de cuentos conexos, engarzados por un prólogo y un epílogo, logré por fin, al tercer intento, completar mi primera novela, *La lotería de San Jorge* (1995), que se publicó cuando yo acababa de cumplir 42.

Para mi segunda novela juzgué al principio, por inercia o por miedo al riesgo, que lo mejor era seguir haciendo lo que ya sabía hacer. Empecé a escribir un cuento susceptible de ser también el capítulo

inicial de un relato más largo y complejo. Pero de súbito, en un viaje perfectamente frívolo a la costa de Jalisco, una experiencia perfectamente banal me recordó un conjunto de hechos y fabulaciones originados en mi juventud en la ciudad de México y en París y, además, me sugirió una estrategia para contarlos. Esto: el atisbo no de una historia (pues no hay quien no tenga historias) sino de la forma de narrarla (una forma personal, única, artística) es lo más parecido que hay en el oficio del novelista (o, por lo menos, de este novelista) al éxtasis revelador que los poetas llaman inspiración.

La mía tropezó muy pronto con un obstáculo. Para distanciarme de la otra novela que ya había empezado y cuya ejecución pospuse de momento, o bien para aprovechar lo que había aprendido al escribir las dos versiones desechadas de mi primera novela, decidí volver al narrador omnisciente y a la tercera persona del singular. Al cabo de 50 párrafos escritos a mano y cada cual en una sola cara de una hoja tamaño carta (que es como sigo escribiendo hasta la fecha) mi error de perspectiva se hizo evidente. La historia que deseaba contar era de amor o más bien desamor. Era el relato de varios amoríos frustrados y frustrantes, cuya frustración se concretaba y resumía en el sexo. Que alguien ajeno al protagonista masculino contara las aventuras y desventuras sexuales de éste resultaba inverosímil y abolía la necesaria intimidad de la narración. El hablante, o el escribiente, debía por fuerza ser (un) yo.

Así nacieron la voz y la personalidad de Manuel Artigas, el narrador protagónico de *Por su nombre*. Inmediatamente después vino la estructura. En la novela conviven los relatos de dos viajes: un viaje en el tiempo, a lo largo del pasado sobre todo aunque no sólo amoroso de Artigas, que abarca desde finales de la década de 1970 hasta el año 2000; y un viaje en el espacio, de Artigas con su amante más reciente, quienes se trasladan en coche por la costa de Jalisco desde Puerto Vallarta hasta el escueto balneario de Los Manglares. Al final, como en la aporía de Zenón de Elea, la tortuga del tiempo alcanza a la liebre del espacio para fundir ambos trayectos en una sola decepción.

Lo demás se dice o se calla en las no pocas páginas del libro y tengo sólo tres cosas que agregar.

Una: que pese a ser la única de mis novelas que adopta sin demasiadas trampas las convenciones decimonónicas del género (linealidad del relato, dependencia de unas partes respecto de las otras y de cada una respecto del conjunto, unicidad de la voz narrativa e incluso, en los párrafos iniciales de los doce capítulos y en todo el epílogo, presencia ubicua de un narrador omnisciente) *Por su nombre* delata mi vocación originaria de cuentista. No en balde está formada por 197 fragmentos, no independientes unos de otros pero sí acabados como las piezas de un mosaico. Y no en balde la historia del viaje en

el espacio, narrada en tercera persona del singular y en presente del indicativo, constituye un relato autónomo.

Dos: que pese a las numerosas y deliberadas apariencias, *Por su nombre* no es una autobiografía novelada y Manuel Artigas no es yo. O para ser exacto: no es el yo que fui, ni mucho menos el yo que hubiera querido ser, sino un yo que pude ser. Uno de los quién sabe cuántos yos posibles que, por fortuna para Artigas y para mí, no soy.

Y tres: que pese al esmero con que redacté esta recapitulación y a las muchas verdades (o casi) que digo en ella, el lector tiene la última palabra. Las del autor son siempre penúltimas.

Agosto de 2015

Acerca del autor

Álvaro Uribe nació en la ciudad de México en 1953. Licenciado en filosofía por la UNAM, fue agregado cultural en Nicaragua y consejero cultural en Francia. En su primera estancia en París editó la revista bilingüe Altaforte. Posteriormente fue coordinador de varias colecciones en el Conaculta. Su prosa siempre ha merecido grandes elogios de lectores y críticos. No en vano varias de sus obras han sido traducidas al francés, al inglés y al alemán. Es autor de *Topos* (1980), *El cuento de nunca acabar* (1981), *La audiencia de los pájaros* (1986), *La linterna de los muertos* (1988, reeditado en 2006); *Recordatorio de Federico Gamboa* (1999), *La otra mitad* (1999) y *La parte ideal* (2006). En Tusquets Editores ha publicado *El taller del tiempo* (2003), ganadora del I Premio de Narrativa Antonin Artaud; y en Tusquets Editores México *Por su nombre* (2001) y *La lotería de san Jorge* (2004), publicada originalmente en 1995 y que recibió numerosos elogios por parte de la crítica.

Ilustración de la cubierta: Francine Van Hove, La nariz en la almohada, 1992, 35 x 35 cm. Col. Particular
Foto de autor: Salvador Castañeda

El autor de esta obra es Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Deleg. Miguel Hidalgo
C.P. 11560, México, D.F.
www.tusquetseditores.com

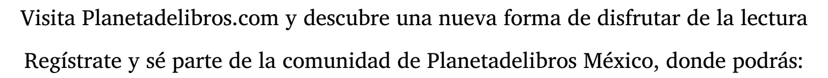
1.ª edición en Andanzas: junio de 2001
1.ª edición en Maxi edición conmemorativa XX años: octubre de 2015

ISBN: 978-607-421-713-1

Primera edición en formato epub: octubre de 2015
ISBN: 978-607-421-726-1

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK



Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



Table of Contents